Donde viven tus peores pesadillas. . .

LA CALLE DEL TERROR

R.L. STINE

Compartían su terrible secreto, pero ¿podrían librarse del asesinato?

Noche En La Isla

—¡Me Estás Haciendo Daño!

Respirando pesadamente, su pecho que agitaba, él aflojó su agarre un poco. Retrocediendo, Della vio la cadena de plata alrededor de su cuello. De la cadena colgaban tres calaveras de plata.

—¡Oh!

Eran tan feas, tan realistas, tan malvadas.

La miró fijamente a los ojos. Parecía intentar leerle el pensamiento.

—¿Qué quieres? —, preguntó ella.

Él no respondió. No se movió ni parpadeó. Su silencio daba más miedo que cuando le hablaba.

De repente se acordó de la pistola ZAP. Se la había metido en el bolsillo trasero de los vaqueros. La cogió, palpó primero el cañón y luego agarró la empuñadura. Echó el brazo hacia atrás, levantó la pistola y disparó.

Un chorro de pintura amarilla le salpicó la frente.

Él balbuceó, sorprendido, luego gritó enfadado y la soltó para limpiarse la frente.

Ella echó a correr, tropezando, volando por el suelo. ¿Adónde iba? No lo sabía. No le importaba. Sólo sabía que haría cualquier cosa para escapar....

Libro de R. L. Stine

La Calle del Terror: LA CHICA NUEVA
La Calle del Terror: LA FIESTA SORPRESA
La Calle del Terror: NOCHE EN LA ISLA
La Calle del Terror: EL MONO BLANCO
La Calle del Terror: LLAMADA MORTAL

Disponible de ARCHWAY PaperBacks

La mayoría de los libros de bolsillo de Archway están disponibles con descuentos especiales por cantidad para compras al por mayor destinadas a promociones de ventas, primas o recaudación de fondos. También se pueden crear libros especiales o muestras de libros para satisfacer necesidades específicas.

Para más detalles, escriba a la oficina del Vicepresidente de Mercados Especiales, Pocket Books, 1230 Avenida de las Américas, New York, New York 10020.

LA CALLE DEL TERROR

Noche En La Isla

R. L. STINE

AN ARCHWAY PAPERBACK
Publicado por POCKET BOOK
Nueva York Londres Toronto Sydney Tokyio Singapur

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

AN ARCHWAY PAPERBACK Original

Un Archway Paperback publicado por

POCKET BOOKS, una división de Simón & Schuster Inc.
1230 Avenue of the Americas, Nueva York, NY 10020

Copyright © 1989 por Parachute Press

Traducido por: César Augusto Muñoz Muñoz (2025).

Derechos de autor de la portada © 1989 ENRIC

Todos los derechos reservados, incluido el derecho a reproducir este libro o partes del mismo de cualquier forma. Para más información, diríjase a Pocket Books, 1230 Avenue of the Americas, New York, NY 10020

ISBN: 0-671-73561-6

Primera edición en rústica Archway agosto de 1989

10 9 8 7 6 5 4 3 2

ARCHWAY PAPERBACK y el colofón son marcas registradas de Simón & Schuster Inc.

Impreso en EE. UU.

IL 6+

Noche En La Isla

capítulo 1

Della O'Connor tiró de la combinación de la cerradura, preguntándose por qué nunca conseguía abrirla al primer intento. A lo largo de todo el pasillo, las puertas de las taquillas se cerraban de golpe y los niños reían y se gritaban unos a otros, la celebración diaria de la salida del colegio.

La cerradura se abrió al tercer intento. Lo quitó y abrió la puerta de la taquilla, gimiendo al ver el corazón en el interior de la puerta. El pasado septiembre, alguien había grabado el corazón y las palabras DELLA Y GARY en su interior en la pintura gris.

Por enésima vez, Della se dijo a sí misma que debía encontrar algo para taparlo. No quería que le recordaran a Gary cada vez que abría su taquilla.

Hacía tres semanas que había roto con él, sin imaginar que la tomaría en serio, que no se reconciliarían a tiempo para el baile de primavera. Pero el baile había llegado y Gary se había ido. No la había llamado desde su pelea. Y cada vez que se lo

encontraba por los pasillos de la escuela, pasaba de largo sin darle la oportunidad de decir nada.

Della estaba deseando que llegara la noche del Club de Actividades al Aire Libre. Gary estaría allí, y ella podría disculparse con él entonces. Se lo imaginó sonriéndole. Con la mirada fija en el corazón de la puerta de la taquilla, se imaginó su pelo rubio ondulado, sus vivaces ojos marrones, la forma en que se arrugaban cuando le sonreía, las pequeñas pecas de sus mejillas. Pensó que la noche sería muy romántica. Acampar toda la noche bajo las estrellas. Los dos solos...

Por supuesto, los demás miembros del Club de Actividades al Aire Libre también estarían allí, incluida Suki Thomas, que obviamente se había unido sólo para estar cerca de Gary. Pero Della no estaba preocupada por Suki. Estaba segura de que podría recuperar a Gary si hablaba con él. Bien... bastante confiada.

Tiró sus libros al suelo de la taquilla y se arregló el pelo, mirándose en el pequeño espejo cuadrado que había pegado a la puerta de la taquilla, encima del corazón. Con su piel pálida, sus brillantes ojos verdes y su largo y liso pelo negro, Della era muy guapa. Era delgada, con figura de modelo. Siempre parecía calmada, tranquila y serena, incluso cuando no se sentía así.

Al cerrar la taquilla, se sorprendió al ver a su amiga Maia Franklin a su lado.

—Maia, ¿cuánto tiempo llevas ahí parada?

—No mucho. ¿Cómo consigues que tu pelo se ponga así? — preguntó Maia.

—¿Así cómo?

—Esté liso.

Las dos se rieron. Maia tenía el pelo corto y castaño, el

más rizado que nadie había visto nunca, probablemente lo suficiente como para entrar en el Libro Guinness de los Récords. Con sus gafas redondas y su figura bajita y aniñada, a Della le recordaba a Ana la huérfana.

—¿Vas a ir a la reunión del Club de Actividades al Aire Libre? —preguntó Maia.

—Por supuesto—. Della cerró la cerradura de combinación.

—Hey… ¿Tus padres te dieron permiso para ir por la noche?

—Sí. Por fin. Después de llamar al señor Abner cinco veces y hacerle asegurarles que iba a estar debidamente acompañada y hacerle prometer que me vigilaría especialmente en todo momento.

Los padres de Maia eran muy estrictos con ella. La trataban como a una niña de diez años.

—¿Qué preocupación tienen? —preguntó Della, sacudiendo la cabeza.

—No lo sé. Supongo que piensan que si paso la noche acampada en una isla donde hay chicos, voy a comportarme como una coneja en celo.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Della.

Ambas chicas entraron riendo en el aula del señor Abner. Otros tres miembros del Club de Actividades al Aire Libre ya estaban allí, sentados juntos en primera fila. Gary estaba hablando con Suki Thomas. Levantó la vista durante una fracción de segundo y, cuando vio que se trataba de Della, volvió rápidamente su atención a Suki.

Suki parecía muy contenta tener su atención. Ella sonreía con él y reclinaba una mano en su brazo. A primera vista, Suki parecía una candidata poco probable para el Club de Actividades al Aire Libre. Tenía un aspecto muy *punk*, el pelo

platino de punta y cuatro pendientes en cada oreja. Llevaba un jersey negro ajustado con un desgarrón deliberado en una manga y una falda negra de cuero muy corta sobre medias moradas oscuras. El morado de las medias combinaba perfectamente con su pintalabios.

Della se dijo a sí misma: «Mira cómo Gary le hace ojitos a Suki, como si no me viera a mí». ¿Qué ven los chicos en ella? No tenía que hacerse esa pregunta. Todos en la escuela sabían la respuesta. Suki tenía bastante reputación.

Pete Goodwin saludó y sonrió a Della mientras ella y Maia se dirigían a reunirse con todos en primera fila. «Es bastante guapo», pensó Della al sentarse a su lado, «a pesar de ser tan recto». Pete tenía el pelo castaño corto y los ojos marrones y serios. Era muy elegante. Algunos de sus amigos incluso le llamaban «El Pijo», cosa que a él no parecía importarle.

—¿Dónde está Abner? —Della le preguntó, bajándose en el asiento, descansando sus brazos en el escritorio del tirón abajo. Ella miró Suki que acariciaba el brazo de Gary.

—Le llamaron a la oficina, dijo que volvería enseguida, — Pete dijo. —¿Cómo va, Della?

—Bien, supongo.

Las ventanas estaban abiertas. Entraba una suave brisa primaveral. El dulce aroma de la hierba recién cortada entraba en la habitación. Della podía oír el pak pak de las pelotas de tenis siendo golpeadas desde las canchas de tenis más allá del estacionamiento de los profesores.

—Supongo que hoy planearemos la acampada—, dijo Pete torpemente.

—Supongo que sí—, respondió Della con la misma torpeza.

Della carraspeó en voz alta y adelantó la silla, intentando llamar la atención de Gary. Pero él se negó a volverse,

manteniendo la mirada fija en Suki, que tiraba de los hilos de la manga de su jersey mientras le hablaba.

—Uh-oh. Mira lo que acaba de salir de detrás de su roca—, advirtió Maia a Della en un fuerte susurro.

Todos levantaron la vista cuando Ricky Schorr entró rebotando en la habitación. Ricky llevaba una camiseta blanca de gran tamaño con grandes letras negras en la parte delantera que decían: NADA QUE DECIR. Esto resumía bastante el sentido del humor de Ricky, en opinión de la mayoría de los alumnos del instituto Shadyside. Ricky se esforzaba mucho por ser gracioso todo el tiempo, y el hecho de que se esforzara tanto era lo único gracioso de él.

Era bajo y regordete. Su ropa siempre parecía ser una o dos tallas más grande para él, y su pelo negro, que nunca se peinaba, le caía enredado sobre la frente. Siempre se lo echaba hacia atrás con una mano regordeta.

Caminando deprisa, Ricky se dirigió a la parte delantera de la sala.

—No aplaudáis. Limitaos a tirar dinero—, dijo, y soltó una carcajada exageradamente sonora.

Los otros cinco miembros del Club de Actividades al Aire Libre gimieron al unísono. Era una respuesta a la que Ricky estaba acostumbrado. La sonrisa no se le cayó de la cara.

—Bien. Hora del concurso—, anunció. —Saquen una hoja de papel y numeren del uno al dos mil. No, es broma—, añadió rápidamente. —Toma. Mira esto—. Levantó un ramito de hojas que dejó caer sobre el escritorio de Gary.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Gary, apartando la vista de Suki por primera vez.

—Este es el Club de Actividades al Aire Libre, ¿verdad? —preguntó Ricky, sonriendo. Señaló las hojas en el escritorio de Gary. —Identifícalas. Apuesto a que no puedes.

Gary parecía confuso. Recogió las hojas.

—¿Quieres que las identifique?

—Sí. Eres el presidente del club. Identifícalas.

Gary se acercó las hojas a la cara y las giró una y otra vez en sus manos, estudiándolas.

—Vamos, Gary. Puedes hacerlo—, le instó Pete.

—No, no puede—, dijo Ricky, inclinándose sobre el escritorio de Gary.

—Eh... es de algún tipo de árbol, ¿verdad? —. preguntó Gary. —¿Haya? ¿Sasafrás?

Ricky sacudió la cabeza, muy satisfecho de sí mismo. Gary odiaba equivocarse. Golpeó las estrechas hojas contra su mano.

—Ah, ¿a quién le importa? —, dijo malhumorado.

—Debería importarte—, le dijo Ricky. —¡Es hiedra venenosa! —Se echó a reír.

—¿Eh? —Gary saltó enfadado de la silla, con las hojas aún fuertemente agarradas en la mano. Ricky intentó escapar, pero Gary era demasiado rápido para él. Tiró a Ricky al suelo y empezó a frotarle las hojas en la cara y la frente.

Ricky reía y gritaba al mismo tiempo, luchando impotente por escapar. Della, Suki, Pete y Maia animaban ruidosamente a Gary.

—¿Qué está pasando aquí? —, gritó una voz con fuerza desde la puerta.

Todos se giraron para ver al señor Abner entrar a grandes zancadas en la habitación, sus largas piernas le llevaron rápidamente al lugar del combate.

—Gary, suéltalo. ¿Qué haces?

Gary, respirando agitadamente, retrocedió.

—Sólo preparándome para la acampada—, le dijo al alto y larguirucho profesor. —Estamos identificando un poco de hiedra venenosa aquí.

Ricky gimió, se dio la vuelta y se levantó lentamente. Se había arremangado la camiseta y sobresalía una amplia extensión de vientre blanco.

—¿Hiedra venenosa? —Abner parecía confuso. Extendió la mano y cogió las hojas de Gary. —Son de una planta doméstica: la hiedra de la uva—, dijo, mirando extrañado a Gary y luego a Ricky.

—Día de los Inocentes—, le dijo Ricky a Gary, con una amplia sonrisa en la cara. Se apartó el pelo de los ojos.

Todos se rieron, sobre todo por la cara de asombro de Gary.

—Te ha pillado—, le dijo Suki a Gary, tirando de él hacia su asiento.

—Me ha pillado esta vez—. Gary forzó una sonrisa en su rostro, más por el bien de Suki que por el de los demás.

—Tomen asiento. Me temo que esta va a ser una reunión corta—, dijo el señor Abner, acercándose a la ventana y mirando hacia el aparcamiento.

Todos se quedaron en silencio. ¿Qué quería decir? Tenía una expresión muy seria en su rostro normalmente alegre.

—Tengo una emergencia personal en Nashville—, les dijo, sin dejar de mirar por la ventana. —Tengo que volver a casa este fin de semana. Así que no podré llevaros en la noche del sábado.

Suki y Ricky gimieron en voz alta. Nadie más hizo un sonido. Della miró a Gary y luego al suelo, decepcionada.

—Tendremos que posponerlo—, dijo el señor Abner, dándose la vuelta y sentándose en el alféizar de la ventana.

—Pero aún habrá tiempo. Sólo estamos en mayo. Lo

reprogramaremos cuando vuelva. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

—Tengo que irme—, dijo el Sr. Abner, mirando el reloj de pared sobre su escritorio. —Lo siento. Nos vemos la semana que viene—. Se apresuró a salir por la puerta con pasos aún más largos que de costumbre, con una mirada preocupada y preocupación en el rostro.

Della y sus amigas se quedaron en silencio hasta que se fue.

—¡Qué pena! —, dijo Della, empezando a levantarse.

—El sábado se suponía que haría un día hermoso también, —Pete dijo. —Al menos, eso dijeron en la radio.

Todos empezaron a levantarse.

—Eh, esperad. Tengo una idea—, dijo Suki, haciendo un gesto a los demás para que volvieran. —Escuchad. Volved. Tengo una buena idea. Vamos a ir de acampada nocturna.

—¿Qué? —Maia gritó. —Suki, ¿qué quieres decir?

—Vamos a ir de acampada nocturna de todos modos. Ya sabes. Sin Abner.

—¿Ir sin monitor? —Maia parecía horrorizada por la idea. —¡Mis padres me matarían! Me castigarían de por vida. ¡Durante dos vidas!

—Nunca lo sabrán—, dijo Suki.

—Sí. Claro—, gritó Ricky con entusiasmo. —¡Qué buena idea! Iremos nosotros solos. Será estupendo. Nadie que nos moleste o nos diga qué hacer—. Miró fijamente a Suki. —¿Quién quiere compartir mi tienda?

—Sé realista, Schorr—, dijo Suki, poniendo los ojos en blanco. —¡Ni conseguirías que los mosquitos compartan tu tienda! —. Todos los demás se rieron. Ricky parecía muy dolido. —Nuestros padres pensarán que estamos vigilados. Pensarán que Abner está con nosotros—, dijo Suki, bajando

la voz aunque no había nadie cerca que pudiera oírla. —Y lo que no saben no les hará daño—. Puso una mano en el brazo de Gary. —¿Tú qué opinas? Eres el presidente del club.

—Bueno... —Gary empezó.

—¡Pero mis padres me matarán! —. protestó Maia.

—Creo que es una buena ide—», dijo Pete, mirando a Della. —Después de todo, somos muy responsables. No vamos a hacer ninguna locura, ¿verdad?

Suki sonrió a Gary.

—No si podemos evitarlo—, dijo significativamente.

—¿Qué te parece, Della? —. preguntó Pete.

Della estaba ansiosa por ir.

—Podría ser divertido—, dijo. —Realmente no necesitamos a Abner.

«Podría ser muy divertido», pensó. «Especialmente si puedo hacer que Gary se aleje de Suki el tiempo suficiente para reconciliarme con él».

—¿Qué dices, Gary? —Suki exigió.

—Bueno... vale—. Él le sonrió. —Hagámoslo. Vayamos el sábado por la mañana, tal y como habíamos planeado—. Eso provocó una ovación de todos menos de Maia.

—No puedo—, dijo ella con tristeza. —Si mis padres se enteran...

—No se enterarán, Maia—, dijo Della. —De verdad. Todo irá bien. Lo pasaremos muy bien, incluso mejor que si tuviéramos un encargado. Volveremos a casa el domingo por la mañana, como estaba previsto. Y ninguno de nuestros padres se enterará.

—¿Lo prometes? —preguntó Maia a Della, con la voz llena de dudas.

—Lo prometo—, le dijo Della. —Confía en mí, Maia. No pasará nada malo.

capítulo 2

—¿Empacaste un cepillo de dientes? ¿Y tu cepillo de dientes?

Della contó hasta tres en silencio. Luego, con voz controlada, dijo:

—Sí, mamá. He metido el cepillo de dientes. ¿Crees que debería llevarme también el secador de pelo? ¿Y otras tres o cuatro mudas de ropa? Al fin y al cabo, será de noche.

—No hay necesidad de ser sarcástica—, dijo la señora O'Connor, apretando el saco de dormir enrollado de Della. —¿Está suficientemente doblada? ¿Podrás llevarla? —La madre de Della era baja y muy delgada, pesaba poco menos de cien libras y siempre se movía y hablaba con rapidez, haciendo diez preguntas en el tiempo que la mayoría de la gente tardaba en hacer una. A Della le recordaba a una mariposa que revolotea de flor en flor sin descansar. Ahora, el sábado por la mañana, revoloteaba afanosamente por la habitación de Della mientras ésta se preparaba para pasar la noche.

—Mamá, ¿por qué estás tan tensa? —, preguntó Della. —Acampábamos mucho cuando papá aún estaba aquí—. Ella sintió una punzada repentina del pesar. Tal vez no debería haber mencionado a su padre tan casualmente. Sus padres se

habían divorciado dos años antes, y su padre se había vuelto a casar inmediatamente.

Su madre no reaccionó. Estaba demasiado ocupada apretando el saco de dormir.

—Este señor Abner—, dijo. —Nunca hablas mucho de él.

—Eso es porque no tengo clases con él. Es sólo nuestro consejero del club. Es estupendo. De verdad. No deberías preocuparte, mamá.

—¿Pero por qué Isla del Terror? —Preguntó la Sra. O'Connor. —Es un lugar tan espeluznante.

—Bueno, de eso se trata—, dijo Della, acercándose al espejo y pasándose el cepillo por el pelo largo y liso aunque no lo necesitara. —Se supone que es emocionante, ves.

—Pero la Isla del Terror... Hay historias horribles—. Su madre enderezó algunos libros en un estante y después sacudió la almohadilla en la cama de Della.

La Isla del Terror era una pequeña isla deshabitada, cubierta de pinos, en el centro del lago, detrás del Bosque de la Calle del Terror. Aunque era un lugar perfecto para ir de picnic y acampar, y sólo estaba a unos minutos en barca del otro lado del lago, poca gente se aventuraba allí por las terribles historias que se contaban sobre ella.

Algunos decían que extrañas mutaciones animales, criaturas horribles y peligrosas que no existían en ningún otro lugar, vagaban por el bosque. Otros decían que la isla estaba infectada de serpientes venenosas. Y había historias de que la isla había sido utilizada tiempo atrás como cementerio indio, y que los fantasmas recorrían el bosque por la noche, buscando venganza por su destino.

Della no se creía ninguna de esas historias. Estaba segura de que se los habían inventado los campistas para disuadir a los demás de que se amontonaran en la isla. Pero lo cierto es

que daban un aire de aventura a pasar la noche allí.

—No queríamos acampar en un parque estatal aburrido—, le dijo Della a su madre. —Queríamos estar en un sitio más emocionante.

—Bueno, espero que no sea demasiado emocionante—, dijo su madre, caminando detrás de ella y enderezando la parte inferior de su sudadera. ¿Si sucede cualquier cosa mala, me llamará enseguida, cierto?

Della se dio la vuelta, riendo.

—¿Llamarte? ¿Para qué? Te diré que enviaré una señal de humo, ¿vale?

—No tienes gracia—, dijo la señora O'Connor. Pero ella también se estaba riendo.

El claxon de un coche en la entrada puso fin a la conversación.

—Ese es Pete—, le dijo Della a su madre. Se subió la mochila a los hombros y cogió el saco de dormir azul.

—¿Quién es Pete? —, preguntó su madre con suspicacia. Ella no estaba acostumbrada al hecho de que Gary no estaba siempre colgando alrededor.

—Un muchacho del club. —Della se inclinó, besó a su madre en la mejilla, y salió por la puerta bajo el peso de la abultada mochila.

Saludó a Pete, que bajó de la camioneta Subaru azul para ayudarla con sus cosas. Llevaba pantalones chinos color canela y un jersey de franela a cuadros.

—Hola—, dijo, abriendo la puerta trasera. —Bonito día. —El sol estaba alto en un cielo azul sólido.

—Sí. Se está tan tranquilo aquí.

—¿Tranquilo? —Parecía confuso.

—Mi madre no está aquí haciendo un millón de preguntas.

Se rio. «Tiene unos dientes perfectos», pensó ella.

«Demasiado perfectos».

Luego se reprendió a sí misma por ser tan dura con él. Después de todo, era un buen tipo. Fue muy amable al ofrecerse a llevarla al lago. No podía evitar que sus dientes fueran demasiado rectos, y su nariz demasiado recta y perfecta, y su pelo demasiado liso, y vestía mejor que nadie.

Parecía gustarle de verdad. Tal vez, pensó mientras se sentaba a su lado en el asiento delantero, debería intentar gustarle a ella también.

Pero su conversación mientras se dirigían al lago fue incómoda. Pete le hablaba de una acampada que había hecho con su familia, pero ella no podía concentrarse. Su voz entraba y salía de su conciencia. Ella pensaba en Gary. Pensaba en lo que le diría, en cómo empezaría a reconciliarse con él cuando estuvieran solos en el bosque.

—¿Lo hiciste? —preguntó Pete.

—¿Eh? —Ella se dio cuenta de que no había oído una palabra de lo que él había dicho durante al menos un kilómetro.

—¿Habéis roto Gary y tú? —Él miró fijamente la carretera.

—Bueno, sí. Supongo que sí. Quiero decir que no. No lo sé.

Pete rio incómodo.

—¿Debería elegir una de las anteriores?

—Lo siento—, dijo Della. La pregunta la había puesto nerviosa. —Gary y yo... Quiero decir, en realidad no hemos arreglado las cosas".

—Oh. —Pete no ocultó su decepción. —Esta noche debería ser divertida—, dijo, cambiando de tema. —No tienes miedo de pasar la noche en la Isla del Terror, ¿verdad?

—No. No lo creo.

—Quédate conmigo. Te protegeré—, dijo con una voz exagerada y grave de hombre.

—¿Protegerme de qué? ¿De los chistes malos de Ricky?

—Creo que es bastante gracioso—, admitió Pete, girando por la Calle del Terror y dirigiéndose hacia el bosque. —En un sentido asqueroso y sin gracia.

El coche pasó por encima de la carretera, que terminaba al borde del bosque de la calle del Miedo, a unos cincuenta metros del agua.

—Ya están todos aquí—, dijo Della. Pete tocó el claxon cuando los demás aparecieron a la vista.

Pudo ver a Gary y Ricky discutiendo sobre algo. Maia estaba sentada junto al agua. Suki estaba de pie junto a Gary. Pete detuvo el coche y apagó el motor. Della pudo ver mochilas y sacos de dormir apilados junto a las dos canoas que Gary había traído.

Saludó a sus amigos y ayudó a Pete a sacar el equipo de la parte trasera de la camioneta.

—El lago está muy bonito hoy—, dijo. El agua estaba muy quieta y azul, reflejando el cielo despejado. Dos patos graznaban y movían la cabeza mientras nadaban cerca de la orilla. La isla del Terror era un montículo bajo de color verde en el horizonte.

—Bien. Ya estamos todos. Podemos ponernos en marcha—, dijo Gary, mirando a Della. Llevaba una chaqueta vaquera desteñida sobre una camiseta roja. Su pelo rubio y ondulado brillaba como el oro bajo el sol.

«Tiene un aspecto estupendo», pensó ella. Le dedicó una cálida sonrisa y él le devolvió la sonrisa.

—Gary, quiero...—, empezó.

Pero Suki se puso rápidamente delante de ella.

—Nunca he remado en canoa. ¿Me enseñas?—, le

preguntó a Gary con voz de gatita.

—Claro—, le dijo él. —Siéntate en medio y mira. La persona del medio no rema.

—Yo cogeré esta canoa. Vosotros podéis coger aquella—, dijo Ricky. Saltó a la de la izquierda y se estiró de espaldas, ocupando toda la canoa.

—Muy gracioso, Schorr. Recuérdanos que nos riamos luego—, dijo Suki.

Della tuvo que sonreír ante el atuendo de Suki. No era exactamente al aire libre. Sus pantalones vaqueros tenían pernos prisioneros de plata encima de las piernas de los pantalones. Ella usó una camiseta negra larga con una camiseta blanca más corta de Guns-N'-Roses encima de ella. Como de costumbre, llevaba cuatro pendientes diferentes en cada oreja.

—Hola, Della. Ya estoy aquí—. Maia apresuró encima de Della, sonriendo pero pareciendo preocupada apenas lo mismo.

—Genial—, dijo Della. —¿Te lo han hecho pasar mal tus padres?

—No, la verdad es que no. —Sólo que, cuando me dejaron aquí, no querían irse. Querían hablar primero con el señor Abner.

—Oh, no. ¿Qué hicieron?

—Schorr hizo unas cuantas bromas y decidieron que preferían irse—, soltó Suki.

—Dame un respiro, —Ricky gritó, todavía acostado en la canoa. —Oye, ¿dónde está el pedal del acelerador en esta cosa?

—Cambiaron de opinión—, le dijo Maia a Della. —Pero yo sólo sé que van a averiguar lo que estamos haciendo. —Ella nerviosamente apretó las manos en puños apretados a los

lados.

—No seas ridículo—, dijo Della. —¿Cómo se van a enterar?

Unos minutos más tarde estaban remando, tres en una canoa, sobre el lago todavía azul, hacia la Isla del Terror.

—Hoy el agua está tan clara que se ven los peces—, dijo Pete, inclinándose sobre la orilla y mirando hacia abajo.

La canoa empezó a inclinarse.

—Lo siento. —Se enderezó y siguió remando.

—¿Vas a nadar, Pete? —Ricky lo llamó desde el otro bote. —¡No trajiste tu cámara de goma!

Nadie se rio. Las dos canoas surcaron el agua lado a lado. Pete y Della remaban en una canoa con Maia sentada en el centro. Gary y Ricky remaban en la otra, con Suki prácticamente sentada en el regazo de Gary.

«¿Va a dejarle solo un segundo?» se preguntó Della. Estaba decidida a hablar con Gary lo antes posible. Había ensayado una y otra vez lo que quería decirle. Sabía que él querría volver con ella una vez que hablara con él, una vez que se disculpara. Suki podría encontrar a otra persona. Eso no sería un problema para ella.

«Paciente, se paciente», Della repitió silenciosamente mientras que ella remaba. Pero era tan difícil esperar. ¿Por qué había que esperar tanto en la vida? Incluso cuando se suponía que lo estabas pasando bien, te pasabas la mayor parte del tiempo esperando.

El golpeteo de los remos contra el agua era ahora el único sonido. Della empezó a sentir mucho calor a pesar del aire frío. Ella movió su remo suavemente, guardando en ritmo con el remo de Pete. La isla crecía a medida que se acercaban.

Podía distinguir una playa rocosa frente a una hilera de pinos. Unos minutos más...

—¡Whooa!

Oyó gritar a Ricky y levantó la vista para verle de pie en la otra canoa. Tenía los ojos muy abiertos y se tapaba la boca con la mano. La barca se inclinaba de un lado a otro.

—¡Siéntate! —le gritó Gary.

—¡Me mareo! ¡Me mareo! —gritó Ricky, luchando por mantenerse en pie mientras la canoa se balanceaba violentamente debajo de él.

—No seas idiota. ¡Vas a volcar! —gritó Suki, muy alarmada.

Ricky sostenía el remo por encima de la cabeza con una mano y se tapaba la boca con la otra.

—¡Mal de mar! ¡Uglp! ¡Me mareo!"

—¡Siéntate y maréate! —Gary gritó de nuevo.

—Oh. Buena idea. —Ricky se dejó caer de nuevo en su sitio. Sonrió a Gary y Suki. Había estado fingiendo todo.

—No tiene gracia, Schorr—, dijo Gary, sacudiendo la cabeza.

—Deberías cambiarte el nombre por ese—, añadió Suki, que aún parecía conmocionada.

—No tiene gracia Schorr.

—Vamos—, dijo Ricky, reanudando su remada.

—Os habéis reído un poco, ¿verdad? ¿Verdad?

No le contestaron.

Las canoas comenzaron a balancearse arriba y abajo cuando la corriente se hizo más fuerte cerca de la orilla de la isla. Della estaba disfrutando del viaje, de la sensación del remo en sus manos tirando de la canoa hacia adelante con cada brazada, del viento fresco contra su cara, de las salpicaduras y el revoloteo del agua.

Unos minutos más tarde, estaban arrastrando las canoas hasta la playa.

—Quiero seguir—, dijo a nadie en particular. —Se siente tan bien en el agua.

—Se siente mucho mejor estar en tierra firme , dijo Suki. —¡Eh! —Soltó la canoa para examinarse la mano. Se había roto una de sus largas uñas moradas. —¿Y ahora qué voy a hacer? No he traído ninguna de repuesto—, refunfuñó.

—Supongo que eso es lo que se llama hacer el bruto—, le espetó Ricky.

Ella le sacó la lengua.

Suki caminó junto a los demás, examinándose la uña rota mientras arrastraban las canoas por la estrecha franja de guijarros hasta donde empezaban los árboles.

—Aquí deberían estar bien—, dijo Gary, dejando caer la parte delantera de su canoa al pie de un alto pino.

—¿Ya es hora de comer? —Ricky preguntó. —¿Podemos pedir una pizza o algo?

—Buena idea. ¿Por qué no vas a por ella? —. dijo Suki, tirando el clavo roto a la arena. —Te esperaremos aquí.

Ricky parecía dolido.

—Me encantan las hogueras y hacer perritos calientes sobre el fuego—, dijo Maia, pareciendo mucho más alegre.

—Oye, todavía es de día, ¿recuerdas? —. Gary les volvió a hacer caso. —Tenemos mucho que hacer antes de que sea la hora de la fogata. Vamos. Recojan sus mochilas y sus cosas. Tenemos que encontrar un buen sitio para acampar.

—Sí, sí, jefe—, dijo Ricky, saludando a Gary de espaldas.

Pete ayudó a Della con su mochila y le entregó su saco de dormir. Ella le dio las gracias y se apresuró a caminar con Maia. Pete estaba siendo muy dulce. Demasiado dulce. Ella realmente no quería animarlo.

Caminaron un rato por la playa, cerca de la línea de árboles. El sol estaba más alto en el cielo y empezaba a hacer mucho calor. Della levantó la vista para ver qué causaba el fuerte y discordante graznido que oía. Dos arrendajos azules parecían estar discutiendo en una rama baja de un árbol.

—Mira qué grandes son—, le dijo a Maia señalando.

—Los arrendajos azules son los pájaros más ruidosos—, dijo Maia con desaprobación. —No se parecen en nada a los azulejos. Los azulejos son tan dulces.

—Bienvenidos a Estudios de la Naturaleza 101—, interrumpió Ricky.

—Vamos, Ricky—, regañó Della. —¿Por qué has venido a este viaje si no te gusta mirar la naturaleza?

—Para acercarme a vosotras, nenas—, dijo Ricky, mostrándole una sonrisa malvada. —Sabes, he traído un saco de dormir tamaño gigante. Suficientemente grande para mí y un amiga.

—¡Qué invitación tan irresistible! —Della hizo una mueca y empezó a caminar más deprisa. Un camino de tierra se adentraba entre los árboles, y ellos lo siguieron. Se curvaba a través de bosques espesos, todavía llenos de hojas marrones de invierno. Al cabo de un rato llegaron a un claro circular de hierba alta y maleza.

—Esto tiene buena pinta—, dijo Gary, tirando al suelo la tienda que llevaba al hombro. —Instalémonos aquí.

Todos se quitaron agradecidos sus mochilas y las colocaron en el suelo. Había que montar dos tiendas, una para los chicos y otra para las chicas.

—No. Dadles la vuelta por aquí—, les indicó Pete cuando hubieron empezado a estirar la lona sobre los palos que habían juntado. —El viento suele venir del norte. Así que las partes traseras de las tiendas deberían mirar hacia el norte.

—Muy impresionante, Pete—, dijo Gary, sólo medio en broma. Miró al sol, que estaba directamente sobre ellos. —¿Pero cómo sabemos en qué dirección está el norte?

—Es por ahí—, dijo Pete, señalando. —Llevo una brújula en el reloj—. Levantó la muñeca, mostrando uno de esos relojes calculadora con una docena de funciones diferentes.

—¿Crees que Daniel Boone tenía uno de esos? —. preguntó Ricky.

Una vez más, todos le ignoraron. Se afanaron en dar la vuelta a las tiendas y fijarlas bien al suelo. Luego partieron en distintas direcciones para recoger leña suficiente para pasar la noche.

Pete empezó a seguir a Della, pero ella se apresuró a alcanzar a Maia. «Esto da un poco de miedo», dijo Maia, pasando con cuidado por encima de un charco profundo.

—Pero divertido—, añadió Della. Se dio cuenta de que estaba muy emocionada, pero no sabía por qué. Tal vez fuera el hecho de que estaban realmente solas, sin adultos a la vista. Podía pasar cualquier cosa. Cualquier cosa. Sólo ellos seis, solos en el bosque durante la noche. Podría ser tan romántico....

Se alejó de Maia y comenzó a caminar en la dirección que Gary había tomado. Esta es mi oportunidad de hablar con él, pensó. Se dio cuenta de que el corazón le latía con fuerza. Tenía la boca seca. No pensó que estaría tan nerviosa.

«Gary debe significar más para mí de lo que me permito admitir», pensó. Caminó rápidamente sobre las hojas secas y las ramas caídas, buscándole entre los abedules y los pinos.

El bosque olía tan dulce y fresco. Se moría de ganas de hablar con él, de volver a estar a su lado, de sentir sus brazos a su alrededor. ¿Cómo había podido ser tan estúpida de perder los nervios y romper con él? Ahora ni siquiera recordaba por

qué habían discutido.

Una ardilla se detuvo a medio camino del tronco de un árbol. La miró fijamente mientras ella se apresuraba a pasar y luego correteó entre las hojas hasta el siguiente árbol.

—Gary, quiero disculparme—. Esas iban a ser sus primeras palabras. Sin presentaciones elegantes. Sin excusas ni explicaciones. Simplemente se disculparía y acabaría de una vez.

Se detuvo. Allí estaba él. Podía verle a través de un hueco entre los árboles. Ahogó un grito de horror.

Estaba apoyado contra el tronco de un árbol. Suki estaba pegada a él. Se abrazaban con fuerza. Tenían los ojos cerrados. Estaban atrapados en un largo, largo beso.

capítulo 3

Nadie se sorprendió ese mediodía cuando Ricky sacó una pistola de su mochila.

—Vamos, chicos, que todo el mundo coja una—. Sacó cinco pistolas más, de una en una.

—¡Genial! Hagámoslo! —Gritó Pete con entusiasmo.

—¡De acuerdo! —Gary estaba igual de entusiasmado. Cogió una pistola de Ricky y simuló disparar a Pete. Pete se tiró al suelo y simuló contraatacar con su pistola.

Las tres chicas se quejaron al unísono.

—Otra guerra de pistolas ZAP no—, suspiró Della.

—Odio los juegos de guerra—, se quejó Suki. —Son tan... competitivos.

Qué palabra tan larga para ella, pensó Della amargamente. En las horas desde que ella había visto Suki y Gary en los bosques, su dolor se había convertido en cólera.

—Nunca he jugado—, dijo Maia. —¿Os dividís en equipos, o cada uno juega por su cuenta?

—Haremos equipos—, dijo Ricky, sacando la pintura para las pistolas ZAP.

—Excluirme—, dijo Suki.

—Vamos, chicas. Será divertido—, suplicó Gary. —Un grupo de nosotros tuvimos una guerra de ZAP hace unas semanas en el parque Shadyside. Acabamos cubiertos de pintura. Fue divertidísimo.

—Suena como un verdadera caja de risa—, dijo Suki sarcásticamente.

—De acuerdo. Jugaré, —Della dijo, cambiando repentinamente su mente. Si Suki estaba en contra, ¡ella iba a estar a favor! Le mostraré a Gary quién era la mejor en ese deporte.

—Yo también, supongo, —Maia dijo, mirando a Della buscando consuelo.

—¡Genial! —Gary gritó. —Vamos, Suki. —Le puso una mano en el hombro. —Eres la única que se resiste.

—Te lo dije, no me gustan los juegos de guerra—, insistió Suki, alejándose de Gary.

—No es una guerra. Piensa que es sólo un juego... con disparos—, sugirió Ricky.

Suki lo fulminó con la mirada y le pinchó el regordete estómago con el dedo.

—¿Tendré la oportunidad de dispararte con pintura, Schorr?

—Sí. Supongo—, dijo Ricky. —Ooh. Pínchame otra vez. Me encanta.

—¡Cállate! —Dijo Suki, cerrando el puño y agitándolo juguetonamente hacia Ricky. —Vale, tú ganas. Jugaré. Pero sólo porque conseguiré masacrarte, Schorr.

—Las chicas contra los chicos—, sugirió Pete.

—Buen trato—, aceptó Gary rápidamente.

Della estaba decepcionada. Quería estar en el equipo de Gary. Y no quería estar en el mismo equipo que Suki.

Ricky estaba ocupado cargando las pistolas ZAP con pintura, amarilla para las chicas, roja para los chicos.

—Recordad, dos golpes y eres un prisionero. Tres impactos y estás muerto—, dijo seriamente.

—Debería haber supuesto que traerías esto—, dijo Pete, haciendo rodar su pistola cargada en la mano. —Tu mochila era mucho más grande que la de los demás.

—Las llevo a todas partes—, dijo Ricky. —¡Las llevé a la boda de mi primo!

—¿Cuánto tiempo vamos a jugar? —. preguntó Maia, mirando su reloj. —No cuando oscurezca, ¿verdad?

—Para entonces ya los habremos machacado—, dijo Suki, cogiendo su pistola ZAP cargada de Ricky. Lanzó un chorro de pintura amarilla al aire. Ricky la fulminó con la mirada. —Sólo estoy probando—, dijo ella.

—No disparad durante diez minutos—, dijo Ricky. —Eso nos da tiempo para dispersarnos y tomar posiciones—. Las guerras ZAP eran los únicos momentos en los que Ricky hablaba en serio. Della decidió que le gustaba más así, sin hacer chistes horribles, sin esforzarse tanto por ser gracioso. Desafortunadamente, según Gary, Ricky no era demasiado bueno en el juego. Era un blanco demasiado grande y siempre le daban.

Una sombra pasó por encima del campamento. Della miró al cielo. Unas cuantas nubes grises interrumpieron el claro azul. De repente, el aire se volvió más frío.

Los chicos abandonaron primero el campamento, viajando en grupo hacia el sur. Las chicas decidieron esperar unos minutos e ir hacia el oeste. Luego se separarían y rodearían a los chicos. Después de que los chicos se marcharan, riendo y bromeando, Suki se puso un jersey verde oliva, diciendo que así se camuflaba mejor.

«Vaya, otra gran palabra. Dos en un día», pensó Della. Suki nunca le había caído bien. Realmente, ella nunca había pensado mucho en ella en absoluto. No se juntaban con la misma gente. Pero ahora Della tenía un montón de razones para pensar en Suki, y un montón de razones para detestarla.

¿O estaba siendo injusta? Ella había roto con Gary, después de todo. Más o menos.

—Vamos. Pongámonos en marcha—, dijo Maia. La pistola parecía realmente grande y fuera de lugar en su pequeña mano.

Empezaron a caminar juntos hacia el bosque.

—Esto es algo sexy—, dijo Suki.

—¿Eh? ¿Sexy? —Della no lo entendió.

—Sí. Ya sabes. Cazar y ser cazado—.

—Oh.

—Es algo emocionante—, dijo Suki, pasando cuidadosamente por encima de una rama caída.

Una ráfaga de viento hizo susurrar y agitar las nuevas hojas verdes de los árboles. Una gran nube cubrió el sol y el bosque se oscureció de repente.

—¿Es lavable la pintura? —preguntó Maia. Su entusiasmo duró poco. Volvía a sonar preocupada como siempre.

—Sí, por supuesto—, dijo Della bruscamente. —Ricky nos dijo que era lavable. Saldrá enseguida.

Maia la miró, reconociendo la impaciencia en su voz. Della se recordó a sí misma que era Suki con quien estaba resentida. Ella no debía tomarla con Maia.

—Separémonos aquí y hagamos un círculo—, dijo Suki, haciendo un gesto con la gran pistola gris.

—De acuerdo—, aceptó rápidamente Della. Se dio cuenta de que estaba deseando estar sola, lejos de todo el mundo.

—¿Cómo te encuentro si me pierdo? —preguntó Maia,

tirando de las mangas de su sudadera.

—Aléjate del sol. Hacia el este. Y volverás hacia el campamento—, le aconsejó Della.

Maia miró hacia el sol, como para asegurarse de que todavía estaba allí.

—De acuerdo. Hasta luego—. Se dio la vuelta y se alejó lentamente entre los árboles, sosteniendo la pistola delante de ella.

—Escuchen los pasos, —Della llamó después de ella. —Nadie podrá venir detrás de usted sin hacer pasos ruidosos.

—¡Gracias! —Maia respondió.

—Es una niñita—, dijo Suki en voz baja.

Ella no lo dijo con desprecio, pero Della no le gustaba el pensamiento de Suki sobre su mejor amiga.

—Ella estará bien, —ella dijo a Suki, sonando más enojada de lo que ella había pensado.

—Gary es realmente agradable, —Suki dijo repentinamente.

Della no estaba segura de haberla oído correctamente.

Suki la miraba fijamente a los ojos, como si buscara una reacción. Della forzó su cara para mostrarse inexpresiva. Ella no iba demostrar sus sentimientos a Suki tan fácilmente.

—Tú rompió con él, ¿no? —Suki preguntó.

Pero antes de que Della pudiera contestar —¿qué contestaría?— Suki se dirigió hacia el bosque, empujando las zarzas altas fuera de su camino para que ella pudiera pasar a través, sus deportivas blancas de Reebok que crujían sobre las hojas muertas.

Della se apoyó en un tronco blanco y liso, observando a Suki hasta que desapareció en el bosque. ¿Qué intentaba demostrar? ¿Intentaba excusar que se hubiera acercado a Gary tan rápido? ¿Suki la estaba desafiando? ¿Intentaba ser

amistosa? ¿Se estaba burlando de ella?

Della vagó en la misma dirección que habían tomado las otras dos chicas. Su mente daba vueltas, intentando averiguar qué había pretendido Suki con sus sorprendentes y despreocupados comentarios. En realidad, no prestaba atención a dónde iba. Se olvidó por completo de la gran pistola de plástico que llevaba en la mano, la pistola que debía tener preparada por si se topaba con alguno de los chicos.

El crujido de una pisada la devolvió a la realidad. Giró sobre sí misma y se agachó cuando un chorro de pintura roja voló sobre su cabeza. Se arrodilló, levantó la pistola y disparó sin apuntar.

—¡Eh! —, oyó gritar a Ricky.

Mirando a través de la maleza, lo vio frotándose una mancha de pintura amarilla en la sudadera.

—¡No me has dado! —, gritó riendo. Manteniéndose agachada, corrió hacia la izquierda y se agachó detrás del tronco de un árbol.

—¡Golpe de suerte! —gritó Ricky, corriendo hacia ella a toda velocidad. Disparó y lanzó un chorro de pintura roja al aire. Desvaneciéndose antes de alcanzar un árbol.

Della devolvió los disparos, una, dos veces, fallando ambos. Luego echó a correr por un estrecho sendero entre abetos y pinos.

Se volvió a tiempo de ver a Ricky, con una mancha de pintura amarilla brillante en la parte delantera de su sudadera oscura, caer sobre un tocón bajo y desplomarse de bruces sobre la tierra. Su pistola ZAP rebotó de su mano y cayó al suelo.

Con una sonrisa triunfal, Della se apartó del camino y siguió corriendo. Apartó ramas y zarzas de su camino,

moviéndose a toda velocidad. «Esto era divertido», pensó. «Ricky nunca la encontraría».

De repente, las nubes se espesaron y cubrieron el sol, haciendo que en el denso bosque reinara una oscuridad casi nocturna. Los chillidos de los pájaros volaban en círculos y luego se posaban en las ramas de los árboles. El viento arremolinó polvo y hojas secas alrededor de sus zapatillas.

Se estremeció al darse cuenta de que no sabía en qué dirección se dirigía.

¿Dónde estoy?

Miró al sol para determinar su posición, pero las nubes oscuras lo ocultaban casi por completo. «Qué buen consejo le di a Maia sobre mirar el sol», se dijo a sí misma. Probablemente la pobre Maia también se había perdido.

—¡Eh, Maia! —, gritó en voz alta. No le importaba si los chicos la oían o no.

No hubo respuesta.

—¡Maia! ¡Suki! ¿Puedes oírme? —No hubo respuesta.

Los pájaros enmudecieron de repente. Era extraño, pensó Della, como si alguien acabara de apagarlos, como si se apagara un televisor.

El silencio era extraño, antinatural.

—No empieces a ponerte tétrica—, se reprendió a sí misma.

El viento cambió de dirección. Una rama se quebró detrás de ella. Dio un respingo al caer al suelo con un fuerte golpe. Se giró, pensando que había alguien allí.

—¿Maia? ¿Suki?

¿Dónde estaban?

Se dio la vuelta y empezó a caminar de vuelta al campamento. Ella no estaba segura de si era la dirección correcta, pero se sentía bien. Tenía un buen sentido de la

orientación. Por supuesto, nunca había estado sola en medio del bosque.

Había una cosa buena de estar en una isla. El bosque no era eterno. Si seguía caminando en línea recta, acabaría saliendo de ellos. ¿Pero estaba caminando en línea recta? No lo sabía.

El terreno se inclinaba hacia arriba y luego hacia abajo. Se dio cuenta de que no había caminado por ahí antes. Un espeso musgo verde crecía en la ladera de un viejo árbol inclinado. Musgo. Musgo en un árbol. «Sólo crece en un lado del árbol», recordó. «¿Pero en qué lado?» Lo miró fijamente. «¿El lado norte? ¿El este?» No lo recordaba.

—¿Maia? ¿Suki? ¿Hay alguien?

¿Dónde estaban todos?

Un sonido de un crujido. Detrás de ella. ¿Una pisada? Se giró. No había nadie.

Dio media vuelta y pasó junto al árbol musgoso. El terreno era montañoso ahora, las pendientes se hacían más pronunciadas a medida que caminaba.

Otro crujido. Luego otro.

Sin duda alguien la seguía. No se dio la vuelta. Probablemente era uno de los chicos, planeando un ataque por sorpresa. Pero no había tal cosa como un ataque furtivo cuando cada paso que dabas hacía un sonido.

¿Qué debía hacer?

Contar hasta diez, girar y disparar.

Siguió caminando, atravesando altos helechos doblados por el fuerte viento. Tres... cuatro... cinco... Los pasos detrás de ella eran más fuertes. Quienquiera que fuese se estaba acercando.

Ocho... nueve... ¡diez!

Se dio la vuelta, se arrodilló y apretó el gatillo.

Un chorro de pintura amarilla brillante voló por el aire, salpicando hojas y troncos de árboles y goteando sobre el suelo oscuro.

Una ardilla se dio la vuelta y se alejó corriendo, haciendo crujir las hojas mientras corría. Una ardilla. Sólo era una ardilla.

Se rio a carcajadas y lanzó otro chorro de pintura al aire.

La había seguido una ardilla. Y le había disparado.

Buen movimiento, diana.

Supongo que le enseñé a no meterse con Della O'Connor.

Ella disparó otro tiro a un tronco de árbol, fallando por casi un pie.

Ahora estaba muy oscuro, pero no se sentía mal. La ardilla la había animado. Ya no tenía miedo. Era una tontería tener miedo.

¿De qué había que tener miedo?

Descendió por una empinada cuesta y comenzó a caminar por una zona llana, con el suelo cubierto de fragantes agujas de pino y piñas secas. De repente, unos metros por delante de ella, alguien salió rápidamente de detrás de un árbol.

—¿Pete? ¿Gary?

Se detuvo en seco.

No era uno de sus amigos. Era un hombre que nunca había visto antes. Y él se movía hacia ella muy rápidamente.

capítulo
4

Se detuvo a unos metros de ella, con las manos en los bolsillos de su cazadora de cuero marrón. Llevaba el pelo color arena, muy corto. Le sonrió. «Tiene una bonita sonrisa», pensó ella. De hecho, era muy guapo, como una estrella de cine.

Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Lo soltó rápidamente. El corazón le latía con fuerza.

—Hola—, dijo débilmente. —Me asustaste. Yo no...

Su sonrisa no desapareció. Sus ojos oscuros la miraron de arriba abajo.

—Lo siento. Tú también me asustaste—. Su voz era suave, melosa. Supuso que tendría unos veintiuno o veintidós años.

—No me lo esperaba...

—Yo tampoco—, dijo él, encogiéndose de hombros, con las manos aún en los bolsillos de la chaqueta.

«Es muy guapo», pensó. «Qué sonrisa».

—¿Qué haces aquí? —, soltó ella. Luego añadió rápidamente—Estaba buscando a mis amigos. Parece que me he perdido. Quiero decir...

¿Por qué le decía eso?

—¿Perdido? —Eso pareció divertirle. Su sonrisa se ensanchó, mostrando unos dientes blancos y rectos. Volvió a sacar una mano de la chaqueta y se la pasó por el pelo corto.

—¿Tú también estás perdido? —, preguntó.

Él se rio para sus adentros.

—No, creo que no.

—Ah.

Entonces, ¿por qué estaba aquí, solo, en medio de la Isla del Miedo?

—¿Eres de Shadyside? —, preguntó.

—Sí. Estamos en una acampada nocturna.

—¿Estamos? —Se rio.

«Es el tipo más guapo que he visto nunca», pensó Della. «Mira esos hoyuelos cuando se ríe. Podría ser modelo o algo así».

—¿Tú también vas a acampadas? —, preguntó.

—Más o menos.

Obviamente estaba jugando con ella, deliberadamente sin decirle por qué estaba allí.

—¿Te gusta responder preguntas? —, le preguntó burlonamente.

—Claro, pregúntame lo que quieras. ¿Quieres saber mi número de la seguridad social? —Sus ojos se abrieron de par en par mientras la desafiaba.

—No. Sólo...

—¿Quieres saber mi altura y mi peso? ¿Mi número de calzado? ¿El apellido de soltera de mi madre? —Hablaba rápido, excitada.

Ella no sabía si estaba bromeando o no.

—Sí, creo que sería muy interesante—, dijo ella, haciendo su propia broma y observando para ver su reacción.

Se rio. Era una risa cálida y tranquilizadora. Se sintió atraída por él por su risa, por sus ojos oscuros, por su buen aspecto.

—¿Y por qué estás aquí, en medio del bosque, en la Isla del Terror? —, preguntó ella, apoyándose en el tronco de un árbol.

—Bueno, he vuelto—, empezó él.

—¿De vuelta de la universidad?

—Sí. Sí, claro. Volví de la universidad. Voy a la Universidad de Boston—. Pateó una raíz gruesa y levantada que se enroscaba en la tierra.

—Pero es demasiado pronto para que hayan terminado las clases—, dijo ella.

—Bueno... sí. No ha terminado. Estoy aquí por una especie de proyecto. Ya sabes. Sobre árboles—. Palmeó el tronco del árbol junto al que estaba. —Hay muchos árboles para estudiar en la isla. Estoy haciendo mi trabajo sobre la reproducción de los árboles.

—¿Reproducción?

Sonrió.

—Sí. Sabes lo que es, ¿verdad?

Los dos se rieron.

—Eso suena muy... interesante—, dijo ella, mirándole fijamente a los ojos. ¿Por qué le apetecía flirtear con él? No sabía nada de él. Ni siquiera sabía su nombre.

—Soy Della. ¿Cómo te llamas?

—¿Della? Qué gracioso. Yo también me llamo así.

—Oh, sé realista...

—No. Lo digo en serio. —Levantó una mano como jurando que decía la verdad. Se acercó unos pasos. Ahora estaba delante de ella.

—Me gusta tu chaqueta—, dijo Della. Extendió la mano y

tocó la manga. —¿Es de vinilo auténtico?

Él se rio.

—Eres muy gracioso.

Sus ojos se clavaron en los de ella, como si buscara algo allí.

—El sentido del humor es importante, ¿no crees? Yo creo que sí. Hay gente que no tiene sentido del humor. ¿Cómo tratas con ellos? ¿Sabes? ¿Qué puedes hacer al respecto? A veces es la única manera de llegar a alguien. Cuando quieres llegar a alguien y no sabe de dónde vienes. ¿Me entiendes?

—No—, dijo ella, riendo.

Él no se rio con ella. Se mordió el labio inferior. Su rostro se volvió serio. La miró. Por primera vez se dio cuenta de lo alto que era, unos treinta centímetros más que ella.

—Hablo de comunicación—, dijo, gritando la última palabra. —Hablo de llegar a la gente cuando no quieren que llegues a ellos. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí, supongo. —Empezaba a asustarla. ¿Qué era ese ridículo discurso sobre la comunicación? No tenía sentido. ¿Por qué se ponía tan nervioso?

Ella dio un paso atrás. Decidió cambiar de tema.

—Así que te gustan los árboles, ¿eh?

—¿Los árboles? —Por un segundo pareció como si no supiera de qué le estaba hablando. —Ah, sí. Claro. Me gusta tu pelo.

—Se lo lleva el viento.

—Eso me gusta—. Miró al cielo. —Bastante nublado. Espero que no llueva—. Volvía a estar tranquilo.

—Sí.

Se acercó y le tocó la manga de la sudadera.

—Bonita sudadera—, dijo.

—Es de vinilo de verdad—. Ella sintió su aliento en el

cuello. Dio un paso atrás, pero él no le soltó la manga. —Supongo que debería volver.

—¿De vuelta?

—De vuelta con mis amigos. Seguro que se preguntan dónde estoy.

—¿Dónde estás? —, preguntó. No sonaba exactamente a broma. Había algo desagradable en la forma en que lo dijo, algo amenazador.

—Mis amigos. Tengo que volver al campamento.

—Devolver a esta chica al campamento—, dijo él, sin sonreír, mirándola fijamente a los ojos.

Ella se dio cuenta por primera vez de que estaba sudando.

«Qué raro», pensó. «Hace demasiado frío para sudar así. Su chaqueta de cuero no puede abrigar tanto».

—Encantada de conocerte, Della—, le dijo, tratando de ser gentil, pero nerviosa por alejarse de él.

Él no dijo nada. Se quedó mirándola, inexpresivo. Parecía estar muy pensativo, concentrado en algo.

—¿Son de oro auténtico? —, le preguntó, cogiendo uno de sus pendientes de aro.

—No lo sé—, dijo ella, alejándose rápidamente de él.

De repente, él la agarró del pelo y la tiró de la cabeza hacia atrás.

—¡Eh! —, gritó ella. —¿Qué están haciendo?

—Supongo que sí—, dijo él. —Oro macizo. Eres una princesa de verdad, ¿no?

—No. ¡Suéltame! —Intentó que el pánico no se notara en su voz, pero no pudo evitarlo. Él le agarró el pelo con más fuerza.

—Vamos, suéltame. Lo digo en serio.

—Yo también—, dijo en voz baja y llena de amenaza.

Sin dejar de tirarle del pelo con una mano, la agarró del

brazo por encima del codo con la otra y tiró de ella contra él. Ella podía oler el cuero de su chaqueta, el olor a cuero mezclado con sudor.

—¡Para! —, le suplicó. —¡Me haces daño!

—Lo siento, princesa. —Él apretó con más fuerza.

Ella intentó escaparse de él, pero era demasiado fuerte. La arrastró ladera arriba. En la cima, ella miró hacia un profundo barranco.

—¿Qué quieres? —, gritó. —¿Qué vas a hacer conmigo?

capítulo 5

Sin soltarla, con un brazo la sujetaba con fuerza mientras se desabrochaba la chaqueta. Fue uno de los sonidos más fuertes que Della había oído jamás, y el más aterrador.

—¡Pete! ¡Gary! —gritó ella.

Él se rio entre dientes.

—Nadie puede oírte —susurró. La empujó hacia el borde del barranco.

—No, espera —suplicó ella.

—¿Qué consigues esperando? —, dijo él. Su voz era suave, tranquila; aterradoramente tranquila. —He estado esperando aquí. Demasiado tiempo. He estado esperando muchas cosas. Finalmente, decidí simplemente tomar algo. Algo para mí. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Volvió a hablar rápidamente, como un loco, con los ojos desorbitados, salpicándola con saliva mientras se inclinaba cerca de su cara.

—Déjame ir—, dijo ella, esforzándose por que su voz no

temblara. —No voy a huir. Te lo prometo.

—No pido mucho. Pero quiero algo—, continuó él, ignorando su petición. —Eso es lo que le dije al viejo. Pero él no quería escuchar. No podía comunicarme con él, ¿entiendes? De eso estamos hablando. De comunicación. Encontré una forma de comunicarme con él, ¿vale? Encontré una forma. Pero no le sirvió de nada. Quiero decir, no se aprende ninguna lección si estás muerto. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Eh... sí. Por favor, suéltame.

—No sabes de qué estoy hablando, ¿verdad? Bueno, mejor que no lo sepas. Hazte la tonta, ¿vale? ¿Vale? Te gusto. Lo sé. Creo que puedo comunicarme contigo. ¿Sí?

—Sí. No. ¡Me estás haciendo daño!

Respirando con dificultad, con el pecho agitado, aflojó un poco el agarre. Retrocediendo, Della vio la cadena de plata que llevaba alrededor del cuello, de la que colgaban tres calaveras de plata. —¡Oh! —, exclamó. Eran tan feas, tan realistas, tan malvadas.

Él la miró fijamente a los ojos. Parecía estar tratando de leer sus pensamientos.

—¿Qué quieres? —, preguntó ella.

Él no respondió. Ni siquiera parpadeó. Su silencio era más aterrador que sus palabras salvajes.

De repente, ella recordó la pistola ZAP. La había metido en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Ahora la buscó, tocó primero el cañón y luego agarró la empuñadura. Tiró del brazo hacia atrás, levantó la pistola y disparó.

Un chorro de pintura amarilla le salpicó la frente. Él balbuceó, sorprendido, luego gritó enfadado y la soltó para limpiarse la frente.

Ella echó a correr, tropezando, volando por el suelo.

¿Adónde iba? No lo sabía. No le importaba. Estaba huyendo. Tropezó con una raíz que sobresalía del suelo, pero se puso en pie rápidamente. Ahora corría a ciegas, con el espeso follaje pasando a toda velocidad como una mancha borrosa.

Y él estaba justo detrás de ella.

Se abalanzó sobre ella. Le rodeó las piernas con los brazos. La derribó.

Ella cayó al suelo con fuerza. Le dolía la rodilla, y el dolor se extendió por el resto de su cuerpo. Él le rodeó la cintura con los brazos.

Antes de que ella se diera cuenta de que la habían vuelto a capturar, él la había puesto de pie. Enfadado, le dio un fuerte empujón. Le arrebató la pistola ZAP de la mano y le apuntó con el cañón a la espalda.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —, gritó ella.

Él la miró fijamente, luchando por recuperar el aliento, con el sudor goteando por su frente y sus mejillas lisas.

La empujó delante de él, de vuelta a la cima del barranco. Ella luchó por soltarse, pero él la sujetó con fuerza, doblándole el brazo detrás de la espalda y clavándole la punta afilada de la pistola ZAP en la espalda.

En la cima del barranco se detuvo. La agarró por los hombros y la sacudió con fuerza.

—No deberías haber hecho eso—, gruñó.

Cuando él acercó su rostro, ella echó hacia atrás ambas manos y le dio un empujón rápido y fuerte con todas sus fuerzas.

Él abrió los ojos con sorpresa al perder el equilibrio.

—¡Eh!

Cayó hacia atrás. Sus pies se deslizaron bajo él y comenzó a caer por la empinada ladera del barranco.

Sus manos, que buscaban desesperadamente algo a lo que agarrarse para detener la caída, solo encontraron aire.

Cerró los ojos.

Lo oyó raspar contra el suelo, una vez, dos veces. Lo oyó gritar. Oyó un golpe sordo. Un gemido. Y luego silencio.

Tardó tres o cuatro segundos como mucho.

Le pareció un año.

Abrió los ojos. Todo parecía mucho más oscuro. Los árboles, el suelo, el cielo. Respiró hondo y contuvo el aliento. A veces eso la calmaba.

Esta vez no funcionó.

Su primer instinto fue correr. Pero sabía que no podía huir hasta haber mirado al fondo del barranco.

El suelo parecía inclinado. Los árboles parecían estar colocados en ángulos extraños, en guerra entre sí. Sacudió la cabeza, tratando de quitarse el mareo.

Miró hacia el fondo del barranco. No era tan profundo ni tan empinado como había imaginado.

Él yacía en el fondo, con el cuerpo retorcido y la cabeza en una posición tan extraña, como si se hubiera desprendido y alguien que no sabía cómo encajarla la hubiera vuelto a colocar sin cuidado. Dio un par de pasos cautelosos por la pendiente.

Él no se movió. Tenía la boca abierta de par en par. Los ojos cerrados. La cabeza inclinada casi hacia un lado. Parecía descansar sobre su hombro.

—¡No!

¿Se había roto el cuello?

Se sintió mal. Todo empezó a dar vueltas. Se dejó caer al suelo y esperó a que el bosque dejara de moverse.

«¿Qué debo hacer?» se preguntó. «Esto no está pasando realmente, ¿verdad?» Su mente daba vueltas más rápido que

los árboles. Quería despertar y olvidar este sueño. Quería huir. Quería detener el pánico que sentía. Si tan solo pudiera pensar con claridad...

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, estaba de pie, cayendo y deslizándose por la ladera del barranco. Al llegar al fondo, se detuvo junto al cuerpo inmóvil y se quedó mirando la cadena con sus tres calaveras de plata, que parecían devolverle la mirada.

Tenía la boca abierta en una expresión de horror. Parecía decir: «Tú me has hecho esto. Tú me has matado, Della».

—¡No! —, gritó ella. —¡Levántate! ¡Levántate!

Le agarró del brazo y empezó a tirar de él para levantarlo. El brazo estaba flácido y sin vida. Lo soltó, sintiendo una oleada de repugnancia que le subía desde el estómago.

—¡Levántate! ¡Levántate!

Estaba tan oscuro, era tan difícil ver. Ojalá todo dejara de dar vueltas. Ojalá pudiera respirar con normalidad, pensar con normalidad.

¿Qué debía hacer? ¿Qué?

«Tiene que estar vivo», pensó. «Esto no puede estar pasando. No puede ser.»

Con las manos temblorosas, se arrodilló entre las hojas secas y le cogió la mano. Le palpó la muñeca con los dedos, tratando de encontrar el pulso.

«¿Dónde está? ¿Dónde está? Vamos, tiene que haber pulso...»

«¡Sí!»

Lo encontró. El suave y persistente latido en su muñeca, tan rápido, tan fuerte. Sí. Tenía pulso. Estaba vivo. Él...

No.

Se estremeció. Era su propio pulso lo que sentía.

Le temblaban las manos. Le agarró por el cuello. Lo había visto en las películas. Para encontrar el pulso hay que presionar a un lado del cuello.

La cabeza se echó hacia atrás sin vida. Presionó con fuerza contra el cuello. Nada. Movió los dedos. Nada.

Nada. Nada. Nada.

Le agarró la muñeca. Nada.

—Ohh—. Se puso de pie, cubriéndose la cara con las manos.

Estaba muerto. Ella lo había matado.

«En defensa propia», pensó. Fue en defensa propia. Pero ¿qué importaba eso? Había matado a un hombre, a otro ser humano.

¿Y ahora qué?

Ahora su vida estaría arruinada.

Ahora sus padres sabrían que se había ido a pasar la noche fuera sin el Sr. Abner. Ahora todos los padres lo sabrían. Pensó en Maia, en la promesa que le había hecho a Maia de que nada saldría mal.

Y ahora todo había salido mal.

Todo el pueblo sabría que había matado a un hombre. El resto de su vida estaría atormentada por ese momento. Su vida estaba arruinada, arruinada.

No.

¿Por qué arruinar su vida por este... este asqueroso? ¿Por qué arruinar todas sus vidas?

Le dio la espalda para poder pensar mejor. Se dio cuenta de que su mente iba a mil por hora. Era muy difícil pensar con claridad, pensar con coherencia.

Pero ella sabía que había tomado una decisión.

No iba a contarle a nadie sobre él.

No había motivo para contarlo. Y había muchos motivos

para no contarlo.

De todos modos, había sido un accidente. Solo un accidente. Podría haberse resbalado y caído por el barranco, haberse golpeado la cabeza y roto el cuello, o lo que fuera que se hubiera hecho él mismo.

De repente supo lo que haría. En realidad era fácil. Y era inteligente. Estaba siendo inteligente.

Y no solo se estaba protegiendo a sí misma. Estaba protegiendo a sus amigos. No merecían que sus vidas se arruinaran para siempre por culpa de este... accidente.

Se agachó y llenó los brazos de hojas secas, hojas muertas del invierno que acababa de pasar. Luego dejó caer las hojas sobre sus piernas. Otro montón de hojas. Las dejó caer sobre sus botas. Otro montón.

«No tardaré mucho en cubrirlo con hojas», pensó. «Luego volveré al campamento y fingiré que esto nunca ha pasado».

Recogió otro montón de hojas. Cuando empezó a dejarlas caer sobre su pecho, miró hacia la parte superior del barranco.

Ricky y Maia la miraban fijamente.

capítulo 6

—¡Me atacó! —gritó Della, mientras luchaba por subir por la empinada ladera del barranco—. ¡No fue mi intención! Quiero decir, no quise empujarlo. Simplemente se cayó, ¿ves? ¡Fue un accidente!

Maia parecía aún más alterada que Della, pero se apresuró a acercarse y le pasó un brazo por los hombros, ayudándola a alejarse del barranco e intentando calmarla.

—Tómate tu tiempo —le susurró al oído—. Tómate tu tiempo. Cuéntalo despacio.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Ricky, de pie al borde del barranco, mirando hacia abajo, donde yacía el cuerpo medio cubierto.

—No lo sé —dijo Della, obligándose a dejar de temblar y a respirar con menos dificultad—. Eso es lo que intento decirte. Se abalanzó sobre mí. Quería... quería... Lo empujé y se cayó. Está muerto. Está realmente muerto.

Maia le soltó el hombro y retrocedió.

—Della, me prometiste... —comenzó a decir, pero estaba demasiado alterada para terminar la frase—. Mis padres... van a...

Pete se acercó por detrás de Della y le puso una mano en el hombro.

—Tranquila. Ya se acabó —le dijo con suavidad—. Ya pensaremos qué hacer.

Della le sonrió. Empezaba a sentirse un poco más tranquila.

—Esto es realmente asqueroso—, oyó decir a Suki a Gary. —Nunca había visto un cadáver.

—Pero ¿quién es? ¿Qué hacía aquí? —, preguntó Ricky, con una expresión muy seria por una vez.

—Solo un tipo raro—, murmuró Della, temblando.

—Pero ¿qué hacía aquí solo? —, repitió Ricky, con voz aguda y quejumbrosa.

—Ricky, ¿cómo voy a saberlo? —espetó ella—. No era un amigo íntimo, ¿sabes? Era un tipo que me atacó en el bosque. No me contó la historia de su vida primero.

—Lo siento —dijo Ricky en voz baja—. No tienes por qué gritar.

¿Gritar? Tenía ganas de gritar a pleno pulmón.

—¿Estás segura de que está muerto? —preguntó Gary de repente. —¿Qué?

—¿Estás segura de que está muerto?

—Bueno, sí —dijo Della, recordando de nuevo sus frenéticos y fallidos intentos por encontrarle el pulso. Al pensar en ello, volvió a sentirse mareada. Se sentó en el suelo, recostándose sobre las manos y cerrando los ojos.

—Quizá deberíamos volver a comprobarlo —dijo Gary.

—No puedo creer que esto esté pasando. Maia lloraba. —Todas nuestras vidas arruinadas por una estúpida noche.

—¡Cállate, Maia! —gritó Della, perdiendo el control, sin importarle nada.

—¡Pero mis padres me van a matar! —insistió Maia. Della la miró. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

«¿Por qué está llorando?» se preguntó Della. «¿Cómo se atreve a llorar? ¡Yo soy la que acaba de matar a un hombre!»

—Cálmate, Maia —dijo Suki con dureza—. Esto no va a beneficiar en nada nuestra reputación.

—No me encuentro bien —dijo Ricky—. Me duele el estómago... —Corrió hacia los árboles.

—Voy a bajar —dijo Gary.

—¿Para qué? —Suki lo agarró del brazo.

Pero él se soltó y se deslizó por la ladera del barranco.

—Espera, voy contigo —dijo Pete. Pero no hizo ningún intento por seguirlo.

Della se levantó y observó a Gary bajar hasta el fondo del barranco. El viento había arreciado y soplaba las hojas que ella había amontonado sobre el joven, haciendo que pareciera que se movía. En algún lugar lejano oyó graznar a los cuervos. Los cuervos le hicieron pensar en buitres. Se imaginó a grandes buitres negros atacando vorazmente al desconocido, destrozándolo.

Sacudió la cabeza con fuerza, tratando de borrar esa horrible imagen de su mente. Gary se inclinó sobre el cuerpo y apartó algunas de las hojas que Della había amontonado.

—Está frío —les gritó Gary, con la voz temblorosa y más aguda de lo habitual.

Nadie dijo nada. Ricky regresó, sudando profusamente y con aspecto muy alterado.

—No le encuentro el pulso —gritó Gary.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ricky, sentándose en el suelo, cruzando las piernas y apoyando la cabeza en las

manos.

—Vamos a terminar de cubrirlo con hojas —dijo Suki, como si todo estuviera decidido.

—¿Lo haremos? —preguntó Maia, más esperanzada que sorprendida—. ¿Vamos a fingir que no sabemos nada de esto?

—¿Qué opinas, Della? —preguntó Pete, muy cerca de ella, empezando a rodearla con el brazo por los hombros, pero luego dudando.

—¿Podemos guardar un secreto como este? —preguntó Della, mirando fijamente a los árboles, sin mirarlos a ellos.

—Tenemos que hacerlo—, insistió Maia.

—Sí, tenemos que hacerlo —repitió Ricky con aire sombrío, con la cabeza gacha.

Gary reapareció, respirando con dificultad, con aspecto conmocionado.

—No tiene pulso—, dijo.

—Hemos decidido taparlo y fingir que no ha pasado nada —le dijo Suki a Gary.

—Supongo —Gary negó con la cabeza—. ¿Alguien está en desacuerdo con ese plan?

Nadie respondió.

—Vamos—, dijo Gary, mirando a Pete.

—Os ayudaré —dijo Della, y se dispuso a seguirlos.

—No —Pete levantó una mano—. Gary y yo podemos hacerlo.

Desaparecieron en el barranco. Della no miró, pero podía oír el rasguño y el susurro de las hojas mientras enterraban el cuerpo del joven entre ellas. Sabía que era un sonido que nunca olvidaría.

Unos minutos más tarde, los seis regresaron al campamento en silencio. De alguna manera, Della se sorprendió al encontrar las tiendas, las mochilas, el equipo y

la leña tal y como los habían dejado. Todo su mundo había cambiado en ese instante al borde del barranco. Se esperaba que ahora todo fuera diferente. De alguna manera, le tranquilizaba ver que el campamento seguía igual.

«Quizás todo seguirá como antes», pensó. Quizás el secreto se quedará aquí, en la Isla del Miedo, y el recuerdo de él acabará desvaneciéndose.

—Recojamos y salgamos de aquí —dijo Suki, cogiendo su mochila.

—De acuerdo —asintió Maia—. No quiero pasar ni un segundo más en esta horrible isla.

—No, esperad —insistió Della—. No podemos volver ahora. Nuestros padres querrán saber por qué hemos vuelto tan pronto, por qué no hemos pasado la noche aquí.

—Tiene razón —dijo Gary rápidamente.

—¿Quieres decir que tenemos que pasar toda la noche aquí? —exclamó Maia—. ¡No! ¡No lo haré! ¡No lo haré! —Cogió su mochila y la lanzó con rabia contra la pila de leña.

—Maia, si no te calmas, también te cubriremos de hojas —la amenazó Suki.

Maia se quedó sin aliento. Ricky se rio. Parecía un poco más él mismo.

—Intentemos todos mantener la calma —dijo Gary—. Della tiene razón. Tenemos que quedarnos aquí hasta mañana. Tenemos que hacer que todo parezca normal. No podemos dar a nuestros padres ningún motivo para sospechar que la acampada no ha sido un gran éxito.

—Qué fastidio —murmuró Suki—. Creo que ya nadie está de humor para esto.

—Lo sé —respondió Gary—. Pero no tenemos otra opción, ¿verdad? Tenemos que quedarnos.

—Pero tengo mucho frío —se quejó Maia.

—Encendamos el fuego —dijo Gary—. Un fuego cálido nos hará sentir mejor a todos.

—Una cena caliente me hará sentir mejor —dijo Ricky—. ¡Sobre todo porque acabo de vomitar el almuerzo!

Encendieron una gran hoguera y asaron salchichas. Della se sorprendió al descubrir que no había perdido el apetito. Nadie dijo gran cosa. Incluso Ricky comió en silencio, devorando hambriento su comida.

Era una noche clara y fresca. El viento soplaba en ráfagas y remolinos, haciendo que la hoguera titilara y se curvara. Della levantó la vista y vio que el cielo estaba lleno de estrellas amarillas y blancas brillantes.

—¿Cómo estás? —, preguntó Pete, sentándose en la manta a su lado.

—Bien, supongo —le sonrió. Él estaba siendo muy amable con ella. Gary y Suki estaban sentados frente a ella, al otro lado de la hoguera, compartiendo una manta, pero sin decir nada mientras comían.

Maia se sentó lo más cerca posible del fuego. Se frotaba las manos para intentar calentarlas.

—No consigo entrar en calor —dijo, al ver que Della y Pete la miraban fijamente.

—Supongo que nadie quiere contar historias de fantasmas alrededor del fuego esta noche —bromeó Ricky después de que terminaran de comer. Era su primer intento de hacer una broma, y recibió la misma acogida silenciosa que la mayoría de sus bromas.

—Creo que deberíamos acostarnos lo antes posible —dijo Maia. —Entonces, cuando nos despertemos, será hora de volver a casa —dijo ella, sacudiendo la cabeza con tristeza y mirando fijamente el resplandor anaranjado del fuego—. Solo quiero que sea hora de volver a casa.

Se levantó y empezó a arrastrar su manta hacia la tienda de las chicas.

—No, espera —dijo Gary, quitando el brazo del hombro de Suki—. Primero tenemos que hacer un juramento.

—¿Eh? ¿Qué tipo de juramento? —preguntó Ricky, envuelto en su manta de modo que solo se le veía la cara.

—Un juramento de secreto —dijo Gary—. El secreto de la Isla del Terror debe permanecer aquí para siempre. Todos tenemos que cogernos de la mano y jurarlo.

El viento aullaba mientras los seis se colocaban solemnemente en círculo. Cada uno extendió una mano hacia el fuego. Las seis manos se tocaron.

Suki retiró la mano.

—Esto es una estupidez —dijo.

—No, no lo es. Una ceremonia lo hace oficial —le dijo Gary.

Suki puso los ojos en blanco, pero volvió a poner la mano con los demás. Todos se inclinaron juntos, con los rostros iluminados por la luz naranja del fuego.

—El secreto se guardará —dijo Gary lentamente, en un susurro.

Y, mientras lo decía, una ráfaga de viento apagó el fuego. Maia gritó. Tardaron unos segundos en calmarla. Pete y Suki volvieron a encender el fuego rápidamente. Maia fue la única que había reaccionado, pero ahora todos parecían bastante conmocionados.

—Al menos no hay luna llena —dijo Ricky—. Probablemente no tengamos que preocuparnos por los hombres lobo. Su broma fue poco convincente. Nadie reaccionó.

Apilaron sus mochilas cerca del fuego, ya que no había espacio para ellas en las pequeñas tiendas de campaña.

Entonces Della llevó a Maia a la tienda de las chicas. Al llegar a la entrada, se giró y vio a Gary alejándose del campamento con Suki, con los brazos alrededor de la cintura del otro.

Dentro de la tienda, el aire era cálido y húmedo. Della empezó a desenrollar su saco de dormir, pero se detuvo. Afuera podía oír el viento y el susurro de las hojas.

El susurro de las hojas, hojas que caían sobre el cuerpo de un joven. Enterrado en hojas. Entre hojas. Enterrado en las hojas susurrantes.

—¡No! —. Se tapó los oídos con las manos, pero el sonido de las hojas susurrantes no desapareció.

—¿Estás bien? —, preguntó Maia, metiéndose en su saco de dormir completamente vestida.

—¿Qué? —Era difícil oír a Maia por encima del sonido de las hojas. Tantas hojas, hojas secas y marrones, apiladas tan alto.

—Te he preguntado si estás bien.

—Sí, claro. Supongo.

—No deberíamos haber venido aquí —dijo Maia—. Sabía que no deberíamos haberlo hecho. —Apartó la cabeza de Della.

Della no dijo nada. Terminó de desenrollar su saco de dormir, escuchando el viento y las hojas, pensando en el joven, sintiendo su frente presionada contra su mejilla otra vez, oliendo el cuero de su chaqueta vaquera, y luego viéndolo caer hacia atrás mientras ella lo empujaba, lo empujaba, lo empujaba hacia su muerte.

Se obligó a pensar en otra cosa. Gary. No. Tampoco podía pensar en Gary. Ahora estaba en el bosque, besándose con Suki. ¿Por qué había aceptado irse de viaje sin pensarlo dos veces? El objetivo era intentar arreglar las cosas con Gary. Pero ahora eso era imposible. Se había acabado. Fin. Se había

acabado.

Como el joven del bosque.

Basta, Della. Deja de pensar en ello.

«No, no puedo. No puedo. Nunca podré dejar de pensar en ello».

Unas horas más tarde, se despertó de un sueño sin sueños. Sentía un hormigueo y entumecimiento en el brazo. Se dio cuenta de que había estado durmiendo sobre él. Lo sacó del saco de dormir e intentó sacudirlo para que recuperara la sensibilidad.

Tenía la cara húmeda y fría. Todo estaba mojado. Se incorporó y sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Maia dormía acurrucada en su saco de dormir. Suki también dormía, respirando ruidosamente con la boca abierta. ¿Cuándo había entrado?

Della se pasó la mano por el pelo. Mojado, mojado, mojado. ¿No se suponía que las tiendas de campaña protegían del rocío?

Oyó un ruido justo fuera de la tienda. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Había alguien ahí fuera? Escuchó.

El viento había amainado. Ahora todo estaba en silencio.

El crujir de una ramita rompió el silencio. ¿Era un paso? Oyó un ruido de rasguño. Sí. Había alguien ahí.

¿Había alguien más despierto?

Escuchó. Otro crujido, como un paso sobre ramitas u hojas secas.

Se incorporó, con el brazo aún entumecido. Ahora estaba completamente despierta.

—¡Maia! ¡Suki! ¡Despertad! —, susurró. —¡Maia, por favor! ¡Que alguien se despierte!

Sus dos compañeras de tienda se movieron.

—¿Qué hora es? —, preguntó finalmente Maia, con la voz

ronca por el sueño.

—Ssshh—, advirtió Della. —Escuchad. Creo que hay alguien ahí fuera.

Eso despertó a Suki y Maia. Ambas se pusieron de rodillas.

—¿Eh? Probablemente sea el viento—, susurró Suki. Pero parecía tan asustada como Maia.

—¿Qué hacemos? —, preguntó Maia, envolviéndose en su saco de dormir para entrar en calor.

—Sssh. Escuchad—, susurró Della.

Oyeron un crujido. Un sonido como de un zapato raspando la tierra. Luego otro sonido. ¿Qué era eso? ¿Una tos?

Della se puso de rodillas y comenzó a avanzar con cautela hacia la entrada de la tienda. Le dolía el costado. Tenía el cuello rígido. ¿Quién había dicho que dormir en el suelo era cómodo?

—Della, vuelve —suplicó Maia—. ¿Adónde vas?

—A ver quién o qué es —susurró Della—. ¿Vienes conmigo?

Suki se metió en su saco de dormir y se lo subió hasta la cabeza. Maia no hizo ningún intento por moverse.

—Parece que voy a ir sola —suspiró Della.

—Vuelve a dormirte—. La voz de Suki salió amortiguada a través del saco de dormir—. Todo esto es solo una pesadilla.

Otro crujido fuera de la tienda, esta vez un poco más fuerte, un poco más cerca.

—Toma. Coge esto—. Maia, con aire culpable, le entregó una linterna a Della.

Sosteniendo la linterna en una mano, Della se calzó con dificultad las zapatillas. Ella dudó en la entrada de la tienda, luego salió y enfocó la linterna rápidamente alrededor del campamento.

No había nadie.

Dio otro paso fuera de la tienda. El fuego casi se había apagado, las brasas rojo azulado crepitaban débilmente frente a ella. Se detuvo y escuchó.

Un paso. Justo más allá de la tienda de los chicos.

—¿Quién está ahí? —, gritó, pero su voz salió en un susurro. Sabía que no se oía más allá de las tiendas. Oyó otro paso.

—¿Hay alguien ahí? —, gritó esta vez un poco más alto.

Manteniendo la luz delante de ella y en posición baja, pasó junto a la tienda de los chicos, caminando con cuidado porque tenía los cordones desatados. Ahora estaba al borde del claro. No corría ni una pizca de viento. El único sonido era el de su respiración. Y el de otro paso sobre las hojas secas.

Dio unos pasos hacia los árboles. «¿Quién está ahí?». Iluminó con la linterna en un amplio círculo.

Tembló, más por miedo que por frío. «¿Qué estoy haciendo aquí fuera?», se preguntó. «¿A quién creo que voy a encontrar? ¿Por qué estoy siendo tan valiente?».

Temblando de nuevo, se dio la vuelta.

«Probablemente solo era algún animal», pensó.

«Qué estupidez. Adentrarse en el bosque en mitad de la noche, persiguiendo a un estúpido animal. Estoy perdiendo la cabeza», pensó.

Pasó con cuidado junto al fuego y estaba a punto de volver a la tienda de las chicas cuando algo le llamó la atención. Las mochilas. Estaban apiladas ordenadamente junto al fuego. Ahora estaban esparcidas por el suelo.

¿Alguien las había tirado?

Se acercó unos pasos y las iluminó con la linterna. No parecían haber sido abiertas.

No. Debía de haber sido el viento. O quizá un animal. Un

mapache buscando comida. Eso era todo. Los pasos que había oído adentrarse en el bosque debían de ser del mismo mapache.

Maia y Suki estaban sentadas junto a la entrada de la tienda, esperando nerviosas su regreso.

—Solo un mapache, supongo—, dijo Della encogiéndose de hombros.

—Lo sabía—, dijo Suki, sacudiendo la cabeza. Se deslizó de nuevo dentro de su saco de dormir.

—Menos mal—, suspiró Maia aliviada.

Della se quitó las zapatillas y se metió en el saco de dormir. Ahora hacía frío allí dentro. Sabía que tardaría mucho en calentarse. Escuchó. Pero ahora solo podía oír la respiración ruidosa de Suki.

Escuchó los ronquidos de Suki y los movimientos de Maia durante el resto de la noche. No podía volver a dormirse.

Por la mañana, todas salieron aturdidas y entumecidas, como osos que salen de una hibernación invernal. Maia parecía estar constantemente al borde de las lágrimas, aunque nunca se rindió y lloró.

Desayunaron rápidamente y recogieron sus cosas en silencio, ansiosos por alejarse de la isla, ansiosos por terminar la noche, ansiosos por no verse durante un tiempo, por poder irse a algún lugar y pensar en silencio, por separado, sobre lo que había sucedido.

El sol rojo de la mañana aún se elevaba sobre los árboles cuando salieron del bosque y llegaron a la playa rocosa. El lago parecía plano y púrpura a la luz de la mañana.

El aire estaba lo suficientemente despejado como para que pudieran ver el pueblo que se extendía a lo largo de la orilla al otro lado del agua.

—¡Oh, no! ¡Mi mochila! —, gritó Ricky. —La dejé allí—. Se dio la vuelta y corrió a toda velocidad hacia el campamento.

Los demás se apresuraron hacia donde habían dejado las canoas, con sus zapatillas crujiendo sobre los guijarros. Unos segundos más tarde, todos se detuvieron. Y se quedaron mirando.

—¡Las canoas! —, dijo Della.

Habían desaparecido.

—¡Oh, no! —, gritó Maia. —¡Estamos atrapados aquí!

capítulo 7

—*A*lguien debe habérselos llevado—, dijo Della. —Sé que los dejamos aquí—. Movió la pesada mochila que llevaba sobre los hombros y miró hacia la ciudad, al otro lado del lago. Estaba tan cerca, pero tan lejos.

—Que nadie entre en pánico—, dijo Gary, muy preocupado.

—¿Que no cunda el pánico? Cómo que no cunda el pánico—. gritó Maia, con la cara roja y los ojos muy abiertos por el miedo. —¿Quién ha podido hacer esto? ¿Qué vamos a hacer? Tengo que volver a casa. Mis padres me matarán.

—No estaremos aquí mucho tiempo. Cuando no lleguemos a casa a tiempo, enviarán a alguien a buscarnos—, dijo Gary.

Se suponía que eso debía tranquilizarlos, pero no tranquilizó a Maia en absoluto.

—¡Entonces todo el mundo sabrá que hemos venido sin el Sr. Abner!—, gritó.

—¿Seguro que es aquí donde los dejamos?—. preguntó Suki, pateando la arena.

—Sí, por supuesto—, dijo Gary. —Mira. Puedes ver las huellas en la arena.

—Así que alguien tuvo que robarlas—, dijo Della en voz baja. Pensó en el joven muerto enterrado entre las hojas. Estaban atrapados en la isla, atrapados con él.

—¿Qué está pasando? —Ricky exclamó, torpe hasta ellos, arrastrando su mochila.

—Las canoas... —Maia comenzó.

—Oh, no.—Ricky se puso blanco. —Oh, vaya. Lo siento. He movido las canoas.

—¿Tú qué?

—¿Por qué?

Una sonrisa culpable se dibujó en el rostro de Ricky. Retrocedió, dejó caer la mochila a la arena y levantó las manos como si se preparara para defenderse de un ataque.

—Se suponía que era una broma. Lo hice ayer, antes del... eh... accidente.

—No me lo puedo creer.— Suki frunció el ceño hacia Ricky. —Tienes un gran sentido del humor, Schorr.

—Lo siento. Era sólo una broma. Ayer volví atrás durante la guerra ZAP y los moví—, dijo Ricky. —Así que demándame. Cuando lo hice, ¡no sabía que Della iba a matar a un tío!

—Ricky…— Della jadeó.

—Dale un respiro, Schorr—, dijo Pete rápidamente.

—Danos un respiro a todos—, dijo Gary con impaciencia. —Todos queremos irnos de aquí. ¿Dónde escondiste las canoas?

—Por aquí mismo—. Siguieron a Ricky unos cien metros playa abajo. Las canoas descansaban entre unos hierbajos altos detrás de una duna baja.

—Realmente eres un idiota, Schorr—, dijo Suki,

mirándolo como si fuera un pedazo de tierra.

—Dije que lo sentía—. Se encogió de hombros.

Tiraron de las canoas hasta el agua, echaron el equipo dentro y se subieron. El viaje de vuelta al pueblo pareció eterno. Nadie hablaba. Nadie miró hacia la Isla del Terror.

«Un día después, todos seremos personas diferentes», pensó Della. «Ahora todos tenemos un secreto. Todos tenemos una pesadilla que compartimos, que debemos ocultar».

Miró a Maia. Tenía el pelo castaño enmarañado. Tenía los ojos enrojecidos y ojeras. Parecía como si hubiera estado llorando toda la noche. Pete, siempre tan pulcro, llevaba una sudadera manchada y arrugada. El pelo sin cepillar le caía sobre los ojos.

Los ocupantes de la otra canoa parecían igual de agotados. Suki llevaba el pelo de punta aplastado contra la cabeza. Ni siquiera había intentado peinárselo. Tenía la cara pálida, blanca como la harina, como si le hubieran drenado toda la sangre. Ricky remaba en silencio en la parte trasera de la canoa, respirando con dificultad, con el sudor goteándole por la cara a pesar del aire fresco de la mañana. Sólo Gary parecía casi normal, excepto por la mirada tensa y preocupada de su rostro mientras remaba rítmicamente, sin apartar los ojos de la orilla que se acercaba.

«Pronto estaré en casa», pensó Della. «Pero no va a ser lo mismo. Nada volverá a ser lo mismo».

El golpeteo de los remos contra el agua dio paso en su mente al crujido de las hojas. Volvió a ver las hojas marrones secas amontonadas sobre la forma inerte del barranco. Las hojas estaban por todas partes, tan secas, tan muertas. Miró hacia abajo. El lago estaba lleno de ellas, lleno de hojas muertas, lleno de muerte.

—Della, ¿estás bien? —La voz de Pete interrumpió sus pensamientos. El susurro de las hojas desapareció, reemplazado por el sonido de los remos y el agua golpeando contra los lados de la canoa.

—Sí, estoy bien. Sólo estaba... pensando—. Forzó una sonrisa. Sabía que no era muy convincente.

—Todo irá bien—, dijo Pete. —Ya casi estás en casa.

«Casi en casa. Quizá me sienta mejor cuando llegue a casa», pensó Della.

Pero cuando, menos de una hora después, abrió la puerta de atrás y vio a su madre vestida para ir a la iglesia, terminando de desayunar en la encimera de la cocina, la invadió una sensación de pavor.

¿Cómo podría Della enfrentarse a ella?

—¿Y bien? —preguntó la señora O'Connor, después de llevarse la taza de café a la boca para beber la última gota. —¿Qué tal ha ido? Has vuelto tan pronto.

—Sí. Bueno, nos levantamos temprano—, consiguió decir Della. Ella se preguntó si su madre podría ver cómo estaba nerviosa. La señora O'Connor era una verdadera lectora de mentes. Ella podría leer más en los ojos y las expresiones de Della que en cualquier científico.

—Parece que no consiguiste dormir mucho ayer por la noche—. Su madre sacudió la cabeza desaprobadoramente.

—No mucho,—Della dijo. Ella caminó la nevera y sacó un cartón de zumo de naranja. De repente sintió ganas de llorar. Esperaba que tal vez, sólo tal vez, una actividad como tomar zumo de naranja le ayudara a mantener el control.

«¿Pero cómo puedo mantener el control? Anoche maté a un hombre».

¿Vio su madre cómo le temblaba la mano mientras vertía el zumo en un vaso? No.

—Supongo que no quieres venir a la iglesia conmigo—, dijo su madre.

—Me voy a la cama. Podría dormir una semana—, le dijo Della.

—¿Fue divertido? —preguntó la señora O'Connor, poniéndose de pie y alisándose el vestido.

—Algo así,— dijo Della, bebiendo el zumo de naranja en el fregadero, guardando su espalda a su madre.

—¿Estuviste realmente despierta toda la noche? —la señora O'Connor preguntó.

—No. No toda la noche.

—¿Quieres desayunar?

—No. Creo que no.

—¿Hablaste con Gary? —Su madre sabía que Della odiaba las preguntas sobre sus novios, pero eso nunca la detuvo.

—No demasiado.—Della bebió la mitad del vaso. Ella vertió el resto en el fregadero.

—Almenos pregunto,— señora O'Connor dijo con un encogimiento de hombros.

«Pregúntame si maté a alguien anoche», pensó Della.

—Pareces agotada—, dijo su madre, frunciendo el ceño con preocupación.

«Voy a contárselo todo», decidió Della. «No puedo guardármelo. No puedo».

—Mamá, yo...

—¿Sí? —Ella estaba a medio camino de la puerta.

Della vaciló.

—¿Qué pasa, Della?

—Hasta luego—, dijo.

La puerta se cerró tras ella.

Della durmió toda la mañana y la mayor parte de la tarde. Cuando bajó poco antes de las cuatro, su madre había salido. Se preparó un bocadillo de atún, se lo comió con avidez y se lo bebió con una Coca-Cola. Se sentía un poco mejor. Tanto sueño había ayudado mucho.

Se llevó un cuenco de patatas fritas, subió a su habitación e hizo los deberes del instituto. Para su sorpresa, pudo concentrarse en el tema que estaba leyendo. Sólo pensó en el joven del barranco una o dos veces, e incluso entonces le pareció un recuerdo lejano, como algo que había sucedido y ya había pasado.

Cuando su madre llegó a casa, Della se dio cuenta de que ya no tenía ganas de contarle lo sucedido. Durante la cena le contó algunas historias de la noche a la mañana, algunas inventadas y otras ciertas. Le habló de la guerra ZAP, de lo bien que sabían los perritos calientes en la hoguera, de cómo Ricky había escondido las canoas y de lo alarmados que estaban por ello.

«Tal vez pueda hacer esto después de todo», pensó. «Quizá pueda dejarlo atrás y seguir con mi vida».

Empezó a sentirse segura, relajada, casi bien consigo misma, hasta que sonó el teléfono a las siete y media, descolgó y oyó la voz temblorosa de Maia.

—Della, ¿puedes venir? No me encuentro muy bien.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás enferma?

—No. Es sólo que... bueno, seguro que mis padres sospechan algo.

Della tuvo de repente una sensación de frío en la nuca. Los músculos de su cuello se tensaron.

—Maia, no les has dicho nada, ¿verdad?

—No, claro que no—, contestó Maia rápidamente, con la voz tensa y aguda. —Claro que no, Della. Pero creo que

sospechan... Quiero decir, tengo una corazonada. Y no lo sé... quiero decir, no sé cuánto tiempo más podré…

—De acuerdo. Intenta calmarte,— Della dijo, sonando irritada cuando ella fingió parecer consoladora. —Enseguida voy.

—Gracias, Della. Date prisa. Por favor.

Della colgó, sintiéndose más molesta que simpática. Le parecía que Maia ni siquiera estaba tratando de superar esto. Bueno, tal vez lo estaba. Tal vez ella estaba haciendo lo mejor que podía.

En cierto modo, ella había metido a Maia en este lío. Maia ni siquiera habría ido a la velada si ella no la hubiera insistido tanto.

«Tengo que dejar de pensar en ella con tanta dureza», decidió Della. «Iré allí y le daré una charla para animarla, para que se sienta mejor. Después de todo, para eso están los amigos».

Los amigos.

¿Sus amigas iban a ayudarla? ¿Iban a guardar el secreto como habían prometido?

«Tenían que hacerlo», se convención Della. «Tenían que hacerlo».

Se puso unos vaqueros limpios y un jersey ligero, se cepilló el pelo hasta que cayó liso y suave por detrás de los hombros, se puso un poco de brillo de labios transparente y buscó su cartera por la habitación. No estaba en su escritorio. No estaba en la estantería junto a la puerta, donde solía guardarla.

«Mi cartera», pensó. «¿Cuándo la tuve por última vez? ¿La llevó a la velada? Sí. Estaba en la mochila».

Se dio cuenta de que no había deshecho la mochila. La había tirado junto a la cama y se había olvidado de ella.

Quería olvidarla, por supuesto. Ahora, al cogerla y volcar su contenido sobre la cama, la invadió la vieja sensación de terror. El sonido del crepitar de las hojas secas parecía brotar de la mochila.

La tiró al suelo y buscó entre la ropa arrugada y los artículos de aseo que había metido en la maleta. ¿Dónde estaba la cartera?

«Sé que estaba ahí», pensó.

Pero no está.

¿Podría habérsela llevado alguien? No. Era imposible.

Todo lo de la mochila se sentía tan frío. Se había llevado el frío de la Isla del Terror a casa. Y ahora ella también se sentía helada, rebuscando entre sus cosas de nuevo y sin encontrar la cartera.

Que misterio.

Decidió ir a casa de Maia sin ella. Maia vivía a pocas manzanas, en el barrio de North Hills. Della le dijo a su madre que iba allí a estudiar y salió por la puerta.

Era una noche cálida, casi templada, un agradable contraste con la noche anterior. Un grupo de niños jugaba al béisbol en el jardín de una casa cercana, aunque ya había anochecido. Unas puertas más abajo, la señora Kinley gritaba a su hijo que era hora de volver a casa, y estaba siendo completamente ignorada.

North Hills era un barrio tranquilo y apacible, el más bonito de Shadyside. Por alguna razón, ver a los niños jugando a la pelota, pasando por delante de las casas grandes y tranquilas, por delante de los céspedes cuidados con esmero, hizo que Della se sintiera triste. De alguna manera, ya no se sentía parte de aquel mundo tranquilo, pacífico y respetable. Su secreto la convertía en una intrusa.

«Basta, Della», se advirtió a sí misma. «Para ahora mismo. Es natural que sientas lástima por ti misma en este momento. Pero ya se te pasará».

Maia abrió la puerta en cuanto Della llamó al timbre y, sin decir palabra, la subió a su habitación y cerró la puerta.

Della siempre se acordaba de la habitación de Maia. Parecía la habitación de una niña pequeña, con cortinas blancas de encaje en las ventanas, estanterías de muñecas y peluches por todas partes.

—¡Maia, estás horrible! —gritó Della, e inmediatamente después se arrepintió de haberlo dicho. «¡Qué manera de animar a alguien!»

Maia rompió a llorar.

—Sigo llorando y luego dejo de llorar—, sollozó. Sacó un puñado de pañuelos de una caja que tenía en la cómoda y se tapó la cara, secándose las lágrimas. Cuando se quitó los pañuelos, tenía la cara roja.

Della se acercó y rodeó el hombro de Maia con el brazo.

—Maia, todo saldrá bien. Te lo prometo—, dijo en voz baja.

—Me lo prometiste antes—, dijo Maia, sin mirar a Della.

Della no sabía qué decir.

—¿Qué te preocupa? Dímelo con palabras—, dijo, llevando a Maia a la cama.

—Mis padres. Sé que sospechan.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué te han dicho?

—Bueno... nada exactamente. Pero mi madre me miró raro.

—No la culpo—, dijo Della. —No tienes precisamente el mejor aspecto. ¿Qué les contaste del viaje?

—No mucho. Sólo que me lo pasé bien y que no me pasé la noche besándome en la tienda de los chicos, y que no fue la orgía salvaje que se imaginaban.

—Eso seguro—, murmuró Della. —Bueno, parece que te fue bien. ¿Te echaste una siesta o algo?

—Lo intenté, pero no podía dormir—, se lamentó Maia. —No paraba de ver a ese tipo tirado en el barranco.

—Necesitas dormir—, dijo Della. —Te sentirás mucho mejor. De verdad. He dormido casi todo el día. Y me siento...

—¿Qué?

—Me siento mejor. De verdad, lo estoy. Lo que le pasó a ese tipo anoche fue un accidente.

—Lo sé—, dijo Maia, limpiándose la nariz con la mano.

—Me atacó. No es como si fuera un chico inocente.

—Sí, lo sé—, repitió Maia tensa.

—Se cayó y se mató. No es que intentara matarlo intencionadamente. Fue un accidente. Tienes que recordarlo. Un accidente.

—Lo sé.

—Bueno, entonces, ¿qué te tiene tan molesta, Maia?— preguntó Della pacientemente.

—Es que... nos van a pillar. Todo el mundo se va a enterar. Del accidente. De que estábamos allí solas sin el señor Abner... De todo.

—Eso no es verdad—, insistió Della. —Pasarán semanas o meses antes de que descubran el cuerpo... si es que lo descubren. No habrá nada que nos vincule a él.

Maia empezó a llorar de nuevo. Della tardó mucho en calmarla. Hablaron durante más de dos horas, y Della hizo todo lo posible por tranquilizar a Maia diciéndole que todas sus vidas volverían pronto a la normalidad y que su secreto seguiría siendo uno.

Al principio se enfadó porque Maia estaba mucho más alterada que ella. Después de todo, Della había sido la agredida, la que le había empujado, la que... le había matado.

Pero al observar la habitación llena de muñecas y peluches, y pensar en los estrictos y autoritarios padres de Maia, Della se volvió más comprensiva. Maia no tenía muchas oportunidades de comportarse como una adulta. Sus padres hacían todo lo posible para que siguiera siendo una niña.

Cuando Della terminó de hablarle, Maia parecía mucho más tranquila.

—Ahora, duerme un poco—, le dijo Della, dirigiéndose hacia la puerta del dormitorio. —Mañana te sentirás mucho mejor. Sé que lo harás.

—Gracias, Della—, dijo Maia, sonriendo por primera vez. —Siento ser tan pesada.

Della le dio las buenas noches y bajó las escaleras para salir de la casa. Le sentó bien respirar aire fresco. En la habitación de Maia hacía calor y estaba sofocada. Della se sorprendió al ver el pavimento mojado. Debía de haber llovido mientras ella estaba dentro.

Caminó rápidamente por la calle, que parecía brillar por el reflejo de las farolas en el pavimento mojado. El césped mojado también brillaba y, de repente, Della tuvo la sensación de estar caminando por un planeta diferente, un planeta verde, húmedo y resplandeciente, de luz tenue y silencio inquietante.

Su casa estaba a oscuras, excepto por la luz amarilla del porche. Su madre debía de haberse acostado temprano. Abrió la puerta mosquitera y algo cayó a sus pies.

Un sobre.

Se agachó y lo recogió. Lo examinó bajo la luz amarilla. No había nada escrito en el exterior. Sólo una mancha negra,

probablemente una huella dactilar, en la esquina inferior derecha.

Sintió un bulto en el interior.

Dejó que la puerta se cerrara y dio un paso atrás para abrir el sobre. Lo inclinó y dejó que el objeto abultado cayera en su mano.

Era una pequeña calavera de plata.

¿Una calavera de la cadena que rodeaba el cuello del muerto?

Al mirar dentro del sobre, vio una pequeña nota cuadrada. Le temblaba la mano y la sacó.

Una sola línea estaba garabateada a lápiz en un lado.

Decía: VI LO QUE HICISTE.

capítulo 8

—Lo primero que pensé fue que era uno de tus trucos, Ricky—, dijo Della, pinchándole el pecho flácido con el dedo índice.

Ricky retrocedió, con aire terriblemente dolido.

—Della, déjame en paz. Yo no haría nada tan estúpido.

—¿Te refieres a algo tan estúpido como esconder las canoas? —, intervino Suki.

Estaban sentados tensos en el salón de Della, todos los que habían pasado la noche allí excepto Pete, que llegaría tarde porque su familia siempre cenaba tarde. Era martes por la noche, dos noches después de que Della encontrara el cráneo y la nota escondidos en su puerta. Su madre estaba jugando al bridge en casa de los Gárrison, más arriba en la calle.

Aunque realmente no querían reunirse, sobre todo tan

pronto después de la noche anterior, los seis miembros del Club de Actividades al Aire Libre se dieron cuenta de que no tenían otra opción. No podían ignorar el sobre. Tenían que averiguar quién lo había puesto allí y por qué.

—¿Seguro que no has sido tú? —acusó Suki a Ricky, mirándolo con evidente desagrado.

—No seas tan dura con Ricky —intervino Gary—. No es tan insensible, ya lo sabes.

—Sí, lo soy —dijo Ricky, sonriendo a Gary—. Pero yo no le quité el cráneo al muerto y se lo dejé a Della.

—Mirad —dijo Gary, levantándose y metiendo la mano en el bolsillo de sus vaqueros—. Yo también tengo uno. Sacó un cráneo de plata idéntico.

—¿Gary? ¿De dónde lo has sacado? —preguntó Della. —Ayer por la tarde, después del colegio, fui a recoger el correo y estaba en el buzón —dijo Gary. Suki le quitó la calavera de la mano para examinarla.

—¿Había también una nota? —preguntó Della.

—No, ninguna nota.

—Esto es raro—, dijo Ricky.

—Es muy terrorífico, ¿no? —, bromeó Suki.

—¡Déjalo ya, Suki! —, gritó Ricky acalorado.

—Oblígame—, murmuró Suki. Le devolvió la calavera a Gary.

—Por favor. Tenemos que calmarnos—, dijo Gary, mirando a Suki. —No podemos empezar a pelearnos. Tenemos un problema grave. ¡Quienquiera que haya dejado estos cráneos sabe dónde vivimos!

La habitación se quedó en silencio. Della se estremeció al pensar en alguien de pie en el porche de su casa, abriendo la puerta mosquitera y metiendo el sobre. Alguien de pie justo delante de su puerta principal. Alguien que los vio aquella

noche en el barranco. Alguien que los vio cubrir el cuerpo del hombre con hojas.

¿Y luego? ¿Y luego este alguien, este testigo de su crimen, qué hizo? ¿Descubrió el cuerpo? ¿Quitó las calaveras de plata de la cadena? ¿Se las entregó a Della y Gary? ¿Por qué motivo?

—¿Alguien más obtuvo algo? —preguntó Ricky—. Yo no.

—Yo tampoco —dijo Suki.

Maia negó con la cabeza. Sentada en un sillón mullido en la esquina, con las piernas bien recogidas debajo de ella y el ceño fruncido, no había dicho ni una palabra en todo ese tiempo.

—¿Dónde está Pete? —preguntó Suki.

—Llegará pronto —dijo Della—. Pero esta tarde me dijo que no había cogido nada.

—¿Por qué solo nosotros dos? —, se preguntó Gary. Se levantó del sofá de cuero donde estaba sentado junto a Suki y se acercó a la ventana del salón. —¿Por qué solo nosotros dos?

Se detuvo de repente y se dio la vuelta.

—Oigan, se me acaba de ocurrir algo. He perdido mi cartera. ¿Alguien más ha perdido la suya?

—Yo—, respondió Della, levantando la mano como si estuviera en el colegio.

Nadie más dijo nada.

—Estaba en mi mochila. Estoy segura—, dijo Della, acercándose a Gary, que estaba junto a la ventana.

—La mía también—, dijo él. —Quizá eso explique cómo consiguió el tipo nuestras direcciones.

De repente, Della recordó los ruidos que había oído en la tienda de campaña a altas horas de la noche, los pasos que había seguido. Quizá no los había causado un mapache,

después de todo. Quizá había habido alguien allí, a solo unos metros de donde ella había dormido. Quizá esa persona había rebuscado en las mochilas y había robado las dos carteras.

Della miró hacia el oscuro jardín delantero. «Podría estar ahí fuera ahora mismo», pensó. Se acercó rápidamente a la ventana y corrió las cortinas.

—Tenemos que ir a la policía —dijo Gary de repente, mirando a Della.

—¡No! —exclamó Maia, su primera palabra de la noche—. ¡No puedes! Quiero decir, no podemos.

— Pero, Maia...—, comenzó Gary.

—Tenemos demasiado que perder. Nuestros padres nunca volverán a confiar en nosotros—, gritó Maia, agarrándose con fuerza al brazo del sillón. —Todo el mundo en la ciudad sabrá que...

—¡Pero este tipo sabe dónde vivimos! —, le gritó Gary. Lanzó la calavera de plata al aire. Golpeó el techo y cayó sobre la alfombra beige a los pies de Maia.

—Gary, cálmate—, dijo Suki. Le dio una palmadita al cojín del sofá a su lado. —Vuelve y siéntate. Intentemos pensar en esto con calma, ¿de acuerdo?

Gary negó con la cabeza.

—Estoy tranquilo—, insistió. Pero volvió y se sentó junto a Suki, inclinándose hacia delante en el sofá, poniendo las manos entre las rodillas y haciendo crujir los nudillos en voz alta.

—Sí, estás muy tranquilo, claro —dijo Suki—. ¿Qué crees que quiere este tipo de las calaveras?

—No lo sé—, dijo Gary, haciendo crujir los nudillos de la otra mano.

—Para asustarnos, supongo—, dijo Della.

—Pero no para delatarnos—, añadió Suki. —Si fuera a

delatarnos a la policía, ya lo habría hecho, ¿no?

—Probablemente—, admitió Gary.

—Si fuera a denunciar el cadáver, ya lo habría hecho—, continuó Suki. —Pero eso no es lo que quiere. Solo quiere hacernos sentir incómodos, asustarnos. ¿Por qué?

Gary se encogió de hombros.

—Solo por diversión, ¿no?

—Quizás.

—Bueno, ¿y si no nos asustamos tan fácilmente? —, sugirió Suki. —¿Y si no nos asusta y no corremos a la policía? ¿Y si simplemente ignoramos sus estúpidas calaveras? Probablemente se irá.

—¡Tiene razón! —, exclamó Maia, quizá la primera vez que estaba de acuerdo con Suki.

—Pero os estáis olvidando de algunas cosas importantes—, interrumpió Della, de pie detrás del sofá. —Por un lado, quizá quiera hacer algo más que asustarnos. Quizá quiera chantajearnos o algo así. Si realmente vio lo que hicimos, si realmente estaba allí en el barranco observándonos, podría utilizarlo en nuestra contra. Podría chantajearnos, chantajear a nuestros padres.

—Sí, pero...—, comenzó Suki.

—Déjame terminar—, insistió Della, golpeando el brazo del sofá con la mano abierta. —Y lo que es más importante, fíjate en lo que hizo este tipo. Se quedó allí espiándonos. Luego desenterró el cadáver. Después lo robó. Robó el collar del muerto. Este tipo es un asqueroso, una especie de bicho raro. Podría hacer cualquier cosa. Todos podríamos estar en peligro.

—Pero si realmente quisiera hacernos daño, hacer algo horrible, ya tuvo su oportunidad —argumentó Suki. —Pero lo único que hace es dejar calaveras por ahí. No creo que eso sea

suficiente para...

La interrumpió un fuerte golpe en la puerta principal.

—Debe de ser Pete—, dijo Della, cruzando la habitación a toda prisa. —Hola—, dijo, abriendo la puerta. Pero no había nadie.

—¡Eh! —. Sorprendida, abrió la puerta mosquitera y salió. No vio a nadie. Volvió a entrar, cerró la puerta y echó el cerrojo. —¿Estoy oyendo cosas? —, preguntó. —Todos habéis oído los golpes, ¿no?

—Quizá sea él. Quizá haya vuelto—, dijo Maia, con aspecto muy asustado. —¿Están todas las puertas cerradas?

—Creo que sí—, dijo Della. —Iré a comprobarlo—. Corrió a la cocina para asegurarse de que la puerta trasera estuviera cerrada con llave. Lo estaba. Luego comprobó las puertas corredizas de cristal del salón. No estaban cerradas con llave. Le costó bajar el cerrojo. Esa puerta siempre era difícil, pero lo consiguió.

Miró a través del cristal hacia el oscuro patio trasero. Una pálida luna creciente se asomaba por encima del techo rojo del garaje. Apoyó la frente contra el cristal frío.

¿Qué era esa sombra que se movía por el césped? ¿Lo había imaginado? No.

Se apartó de la ventana y se pegó a la pared. Con cuidado, movió la cabeza lo justo para poder ver fuera. Solo era un gato.

Respiró hondo y exhaló lentamente. Le latía con fuerza el corazón. De repente, sintió las manos heladas.

«Qué tontería», pensó. «Asustarme por un gato».

Se dio cuenta de que los demás debían de estar preguntándose dónde había estado todo ese tiempo. Comprobó una vez más la cerradura de la puerta trasera, por si acaso, y se dirigió al pasillo.

Estaba a punto de llegar al salón cuando volvió a oír los fuertes golpes en la puerta principal.

capítulo 9

—¿Quién está ahí? —, gritó Della.

No hubo respuesta.

Gary se unió a ella en el pasillo.

—¿Quién es? —, gritó.

Silencio al otro lado de la puerta.

Impulsivamente, Gary giró la cerradura y empezó a tirar del pomo.

—¡No, Gary, no lo hagas! —, gritó Della. Pero ya era demasiado tarde. Él ya había abierto la puerta.

No había nadie en el porche delantero.

Gary empujó la puerta mosquitera y salió al exterior. En la calle, un coche con un solo faro chirrió al doblar la esquina y pasó a toda velocidad, mucho más rápido que el límite de velocidad de 60 kilómetros por hora. Al pasar bajo una farola, Della pudo ver que iba lleno de adolescentes.

«Eso es lo que deberíamos estar haciendo», pensó con nostalgia. «Salir a dar una vuelta, pasarlo bien».

—Gary, por favor. Vuelve dentro—, gritó Della,

observándolo a través de la puerta mosquitera mientras exploraba el jardín delantero.

—No hay nadie aquí fuera—, dijo, con tono de alivio. Volvió al porche. —El suelo está blando, pero no veo huellas—. Se rascó la cabeza, cubierta de cabello rubio y ondulado.

—Quizá sea un fantasma—, bromeó Della.

—Alguien está gastándonos una broma—, dijo Gary, volviendo a entrar en la casa y pasando junto a ella por el pasillo. —Una broma sin gracia—. Della cerró la puerta y la cerró con cuidado con llave. Volvieron al salón.

Ricky, Maia y Suki estaban de pie, tensos, junto a la ventana.

—¿Está ahí fuera? —, preguntó Maia. Gary se encogió de hombros.

—No he visto a nadie.

—Pero ¿quién ha llamado a la puerta? —, exigió saber Maia, apretando los puños a los lados.

—El fantasma de las Navidades pasadas—, dijo Della.

Nadie se rio.

—Quizá deberíamos ir a la policía—, dijo Suki, mostrando preocupación por primera vez. Llevaba un jersey turquesa demasiado grande que le llegaba casi hasta las rodillas. Se abrazó a sí misma, casi desapareciendo dentro del voluminoso jersey.

—¡No! —, insistió Maia. —Seguimos sin tener motivos para hacerlo. Puede que sea algún niño del barrio gastándonos una broma estúpida.

—Yo solía gastar esa broma—, admitió Ricky, sonriendo.

—¡Qué sorpresa! —, dijo Suki con sarcasmo.

—Solía pensar que era bastante divertido—, dijo Ricky. Se acercó al sofá y se estiró, apoyando la cabeza en el suave

cojín del brazo. —Ahora no estoy tan seguro.

—Aquí somos un blanco fácil—, dijo Della con tristeza.

—Mira, no nos precipitemos—, le dijo Gary. —El tipo solo está gastando una broma. Si hubiera querido entrar o hacer algo realmente terrible, habría tenido dos oportunidades cuando la puerta estaba abierta. Solo quiere ponernos nerviosos.

—Ya estamos nerviosos—, dijo Ricky. —¡Estamos incómodos!

—Estemos preparados para cuando vuelva a llamar—, dijo Gary.

—¿De qué estás hablando, Gary? —, preguntó Della con recelo. Gary era un tipo estupendo y le caía bien a todo el mundo. Pero una de las razones por las que le caía tan bien a la gente era que no era perfecto: a veces hacía locuras, cosas temerarias, cosas de las que los niños hablarían durante semanas.

Della conocía muy bien a Gary. Al fin y al cabo, había salido con él durante mucho tiempo. Y conocía la expresión de Gary. Era una expresión que no le gustaba ver. Era su mirada atrevida. Era su expresión fija de desafiar a cualquiera a que le impidiera hacer lo que estaba a punto de hacer.

—Vamos, Gary. ¿En qué estás pensando? —, le preguntó Della, siguiéndole por el salón.

—En nada especial. No me mires así, Della. No voy a hacer ninguna locura. Solo quiero echarle un vistazo a este payaso.

—Vámonos a casa—, dijo Maia, uniéndose a ellos en el pasillo. Ricky y Suki la siguieron nerviosos.

—¡Pero la fiesta acaba de empezar! —, exclamó Ricky, y luego se rio como si hubiera hecho una broma divertidísima.

—Vamos, Maia. Tenemos que esperar a Pete —dijo Della.

—Además, no hemos decidido nada —añadió Suki—. No hemos decidido qué hacer con las calaveras y la nota.

—¿Hacer? ¿Qué podemos hacer? —se quejó Maia—. Lo único que podemos hacer es no quedarnos sentadas en esta casa y dejar que ese asqueroso nos aterrorice.

Gary había desaparecido por las escaleras. Ahora regresaba con la cámara Polaroid de Della en las manos.

—¿Qué tal una foto de grupo? —, preguntó sonriendo.

—Es la única forma de conseguir que este grupo sonría—, bromeó Ricky.

—Hay otra forma de conseguir que sonría, Schorr: ¡vete! —, espetó Suki con el ceño fruncido.

—Déjalo ya, Suki—, advirtió Gary. —Deja de meterte con Ricky.

—Ricky se mete conmigo con solo existir—, murmuró Suki.

—Recuérdame que me ría de eso más tarde—, dijo Ricky, poniendo los ojos en blanco.

—Vamos, vosotros dos—, suplicó Della.

—Me voy. De verdad. Tengo que irme a casa—, dijo Maia, empujándolos para llegar a la puerta.

—¡No! ¡No lo hagas! —, dijo Gary, tirando de ella hacia atrás. —Lo ahuyentarás antes de que pueda hacerle la foto.

—¿Ese es tu plan? —exclamó Della—. Cuando llame a la puerta, vas a abrirla, gritar: «¡Sonríe!» y hacerle una foto.

—Sí —dijo Gary a la defensiva—. Ese es mi plan. ¿Tienes uno mejor?

—Sí. Olvídalo.

—¿Y si no quiere que le hagan fotos? —preguntó Suki.

—¿Y si se enfada? —preguntó Ricky. —¡Dejadme irme a casa, por favor! —suplicó Maia.

—Después de hacerle la foto, Della, cierra la puerta de

golpe y échale el cerrojo. Estará demasiado aturdido para reaccionar rápidamente —dijo Gary—. Luego llamaremos a la policía. —Miró a Della—. —¿Qué te parece?

Della puso los ojos en blanco.

—Es una tontería —dijo—. Pero veo que lo vas a hacer de todos modos.

Gary sonrió.

—Exacto.

—Por favor, dejadme que me vaya —repitió Maia.

—Maia, para. Estamos todos juntos en esto. Tenemos que permanecer unidos. Tenemos que ayudarnos unos a otros —dijo Della.

—¡Entonces vámonos todos! —dijo Ricky. Rápidamente levantó ambas manos—. Es una broma. ¡Solo una broma!

Maia frunció el ceño y regresó enfadada a la sala de estar.

—No podéis mantenerme prisionera aquí —gritó.

—No eres una prisionera—, dijo Suki. —Pero tampoco puedes ser una cobarde.

—¡Pero todos están actuando como locos! —, insistió Maia, con voz aguda y tensa. —Solo quiero que todo esto termine.

—Eso es lo que todos queremos—, dijo Suki. —Pero correr a casa con mamá no lo logrará, Maia.

—Ssh. Tenemos que estar preparados —dijo Gary, ignorándola y colocando la cámara—. En cuanto llame a la puerta, Della, ábrela. Tienes que ser rápida o lo perderemos.

—Pero cómo... —empezó a decir Della.

Pero antes de que pudiera terminar su pregunta, todos oyeron un fuerte golpe en la puerta.

Della dio un respingo, sorprendida. El tiempo pareció detenerse.

Su respiración pareció congelarse.

Todos los que estaban en el pasillo parecían paralizados. Los golpes se repitieron.

De alguna manera, ella volvió a respirar. De alguna manera, consiguió que su cerebro funcionara, que su brazo se moviera. De alguna manera, giró la cerradura y, con un movimiento rápido, abrió la puerta de par en par.

Gary dio un paso adelante y pulsó el disparador de la cámara. El *flash* envió un destello de luz blanca a través del pasillo y hacia el porche.

capítulo 10

El destello de luz reveló un movimiento, un rostro, una mancha borrosa de cabello, ropa oscura. Era un hombre. Desapareció tan rápido como la luz.

Saltó desde el lateral del porche. Della lo oyó golpear los arbustos y seguir corriendo.

«Debe de estar ahora mismo al lado de la casa», pensó.

La sorpresa, el hecho de que realmente hubiera un extraño en el porche, dejó paralizados a Della y a Gary. Era casi como si los hubiera captado la cámara y los hubiera congelado en la película.

Para cuando abrieron la puerta mosquitera y se asomaron, no había ni rastro de nadie.

—La película. La foto. Mira. Se está revelando—. A Gary le temblaba la mano mientras sostenía la foto Polaroid y veía cómo se oscurecían los colores.

Maia, Suki y Ricky estaban ahora detrás de ellos. Todos miraban en silencio cómo la foto se iba definiendo y completando.

—Bonita foto de la puerta mosquitera—, dijo Ricky, sacudiendo la cabeza.

La puerta mosquitera parecía brillante y plateada en la foto. Más allá solo había oscuridad, ni siquiera se veía la silueta borrosa del hombre alejándose del porche.

—No lo hemos pillado—, dijo Della.

—Volvemos a empezar—, murmuró Gary, decepcionado.

De repente, alguien pisó el porche. «¡Oh, no! ¡No hemos cerrado la puerta!» pensó Della. «¡Ha dado la vuelta a la casa y ha vuelto!»

Agarró la puerta y empezó a cerrarla de un portazo.

—¡Eh, ¿qué pasa? —, gritó la figura oscura del porche.

—¡Pete! —, exclamaron todos, muy aliviados.

Pete parecía confundido.

—Siento llegar tarde. Qué detalle que hayáis salido todos a recibirme. Veo que la fiesta está en pleno apogeo.

—No ha sido una gran fiesta—, dijo Della con un suspiro. —Hemos tenido una visita—. Pasó por delante de él para cerrar la puerta con llave. —¿Has visto a alguien ahí fuera?

—No. A nadie—. Pete miró fijamente a la cámara. —¿Estás haciendo fotos?

—Sí. Estamos empezando un álbum familiar—, bromeó Ricky.

—No contéis conmigo. ¡No quiero a Schorr en mi familia! —, dijo Suki.

Maia volvió al salón y se dejó caer en el sillón, con un aspecto más abatido que nunca.

—¿Puedo irme ya? —, se quejó.

—Supongo que no es una gran fiesta—, convino Pete mientras el resto la seguía en tropel.

Maia puso mala cara.

—Me voy—, dijo. Pero no hizo ningún intento por

levantarse de la silla.

—Espera, Maia—, dijo Pete. —He traído algo. Creo que te interesará verlo.

Sacó un recorte de periódico doblado del bolsillo de sus pantalones chinos y lo extendió sobre la mesa de centro. Todos se reunieron a su alrededor para verlo.

Era del *Shadyside Beacon*. El titular decía:

VECINOS PRESENCIAN UN ROBO CON HOMICIDIO

Debajo había otro titular más pequeño que decía:

LA POLICÍA BUSCA A DOS HOMBRES POR EL HOMICIDIO

—Léelo en voz alta—, le dijo Suki a Pete.

—Eso es porque no sabe leer—, bromeó Ricky. Suki le dio un fuerte codazo en el estómago.

—Léelo tú, Della —dijo Pete, entregándole el recorte—. Todavía tengo una gran luz parpadeante en los ojos.

La noticia informaba de que los vecinos habían visto a dos jóvenes irrumpir en la casa de un jardinero local. Según los testigos, se oyeron disparos y luego los dos hombres salieron corriendo de la casa con las manos vacías.

El jardinero fue encontrado muerto a tiros dentro de su casa. Se rumoreaba que era un millonario excéntrico y que supuestamente había escondido una fortuna en efectivo en su pequeña cabaña, el objetivo de los intrusos, según supuso la policía. Cuando los ladrones no encontraron el dinero, continuó la policía, debieron de atacar al jardinero y matarlo.

Los dos hombres seguían en libertad, concluía el artículo, y encontrarlos era la prioridad número uno de la policía. Un

vecino los había visto bien mientras huían. El retrato robot del ladrón aparecía junto al artículo.

—¡Oh, no! ¡Mirad esta cara! —exclamó Della, levantando el recorte para que todos pudieran verlo.

Era el hombre de la Isla del Terror, el hombre que ella había enterrado en el barranco.

—Así que era un asesino—, dijo Suki, cogiendo el recorte, mirando fijamente el retrato como si lo memorizara y devolviéndoselo luego a Della. —Así que no tenemos por qué sentirnos tan mal.

—Me dijo algo sobre un anciano —dijo Della, recordándolo de repente—. Empezó a hablar muy rápido, como un loco, y dijo algo sobre no poder comunicarse con un anciano, tener que darle una lección o algo así. En ese momento no tenía ningún sentido. Estaba tan asustada que realmente no podía oír lo que decía.

—Bueno, ahora sabemos quién es —dijo Pete, doblando el recorte y guardándolo en su bolsillo—, y sabemos quién nos vio enterrarlo entre las hojas. Y sabemos quién dejó la calavera de plata para Della. Es su compañero.

Su compañero.

«Así que esa era la explicación», pensó Della. El joven no estaba solo en el bosque. Él y su compañero debían de estar escondidos allí. ¿A quién se le ocurriría buscarlos en esa isla deshabitada?

Y su socio se había escondido en el bosque, al borde del barranco. Su compañero lo vio todo.

—¿Qué crees que quiere ese tipo? —, preguntó Maia en voz baja.

Todos se quedaron muy callados mientras pensaban en las noticias que Pete les había dado. Se dieron cuenta de que su secreto ya no era del todo secreto. Alguien más estaba al tanto,

alguien que había asesinado a un anciano. Alguien que sabía dónde vivían Gary y Della. Alguien que había estado justo delante de la puerta.

—Es obvio que no quiere darnos las gracias—, dijo Suki con sequedad.

—Quizá quiera vengarse—, sugirió Ricky. Todos miraron a Ricky, como para asegurarse de que hablaba en serio. Lo hacía.

Una sensación de tristeza se apoderó de la habitación. Nadie dijo nada durante un rato.

—¿Qué es peor, que quiera chantajearnos o que quiera vengarse? —preguntó Gary, rompiendo el silencio.

—¿Cómo podría chantajearnos? —preguntó Maia. Tenía la cara roja. Parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—A nosotros no. A nuestros padres—, dijo Pete, mirando al suelo. —Ellos no obtuvieron nada de ese robo. El camarada probablemente nos ve como una forma de sacar provecho.

—La mayoría de nuestros padres son bastante acomodados—, dijo Gary.

—Habla por ti. Los míos no tienen ni un centavo—, espetó Suki con cierta amargura.

Gary la ignoró.

—Este podría contárselo todo a nuestros padres. Podría amenazar con delatarnos a la policía si nuestros padres no le dan mucho dinero.

—¡No! ¡Eso es imposible! ¡Es horrible! —exclamó Maia.

—Eh, espera un momento —dijo Della, levantándose de un salto del banco del piano, donde había estado pensando en todo esto en silencio—. Eso no tiene ningún sentido.

—Nada tiene sentido —murmuró Suki.

—Su compañero... no puede ir a la policía. Mató a un

anciano, ¿recuerdas? —, dijo Della.

—Della tiene razón—, intervino Maia, con un tono un poco aliviado.

—No puede ir a la comisaría y decirles a los policías que nos vio matar a su compañero.

—De todos modos, la policía probablemente nos daría las gracias —dijo Ricky, animándose—. Probablemente nos darían una recompensa o algo así.

—Eso no es cierto —dijo Della, sacudiendo la cabeza con impaciencia—. Pero es imposible que su compañero vaya a la policía.

—Podría amenazar con avisar a la policía. Le resultaría muy fácil llamar por teléfono y contarles lo que vio —dijo Pete.

—Tiene razón —exclamó Maia, horrorizada.

—Así que elegid —dijo Della con tristeza—. ¿Chantaje o venganza?

—Estamos perdidos de cualquier manera—, dijo Suki con tristeza. —Podría chantajearnos por el resto de nuestras vidas.

—Será mejor que llamemos a la policía—, dijo Gary con firmeza.

—La policía no podrá protegerte a ti ni a Della—, argumentó Maia.

—¡Oh, Maia, deja de pensar en ti misma por una vez! —, explotó Della, perdiendo finalmente la paciencia. —Solo te preocupa que tus padres se enteren de que te fuiste de excursión sin un acompañante. ¡No te importa lo que nos pase al resto!

Maia se quedó boquiabierta y se puso roja como un tomate. Della se arrepintió inmediatamente de haberle gritado a su amiga. Ahora tendría que pasar meses pidiéndole perdón. ¿Y qué había conseguido gritándole así? Nada en absoluto.

No iba a cambiar a Maia.

—¡Eso no es cierto! —, protestó Maia. —Solo... solo... Está bien. No diré ni una palabra más—. Cruzó los brazos desafiante y miró furiosa a Della.

—Pero Maia tiene razón —dijo Pete de repente, mirando a Della—. ¿Qué va a hacer la policía para protegerte, para protegernos a todos, de este asqueroso? Nada. ¿Van a poner un guardia a tiempo completo alrededor de tu casa? ¿O te van a escoltar al colegio y de vuelta a casa? Ni hablar.

—Con nuestra ayuda, la policía podría atrapar al cómplice —dijo Della.

—¿Cuándo? —interrumpió Ricky—. ¿Después de que nos asesinen a todos mientras dormimos?

—¡Basta! ¡No digas eso! —gritó Maia.

—Por favor, nos estamos poniendo histéricos —dijo Suki—. Tenemos que calmarnos. Hasta ahora, lo único que ha hecho ese tipo es...

Se detuvo al oír llamar a la puerta principal.

Todos se quedaron paralizados. Maia soltó un pequeño grito y se hundió en el sillón. Della miró hacia la puerta principal como si esperara que alguien irrumpiera en la habitación.

—Yo, yo dejé la cámara en la escalera —dijo Gary en un susurro alto.

—No voy a abrir —susurró Della—. Creo que no deberíamos abrir.

Nadie estuvo de acuerdo ni en desacuerdo. Todos miraban hacia el vestíbulo delantero en un silencio aterrado. Otro golpe, esta vez más largo y más fuerte.

—¿Por qué está haciendo esto? —, gritó Maia.

—Vamos, abramos—, dijo Gary, dirigiéndose hacia la puerta. —De todos modos, no habrá nadie ahí.

—No, Gary...—, comenzó Della.

Pero él ya había tomado una decisión. Corrió hacia la entrada principal, dudó un segundo, luego acercó la cara a la puerta y gritó: «¿Quién es?».

Hubo un breve silencio. Y entonces un hombre al otro lado de la puerta dijo: «¡Hemos vuelto!»

capítulo 11

Gary se quedó confuso un segundo. Luego giró la llave y abrió de un tirón la puerta principal.

Entraron la madre de Della y un hombre alto y calvo.

—Ay, hola, Gary. Vaya sorpresa más agradable, —dijo la señora O'Connor, un poco sobresaltada. —Este es el señor Garrison. Me ha acompañado a casa.

—Tu madre se ha olvidado las llaves de casa, —le explicó el señor Garrison a Della.

La señora O'Connor asomó la cabeza al salón y se sobresaltó aún más al ver que Della tenía aún más visitas.

—Della, ¿una fiesta un día de diario?

«Vaya fiesta», pensó Della.

—¿Qué hacéis aquí? —espetó. —Quiero decir, ¿por qué volvéis tan pronto?

—Nadie tenía muchas ganas de jugar al bridge esta noche. Así que hemos decidido disolver la reunión pronto, —dijo la señora O'Connor. —¿Qué está pasando aquí? —preguntó,

tirando el bolso sobre una mesa auxiliar y yendo directa al centro de la habitación.

—Mamá, me gustaría presentarte a los miembros del Club de Actividades al Aire Libre, —dijo Della, recobrando la calma. Les presentó a todos a su madre.

—Me gusta tu pelo, —le dijo la señora O'Connor a Suki. —¿Cómo haces para que se te quede tan tieso?

—Uso gomina, —dijo Suki, intentando descifrar si la madre de Della se estaba quedando con ella o no.

—Es muy…¿cómo se dice? Muy . . . guay, —dijo la señora O'Connor.

Ricky empezó a reír, pero paró enseguida.

—No, si me gusta de verdad, —insistió la señora O'Connor. —¡Claro, si Della se hiciera eso en el pelo, la mato!

—Mamá, por favor… —interrumpió Della.

—¿Y por qué esta reunión especial del club? —preguntó la señora O'Connor, ignorando la protesta de su hija.

—Oh… estábamos hablando de la excursión con pernocta, —contestó Della, pensando rápido.

—He oído que fue todo un éxito, —dijo la señora O'Connor, mientras alisaba una pila de revistas en la mesa de centro. No podía estarse quieta y ya. Siempre tenía que estar haciendo algo útil al mismo tiempo.

—Sí, claro. Genial, —dijo Gary.

—Fue la caña, —añadió Ricky. Nadie se rio. Si la señora O'Connor se dio cuenta de que se estaba burlando de ella, no lo demostró.

—Ya estábamos terminando, de hecho, —dijo Della, mirando a los demás para asegurarse de que entendieran que era hora de irse.

—Sí. Reunión aplazada, —dijo Gary. Le sonrió a la señora

O'Connor. —Soy el presidente. Si no lo digo yo, no se pueden ir a casa.

La madre de Della soltó su risa aguda.

—Qué bien verte, Gary, —dijo. —Te hemos echado de menos por aquí.

Gary se puso rojo como un tomate y pareció muy avergonzado. Della habría disfrutado de su apuro, de no ser porque ella se sentía igual de incómoda.

Todos se despidieron y salieron a la noche, excepto Pete, que se quedó a las puertas, visiblemente incómodo.

—Eh…Della… ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro, —dijo Della, preguntándose por qué estaba tan nervioso. ¿Tenía miedo de salir por si el socio del muerto andaba al acecho? No. Esperaba que no quisiera seguir hablando del socio y de todo lo demás, con su madre tan cerca.

—Me preguntaba… —dijo, llevándola al porche para tener privacidad, —si a lo mejor…te gustaría salir conmigo el viernes por la noche?

—Oh. —No era lo que se había esperado. Tomó aliento. El aire era fresco y dulce. Olía a azahar del árbol que estaba al otro lado del camino. —Sí. Venga. —Le sonrió. —Parece bien.

Él le devolvió la sonrisa.

—Te recojo después de las ocho, ¿vale? Quizá vayamos al cine. O si no a El Molino.

—Perfecto.

El antiguo y destartalado molino, construido al final de la Carretera del Molino Viejo antes de que Shadyside existiera, había sido rehabilitado y reabierto como una discoteca juvenil llamada El Molino. Muchos de los amigos de Della del Instituto de Shadyside iban allí casi todos los fines de semana a bailar y conocer chicos. Pero a ella le costaba imaginarse a

Pete allí, con sus chinos impecables y sus polos de Ralph Lauren.

«A lo mejor no es tan pijo después de todo», pensó, viéndole caminar hacia su *station wagon*. «Se ha portado muy bien conmigo. Quizá es justo lo que necesito para olvidarme de Gary».

De pronto, le dio un escalofrío al recordar que podría haber alguien ahí fuera. Alguien escondido en la oscuridad, mirándola fijamente, observándola en ese mismo momento, tramando algo contra ella, odiándola.

Aún temblando, se dio la vuelta y se metió corriendo en casa, cerrando la puerta de un golpe tan fuerte que los perros empezaron a ladrar y a aullar por toda la manzana.

«¡No me puedo creer que me lo esté pasando tan bien!» se dijo Della. Era viernes por la noche, y ella y Pete llevaban más de una hora bailando en El Molino. Se rio y le dio una palmada juguetona en el hombro mientras él intentaba un ridículo paso de baile a la pata coja.

A decir verdad, Pete no bailaba muy bien. De hecho, no tenía ningún sentido del ritmo. Pero al menos lo intentaba. Incluso hacía bromas sobre lo mal que bailaba. Della ni siquiera sabía que tenía sentido del humor, pensó, riñéndose a sí misma por tener una opinión tan equivocada de él.

La discoteca estaba a tope. Los adolescentes abarrotaban la pista, dándose golpes al moverse con la música atronadora, los tambores insistentes marcando un ritmo constante a través de los enormes altavoces colgados en cada esquina del enorme local. Las luces giratorias azules y magentas hacían que pareciera que el suelo daba vueltas. Grupos de chicos observaban a los bailarines desde el *snack bar* que recorría todo el edificio, o desde el balcón bajo que colgaba sobre la

pista de baile.

Della y Pete bailaron sin parar. Había demasiado ruido para hablar. Poco después de medianoche ella lo sacó al parking.

—¡Basta! ¡Estoy hecha polvo! —gritó felizmente.

Él se rio. A pesar de que la noche era cálida, el aire fresco les daba en sus caras acaloradas. Cuando miró al cielo, Della aún podía ver los colores giratorios de las luces. El ritmo vibrante flotaba desde la discoteca, la batería y el bajo a tope acompasando los latidos de su corazón.

—¿Quieres ir a picar algo? —preguntó él.

—No sé. Es muy tarde. —Sabía que debería estar cansada, pero se sentía todo lo contrario, excitada, con ganas de seguir moviéndose, totalmente a tope.

—Vamos a por una hamburguesa, —dijo, tirando de ella de la mano. La suya estaba caliente y húmeda.

Ella tiró hacia atrás de repente, pillándole desprevenido, y él tropezó acercándose. De forma impulsiva, ella le pasó la mano por detrás de la nuca, lo retuvo y le dio un beso largo.

Cuando se apartó, él se quedó aturdido.

—Ha sido un buen beso de despedida, —dijo ella, riéndose de su expresión de shock. —Solo quería quitármelo de encima. Ahora vamos a por una hamburguesa.

Se subieron a la parte delantera del *station wagon* y bajaron las ventanillas inmediatamente, intentando refrescarse. Pete dio marcha atrás para salir del aparcamiento y se dirigió a la salida del parking, que aún estaba lleno.

Otro coche, con las luces largas puestas, les siguió de cerca. Pete se incorporó a la Carretera del Molino Viejo, entrecerrando los ojos al mirar por el espejo.

—Ojalá quitara las luces largas, —murmuró.

La carretera estaba vacía, solo oscuridad por delante hasta

donde Della podía ver. No había mucha razón para conducir por este extremo del pueblo tan tarde a no ser que fueras de camino o volvieras de El Molino.

Della se acomodó en el asiento, apoyando las rodillas contra el salpicadero. Se sentía genial, relajada y felizmente cansada. Pero se dio cuenta de que algo preocupaba a Pete.

—¿Qué pasa?

—Este tío no me quita el pie del culo, —se quejó Pete, mirando por el retrovisor.

—Ve más despacio. Quizá nos adelante, —sugirió ella.

Pete redujo la velocidad. Della se giró para mirar por la ventanilla trasera. El coche de atrás no les adelantó. En su lugar, también redujo la velocidad.

—Quizá es alguien que conocemos,—sugirió Della. —No puedo ver. Las luces largas me están cegando. —La ventana trasera estaba llena de luz, así que era imposible ver nada a través de ella.

Pete redujo la velocidad aún más. Luego se echó a un lado de la carretera, hacia el arcén de tierra blanda.

—¡Eh, a qué viene esto! —gritó por la ventanilla.

El otro coche se paró también, deteniéndose a solo unos centímetros de ellos. Pete alargó la mano hacia el tirador de la puerta para bajarse.

—No, espera, —dijo Della, agarrándole el otro brazo. De repente sintió miedo.

¿Y si no era alguien que conocían? ¿Y si era . . . alguien que no querían conocer? No había pensado en el muerto ni en su socio en toda la noche. Pero ahora todo el asunto volvió a pasar por su mente.

—No salgas, Pete. Echa el seguro a la puerta.

Él le puso una cara rara, pero siguió su consejo.

Vigilaban el coche de atrás, él por el retrovisor, ella por la

ventana trasera, esperando a que alguien abriera la puerta, a que saliera para poder verle.

Pero la puerta no se abrió. Quienquiera que estuviera en el coche de atrás pisó el acelerador hasta que el motor rugió.

—Tengo miedo, —admitió Della. —Vámonos de aquí, Pete.

Dócilmente, él puso el coche en marcha y pisó el acelerador a fondo. Los neumáticos chirriaron ruidosamente en la tierra blanda y el coche se incorporó bruscamente a la carretera. Pete perdió el control por un momento al derrapar sobre el pavimento. Luego lo guio rápidamente de vuelta al carril y, manteniendo el pie pisado, salió disparado.

Della se hundió en el asiento, intentando obligarse a no entrar en pánico. Miró el velocímetro verde brillante. Iban a 85.

—Por favor, —dijo Della en voz alta sin darse cuenta. —Por favor, vete, seas quien seas.

Escucharon un chillido detrás de ellos, seguido por el rugido del motor del otro coche. Las brillantes luces amarillas se reflejaron de nuevo en el retrovisor, llenando el coche de luz y sombras que se movían rápido.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Pete. El volante le rebotaba en la mano. Necesitaba toda su habilidad y concentración para conducir por la vieja carretera con curvas a tanta velocidad.

—¡Todavía nos está persiguiendo! ¡Esto es una locura!

Pisó el acelerador con más fuerza. Della vio cómo la aguja subía a 90.

—¿Qué estamos haciendo? —gritó. —¡Esto es demencial! ¡Odio las persecuciones de coches en las películas! ¡Nunca esperé estar en una de verdad!

—Comprueba tu cinturón de seguridad, —dijo Pete. —A

veces ese se suelta.

—¡Ay, gracias por avisar! —gritó. —¡Has escogido un momento ideal para mencionarlo!

Pete miró por el espejo, y su expresión se volvió más preocupada.

—Se . . . ¡Se está acercando más!

—¡Pero si está justo detrás de nosotros! ¡Nos va a dar! —Della gritó, agachándose y cerrando los ojos.

—Mi padre me va a matar, —dijo Pete. —Adora este *wagon*."

—¿Cómo puedes preocuparte por el coche? —gritó Della por encima del rugido del motor. —¡¿Qué pasa con tu vida?!

—Tú no conoces a mi padre, —dijo Pete, girando hacia el carril izquierdo, y luego cambió de nuevo a la derecha. —Él se preocupa mucho por sus posesiones.

—¡Oh! —gritó Della, al sentir el impacto, y luego otro bum-bum-bum, mientras el coche de atrás golpeaba su parachoques trasero.

—¿Qué demonios…? —Los ojos de Pete miraban fijamente al frente mientras luchaba por mantener el control del coche. —¿De verdad está intentando echarnos de la carretera… o es solo un juego, o qué?

Della cerró los ojos fuertemente y agarró los laterales del asiento. Volvió a gritar cuando les dieron un golpe fuerte por detrás, el coche pareció rebotar fuera de la carretera y luego volvió a caer con los neumáticos girando.

—¡Gira! —gritó. —Métete en otra carretera. A lo mejor así no nos sigue.

—No puedo girar, —dijo Pete, con la voz revelando su pánico. —Voy demasiado rápido. No sé si puedo mantener el control.

Les volvieron a chocar, esta vez aún más fuerte. Las luces

brillantes parecían rodear el coche, infiltrándose por cada rincón, envolviéndolos en un resplandor amarillo áspero.

—Es un Taurus, —dijo Pete, con los ojos fijos en el espejo. —¿Conoces a alguien que tenga un Taurus negro?

—No, —dijo Della. —¿Qué vamos a hacer?

—Agárrate fuerte, —dijo Pete. —Esto puede que sea estúpido, pero voy a probar. Si no funciona…bueno…ha sido un placer.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

Pero en lugar de contestar, él pisó el freno a fondo y giró el volante. El coche chirrió y derrapó durante unos cien metros, luego dio un trompo. El otro coche se desvió bruscamente a la derecha para evitarles, y luego pasó rugiendo.

Pete movió el volante frenéticamente, intentando sacar el *wagon* del trompo. Habían girado completamente y ahora miraban en la dirección por la que habían venido. Pisó el acelerador a fondo de nuevo y avanzaron.

—¡Ese es un viejo truco de Kojak! —exclamó Pete, obviamente aliviado de seguir vivo para decírselo. —¿Estás bien?

—No sé. Supongo. ¿Le hemos perdido?

Pete miró al espejo.

—Sí. Creo que sí. Nosotros…

Escucharon el chirrido de los frenos y de los neumáticos.

—¡Está dando la vuelta!

Entonces escucharon el golpe, tan fuerte que las manos de Pete volaron por el aire. Della gritó, pero no pudo oírse a sí misma.

El choque fue seguido por un sonido de crujido horrible, el sonido de cristales haciéndose añicos y metal golpeando madera.

Pete paró lentamente el *wagon*. El corazón de Della latía con fuerza. ¡Al principio había pensado que habían chocado *ellos*! Todo era tan irreal. Tardó mucho en darse cuenta de que el otro coche se había salido de la carretera y había impactado contra los árboles.

—Tenemos que volver, —dijo Pete. —Quienquiera que sea debe de estar en muy malas condiciones después de eso.

—Supongo, —dijo Della con un escalofrío. Se giró hacia Pete. —¿Estás bien?

—Sí, —dijo él, dando la vuelta al *wagon*. —Estoy bien. Es una primera cita bastante emocionante, ¿no te parece?

—Cállate, —dijo ella bromeando.

Él dio la vuelta al coche y condujo despacio hasta que vieron el Taurus. Sus faros seguían encendidos, pero apuntaban hacia el cielo. El coche estaba inclinado contra un tronco de árbol enorme. Con los neumáticos aún girando, parecía que estaba intentando trepar el árbol.

A medida que se acercaban, Pete y Della vieron que el lado derecho del coche estaba completamente destrozado. Sorprendentemente, el lado del conductor estaba relativamente intacto. Trozos de cristal yacían esparcidos por la carretera.

—Vamos a ver lo mal que está herido, —dijo Pete.

Della le agarró el brazo con fuerza y no se movió.

—¿No quieres venir conmigo? —preguntó él suavemente. —No pasa nada. No hay problema. Te puedes quedar en el coche.

—No, —dijo ella, sintiendo de repente una oleada de náuseas. —No. Quiero salir del coche. Quiero ver quién está ahí dentro, quién nos estaba haciendo eso.

Pete abrió su puerta y salió. Rodeó la parte delantera del *station wagon* y le abrió la puerta del copiloto.

Della salió inestable y se dirigieron, siguiendo el haz de sus faros, hacia el lado del conductor del coche siniestrado.

—Ahora vamos a ver quién es exactamente, —dijo Della. Agarró el tirador y abrió la puerta del Taurus.

El coche estaba vacío.

capítulo 12

—¿Y quién era el del coche? —preguntó Maia.

—¿Quién os estaba persiguiendo?

—No lo sé, —le dijo Della, encogiéndose de hombros. Era lunes por la tarde, y estaban apoyadas contra la pared de azulejos amarillos justo a la puerta de la clase del señor Abner. El instituto había terminado diez minutos antes y los pasillos estaban casi desiertos. Della acababa de contarle toda la aterradora historia de la persecución en coche del viernes a Maia, la primera persona del Club de Actividades al Aire Libre que había visto. Era reticente a hablar del tema, pero tenía que contárselo a alguien. Ahora se arrepentía porque Maia parecía pálida y temblorosa.

—¿Que no sabes quién iba en el coche? —preguntó Maia, sin entender.

—No había nadie en el coche, —explicó Della, susurrando aunque el pasillo estaba vacío.

—¿Quieres decir...?

—Quienquiera que fuese, debió salir corriendo hacia el bosque antes de que llegáramos al coche.

—Qué miedo, —dijo Maia, apoyando la nuca en la pared y cerrando los ojos.

—¿Crees que fue…?

—¿El socio? A lo mejor, —dijo Della.

—No era ningún chaval del instituto ni nada. Nadie que conozcamos intentaría una locura tan peligrosa.

—Pero ¿por qué iba a…? —empezó Maia. Se calló cuando Ricky apareció dando brincos a su lado.

—¿Volviendo a cotillear sobre mí, eh? —dijo, poniendo sus brazuelos regordetes alrededor de ambas. —Bueno, lo siento. No podéis tenerme las dos. Tendréis que arreglarlo entre vosotras. —Se rio y pasó de largo hacia la clase. Maia frunció el ceño con asco. Podían oírle saludar a Suki, Gary y Pete.

—No es tan malo, —dijo Della.

—¿No tan malo como la peste bubónica? —exclamó Maia. Luego su cara se llenó de preocupación. —¿Y estás bien? ¿No te hiciste daño ni nada?

—No, —le aseguró Della. —Pete y yo estábamos bien. Solo un poco asustados. Condujimos a casa muy despacio. —Columpió su cartera de una mano a la otra y cambió el peso de su cuerpo. —Aunque no he podido dormir muy bien. Cada vez que me duermo, veo faros y sueño que me están persiguiendo otra vez.

—Qué horror, —dijo Maia, moviendo la cabeza con tristeza. —Yo también he tenido pesadillas. Vaya error cometimos todos. Ojalá nos hubiéramos quedado en casa en lugar de . . . Ay, no. Aquí viene el señor Abner.

—Hola, chicas. Siento el retraso, —las llamó desde el fondo del pasillo. Se acercó rápidamente a ellas, sus botas cowboy de cuero marrón resonando ruidosamente sobre el suelo mientras andaba. Con sus vaqueros de corte recto y su

camisa de franela a cuadros rojos y negros, se parecía más a un cowboy alto y larguirucho que a un profesor. Lo único que le faltaba era un pañuelo al cuello, pensó Della.

—¿De qué habláis las dos tan seriamente? —preguntó.

—De nada importante, —dijo Maia rápidamente, ruborizándose.

—¿Teníamos pinta de estar serias? —preguntó Della bromeando. —Será la primera vez, ¿no?

Él las siguió al interior de la clase. Ellas se sentaron en la primera fila. Pete le sonrió a Della. Suki le estaba dando unas collejas amistosas a Gary en la mano.

El señor Abner bajó una persiana, tapando el sol brillante que inundaba su escritorio.

—Buen día, — dijo sin dirigirse a nadie en particular. — Una pena que estemos aquí dentro y nos lo perdamos.

—¡Yo no quería perdérmelo, —dijo Ricky. —¡Así que me he saltado las clases de la mañana! —Se rio a carcajadas para que el señor Abner supiera que era una broma.

El señor Abner le dedicó una sonrisa débil. Luego se sentó al borde de su escritorio, cruzando las piernas y mirando sus botas cowboy.

—Ya estoy de vuelta, —dijo. —Permitidme disculparme de nuevo por haber tenido que aplazar la excursión con pernocta. Sé que os lo habíais currado mucho preparándola, y sé las ganas que teníais.

Della se movió incómoda en su asiento. Tiró de un largo mechón de su pelo oscuro, un tic nervioso. Se dio cuenta de que lo había estado haciendo mucho últimamente.

Tenía muchos motivos para estar nerviosa. Ahora le preocupaba que, de alguna manera, alguno de ellos fuera a delatar que se habían ido de excursión sin el señor Abner. «Si tan solo él cambiara de tema», pensó. Esto era demasiado

peligroso. Por supuesto, nadie revelaría nada a propósito. Pero ¿y si a alguno se le escapaba algo…?

—…estos problemas familiares. Seguro que sabéis a qué me refiero, —estaba diciendo el señor Abner. Della se dio cuenta de que se había perdido toda la historia que él había estado contando.

El profesor descruzó sus largas piernas y las volvió a cruzar en el sentido contrario.

—En fin, ya estoy de vuelta, —dijo, sonriendo, —y tengo muy buenas noticias para vosotros. —Ahora todo el mundo estaba escuchando con mucha atención. —He podido reprogramar nuestra excursión con pernocta a la Isla del Terror para este mismo sábado, —dijo el señor Abner. Se inclinó hacia adelante expectante, esperando su reacción de alegría ante el anuncio. Su sonrisa se desvaneció rápidamente cuando nadie dijo nada.

—¡Oh! ¡Qué bien! —exclamó Della por fin, esperando sonar al menos un poco sincera.

Con todo el terror que habían vivido en las últimas dos semanas, todos habían olvidado que el señor Abner estaría deseando reprogramar la pernocta.

—Sí. Genial, —dijo Ricky, sin sonar ni lo más mínimo convincente.

—¿Este finde? Jolín, no sé si podré ir, —dijo Maia. —Mi familia se va al norte, creo. A visitar…eh…a unos parientes…

—Sí. La mía también, —dijo Gary. —Quiero decir…no al norte. Pero estoy casi seguro de que tenemos planes, señor Abner.

Su tutor parecía dolido.

—Sabía que antes estabais decepcionados. Así que he movido algunos planes míos. —Miró hacia la ventana pero no podía ver porque había bajado las persianas.

—Tengo que admitir que me sorprende un poco vuestra reacción, —dijo, rascándose la mejilla izquierda con las uñas. —O mejor dicho, vuestra falta de reacción. Este es el Club de Actividades al Aire Libre, ¿verdad? Y lleváis dándome la lata todo el invierno para organizar una pernocta, ¿verdad?

—Seguimos con muchas ganas, —dijo Gary. —De verdad.

—Yo todavía tengo todo mi equipo hecho los bultos y listo, —añadió Della. «Venga, todos», pensó. «Mostrad un poco de entusiasmo. El señor Abner está empezando a sospechar. No podemos dejar que empiece a preguntar por qué ninguno de nosotros quiere volver a la Isla del Terror. Simplemente no podemos.»

—Yo sigo como loca por ir, —dijo Suki, que había estado callada y pensativa todo el rato. —Pero tengo que revisar los planes para el fin de semana también. —Miró a Gary, como si esperase que le apoyara o dijera algo para ayudar.

Gary le devolvió la mirada incómodo. Luego se giró hacia el señor Abner y dijo,

—Quizá el club debería reunirse otra vez a finales de semana. Ya sabe, el miércoles o algo así. Entonces sabríamos si estamos libres o no.

—Bueno, supongo que será lo mejor, —dijo el señor Abner, sin disimular su decepción. —Debo decir que vuestra respuesta entusiasta me ha dejado frío. ¿Está pasando algo aquí que no sé?

Un escalofrío recorrió la espalda de Della. Miró a Maia, que agarraba fuertemente los laterales de su silla y miraba fijamente al suelo.

—Yo creo que es solo la primavera, —dijo Gary, sonriendo de forma tranquilizadora al señor Abner.

—Todos estamos agotados del fin de semana. Yo sé que

me fui de fiesta a saco. Demasiada fiesta, —dijo Suki.

Todos rieron incómodos.

—Seguimos con ganas, —dijo Pete.

«Tenemos tantas ganas como de un examen de mates», pensó Della. «No hay manera de que ninguno de nosotros vuelva jamás a la Isla del Terror. Ojalá pudiéramos ser sinceros con él. No es mal tío. Pero sigue siendo un profesor. No hay forma de que podamos explicarle nada.»

—De acuerdo entonces, —dijo el señor Abner con un encogimiento de hombros resignado. Se levantó rápidamente. —Estamos de acuerdo. Nos reuniremos de nuevo el miércoles después de clase, y me haréis saber si podéis encajar la pernocta en vuestras apretadas agendas.

Se levantó, recogió unos papeles de su escritorio y salió rápidamente de la sala.

Tan pronto como estuvieron seguros de que se había ido, Gary saltó, caminó hacia la parte delantera de la sala e hizo un gesto a todos para que se quedaran en sus asientos.

—Tenemos que hablar, —dijo, mirando nervioso hacia la puerta. —¿Qué le vamos a decir a Abner?

—Sí. ¿Cómo nos libramos de esta estúpida pernocta? —preguntó Suki, que por alguna razón sonaba enfadada. —No hay manera de que yo vuelva a acampar, te lo aseguro.

—¡Eso es! —gritó Ricky.

Gary le indicó que bajara la voz.

—Estoy seguro de que todos sentimos lo mismo, —dijo. —Así que tenemos que encontrar la forma de…

Hubo un ruido en el pasillo, el sonido de alguien abriendo una taquilla.

—Mejor no hablamos aquí, —dijo Della.

—Vamos a la parte de atrás del parking, —sugirió Gary. “

—Solo tengo unos minutos, —dijo Maia, mirando su

reloj. —Le dije a mi madre que estaría en casa a las cuatro.

Salieron a toda prisa por la puerta lateral y rodearon el edificio hasta el parking de estudiantes, detrás. Solo había dos coches en el solar. Todos los demás se habían ido a casa. En el campo de entrenamiento detrás de las pistas de tenis, los miembros del equipo de béisbol de Shadyside estaban haciendo ejercicios de calentamiento.

—Solo tenemos que darle largas, —sugirió Pete mientras se apoyaban en la alta valla metálica que separaba el parking del campo de entrenamiento. —Quedan cuatro o cinco semanas para que terminen las clases. Si todos estamos ocupados los fines de semana, la pernocta no se hará.

—Quizá deberíamos explicar lo que pasó, contarle toda la historia a Abner, —sugirió Gary. —Creo que sería bueno contárselo a un adulto. No iría a la policía ni nada, ¿no?

—¡No! —protestó Maia de inmediato. —Es nuestro secreto. Tenemos que mantenerlo en secreto. Hicimos un juramento, ¿os acordáis?

Los demás estuvieron rápidamente de acuerdo con ella. No se sabía qué haría el señor Abner si se enteraba de lo que habían hecho.

—Podemos darle largas, —dijo Suki con certeza. —Solo tenemos que asegurarnos de que nuestras historias…

—Eh, acabo de acordarme de algo, —interrumpió Ricky. Se giró hacia Della y la pinchó en el hombro con el dedo. —Mi pistola ZAP. Volví de la pernocta con solo cinco pistolas ZAP. Nunca me devolviste la tuya. ¿Puedes traérmela a casa esta noche?

—Ay, no, —Jadeó Della, agarrándose a la valla. De repente sintió frío por todo el cuerpo.

—¿Esta noche no? Bueno, ¿puedes traerla mañana al instituto? —preguntó Ricky, sin darse cuenta de su expresión

de terror.

—La…la dejé, —consiguió decir Della.

—¿Qué?

—Tenía la pistola en el barranco. Luego el hombre…él…me la quitó y…—Sacudió la cabeza con fuerza como si intentara deshacerse de lo que estaba recordando. Miró fijamente a Ricky. —Dejé la pistola junto al cuerpo. En la Isla del Terror.

—¡No! ¡Eso es imposible! —gritó Ricky. Golpeó la valla con el puño, haciéndola resonar. Varios jugadores de béisbol se giraron a mirarles.

—Shhh. Baja la voz, Ricky, —advirtió Gary.

—¡Pero mi pistola! ¡Es que no puedes dejarla allí! —le gritó a Della, ignorando a Gary. —Cuando la policía encuentre el cuerpo entre las hojas, mi pistola estará allí.

—No sabrán que es tuya, Schorr, —le dijo Suki con una mirada de asco.

—Todo el mundo sabe que me van las guerras ZAP, —dijo Ricky acaloradamente, dándose la vuelta para encararse a Suki.

—Todo el mundo sabe que soy el único en el instituto con todas las pistolas ZAP. Lo único que tienen que hacer los polis es preguntar a cualquier chaval de Shadyside quién tiene pistolas ZAP, y vendrán directamente a por mí. ¡Esa pistola los llevará directos a Ricky Schorr! Y os digo una cosa…

Gary lo apartó de Suki.

—Tranquilízate, tío. Venga, Ricky.

Ricky se soltó del agarre de Gary.

—Os digo una cosa, yo no voy a cargar con la culpa por ese tío muerto. Si la policía viene a por mí, les cuento todo lo de vosotros también.

—Eres un cerdo… —Los ojos de Suki se abrieron con odio. Gary se interpuso rápidamente entre ellos.

—¡Esperad! ¡Parad! ¡Todos, parad! —gritó Della. Se giraron hacia ella.

—Ricky tiene razón. Esta es mi responsabilidad. Toda ella.

—Ahora espera, Della… —Pete intentó hablar, pero ella se acercó y le puso una mano sobre la boca para callarle.

—La pistola es mi responsabilidad, y la dejé allí. Así que supongo que no me queda otra. Volveré…a la Isla del Terror…y te traeré tu pistola, Ricky.

—Bueno, vale, —dijo Ricky, sin dejar de mirar mal a Suki.

¡Hala! ¡Espera! —gritó Pete. —No puedes volver allí sola, Della. Yo voy contigo.

—Gracias, —dijo Della suavemente, sonriéndole.

—Quizá deberíamos ir todos, —dijo Gary de repente.

—¿Qué? —gritó Maia, que parecía muy disgustada.

—Sí. Quizá deberíamos ir a la pernocta. Así Della podría escaparse y recuperar la pistola. Después de todo, estamos todos juntos en esto.

—Y si vamos todos, no será tan malo, —añadió Pete.

—Bueno… supongo… que sí… —dijo Suki, dándole vueltas. —Supongo que si pasara algo malo esta vez, Abner estaría allí. Podría pisar a cualquier extraño con esas boooootas *cowboy* tan chungas.

Todos rieron. Excepto Maia.

—Pero…Pero ¿qué hacemos si el socio está allí? —preguntó Maia, agarrándose a la valla y mirando al suelo.

—Espero que sí, —dijo Gary, con la cara endurecida por la rabia. —Estoy harto de todo este estúpido rollo del socio. Me encantaría darle una paliza al tío. Lo digo en serio.

Della se mostró dubitativa. Odiaba cuando Gary se ponía a hablar de forma chulesca.

—De verdad que no tenéis por qué venir, —dijo, con la voz temblorosa.

—Estamos juntos en esto, —dijo Gary. —Claro que vamos a ir. ¿A que sí, chicos?

Los demás, excepto Maia, murmuraron su acuerdo. Finalmente Maia dijo,

Bueno, a lo mejor. Supongo que . . . no podría ser peor que la última pernocta, ¿verdad?"

capítulo 13

Cuando se lanzaron al lago repartidos en tres canoas —el señor Abner con todo el equipo en una, y tres miembros del club en cada una de las otras dos—, el tiempo no pintaba nada bien. Unas nubes altas habían acabado tapando el sol, y tanto el cielo como el agua se habían vuelto de un gris amenazador. Una ligera bruma hacía que fuera difícil distinguir dónde terminaba el agua y dónde empezaba el cielo.

Nadie decía ni mu. El silencio solo se rompía con el chapoteo rítmico de los remos y el graznido estridente de dos patos enormes que pasaban volando por encima.

Della se inclinó hacia delante, mirando más allá de Maia hacia donde estaba Pete, en la proa de la canoa, para acompasar sus paladas con las de él. El oleaje era más fuerte en este viaje, agitado por un viento cálido pero racheado, y costaba lo suyo hacer que la pequeña canoa avanzara.

—¿Pero esto qué es? ¿Una peli muda o qué? —gritó el señor Abner desde su canoa, unos metros por delante de ellos—. ¡Venga, chavales, haced algo de ruido! ¿Es que nadie se sabe ninguna canción?

—¡No! —exclamaron a la vez Ricky, Gary y Suki.

—Es demasiado temprano para ponerse a cantar un sábado por la mañana —añadió Suki.

—¿Nadie os ha dicho nunca que sois la alegría de la huerta? —soltó su monitor, remando con más fuerza contra la corriente.

—No —respondió Gary—. Nadie.

—¡Pues tenían razón! —replicó el señor Abner.

Todos le dedicaron una risa bastante forzada.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto —murmuró Maia—. No me puedo creer que vayamos a volver a esa isla espantosa.

—Maia, chist —le advirtió Della—. El viento podría llevarse tus palabras. Ya sabes por qué tenemos que volver. Vamos a intentar llevarlo lo mejor posible.

Maia frunció el ceño, cerró los ojos y se metió las manos bajo la sudadera para entrar en calor.

Empezó a caer una lluvia fina. El cielo gris se volvió aún más oscuro y la niebla, cada vez más densa, hacía que todo resultara tétrico y amenazador.

«Perfecto», pensó Della. «El ambiente ideal para volver a la Isla del Terror, para regresar al escenario de un... asesinato».

«Deja de pensar así», se regañó a sí misma. «No fue un asesinato. Fue un accidente». Se acordó del cadáver allí tendido, bajo aquellas hojas secas que crujían al pisarlas. Se imaginó a alguien —al cómplice del muerto— acercándose al cuerpo y arrancando las calaveras de plata de la cadena que llevaba al cuello. Se acordó de la pistola ZAP de plástico que había quedado tirada junto al cadáver.

¿De verdad tendría el valor de volver al barranco para recuperar el arma?

Sí. No le quedaba otra. No podía dejarla allí para que la

encontrara la policía.

Pensó en el muerto, en su cuerpo bajo las hojas, descomponiéndose, pudriéndose cada vez más. ¿Tendría que verlo? No. Agarraría la pistola del suelo y saldría corriendo.

Quizás Pete la acompañaría. Sí, probablemente lo haría.

Miró a Pete, que remaba en la proa de la canoa con su pelo oscuro alborotado por el fuerte viento. Se dio cuenta de que empezaba a gustarle de verdad. Cuando llegó al lago hacía una hora y vio aparecer a Gary con Suki, no le importó. Había mirado a Gary sin sentir esas punzadas, esa sensación de «por qué no estaremos juntos». Ahora Gary era simplemente un chico más, un compañero de clase cualquiera. Y se alegraba de que fuera así.

Dejó de llover y el manto de nubes se aclaró un poco mientras bajaban de las canoas y las arrastraban por la playa rocosa. Toda la isla parecía teñida en una escala de grises: los árboles, las dunas, la arena. Della se sentía como si hubiera entrado en una película en blanco y negro.

—Remolcad las canoas hasta los árboles —les indicó el señor Abner, sin fijarse en que ya lo estaban haciendo.

«Será mejor que tengamos cuidado», pensó Della. «Más vale que no se nos escape que ya conocemos la isla».

—¿Toda la isla es bosque cerrado? —preguntó ella—. No he vuelto por aquí desde que era pequeña.

—Que yo sepa, sí —dijo el señor Abner, tirando de su canoa con todas las tiendas y el equipo dentro—. Nunca he estado en la otra punta de la isla. No sé qué habrá por allí —soltó la canoa—. ¡Oye, pues es una idea estupenda! Vamos a cruzar la isla a pie. ¡Es una mañana perfecta para hacer senderismo!

—Qué pereza —se quejó Suki.

Nadie más mostró mucho entusiasmo tampoco.

—¿No tenemos que montar primero las tiendas, recoger leña y todo eso? —preguntó Ricky con esperanza.

—Dejaremos todo junto a las canoas —dijo el señor Abner, ignorando olímpicamente sus pocas ganas—. Ya montaremos el campamento cuando volvamos. Vamos, chicos. Dejadlo todo y coged las mochilas. No será una caminata larga. Dos o tres horas como mucho.

Cogió su mochila azul y se la echó a los hombros con una sonrisa de emoción. Della y sus amigos se dieron cuenta de que no servía de nada refunfuñar. Iban a cruzar la isla a pie hasta el otro lado.

—Un día fantástico para hacer senderismo —dijo Pete, caminando a su lado con una mueca irónica—. ¿Cómo vas?

—¿Yo? Bien, supongo. Ojalá hubiera pasado ya el fin de semana —cogió su mochila y él se la sostuvo mientras ella pasaba los brazos por las correas.

—Ya somos dos —suspiró él.

Empezó a chispear de nuevo; no llegaba a ser lluvia, sino una neblina fina que lo humedecía todo, incluso el aire que respiraban.

—Iré contigo a por la pistola ZAP. Quizás podamos escaparnos durante la caminata.

Della levantó la vista y vio que el señor Abner los estaba observando.

—Mejor lo hacemos después de la caminata —susurró ella.

—Iremos más tarde, cuando todos estén recogiendo leña.

—Gracias —susurró ella—. Solo espero que no nos pasemos todo el finde de caminata. El señor Abner está mucho más motivado con esto de lo que me imaginaba.

Siguieron a los demás hacia el interior del bosque. Della se puso la capucha de la sudadera. Le cubría la cabeza y el

pelo, pero no servía para quitarle el frío ni esa creciente sensación de pavor que sentía. No quería volver a caminar por esos bosques, con sus zapatillas crujiendo sobre las hojas secas y marrones.

El terreno empezó a picar hacia arriba. Sus zapatillas resbalaban en el barro. El suelo se estaba volviendo peligroso por la lluvia. Agarró a Pete del brazo y él la ayudó a subir una pendiente bastante empinada.

Saltaron con cuidado sobre un tronco caído y siguieron a los otros selva adentro. De repente, el señor Abner regresó corriendo hacia ellos, con una videocámara pegada al ojo.

—No miréis a cámara —les indicó, apuntando a Della y a Pete mientras caminaba de espaldas para no sacarlos del encuadre.

Ellos se detuvieron para quedarse mirando el objetivo.

—¡No, no os paréis! —exclamó él—. Seguid caminando. Actuad con naturalidad.

—Señor Abner, ¿qué hace? —preguntó Della.

—Estoy grabando un registro completo de nuestra acampada —dijo él, sin dejar de filmarlos—. Cuando volvamos a casa, os daré una copia a cada uno de recuerdo.

«Pobre hombre», pensó Della. «No tiene ni idea de lo que está pasando. No se imagina que esta no es precisamente una experiencia que los demás queramos recordar. Esta acampada es algo que todos vamos a querer olvidar lo antes posible».

—Al menos podríais sonreír —insistió el señor Abner, caminando de espaldas sin dejar de apuntarles con la cámara.

Della y Pete hicieron un intento de sonrisa bastante pobre. Entonces, de repente, el talón del señor Abner se enganchó con una raíz que sobresalía y se fue de espaldas directo al barro.

Los seis miembros del club hicieron lo que pudieron para

no reírse. Pero verle caer de culo, con la cámara volando de sus manos y sus largas piernas por los aires, era demasiado cómico; al final todos acabaron soltando una carcajada. Él se levantó despacio, con cara de tierra trágame, y revisó la videocámara para asegurarse de que seguía funcionando.

—Regla número uno del senderismo: no camines mirando hacia atrás —dijo, sacudiéndose las hojas mojadas y la tierra del trasero de los vaqueros. Luego añadió—: Solo lo he hecho para que despertarais. Es la primera vez que os oigo reír en toda la mañana.

Tenía razón, se dio cuenta Della. No se les estaba dando nada bien eso de actuar con normalidad. ¿Pero qué podían hacer? Ninguno de ellos, ni siquiera Ricky, tenía cuerpo para bromas. A Della le costaba incluso pensar con claridad. No podía dejar de darle vueltas a cómo iba a escabullirse y a lo que tenía que hacer.

Caminaron durante lo que parecieron días, parando solo una vez para comerse los sándwiches que traían. Finalmente, cansados y con los nervios a flor de piel, llegaron a su destino. Como era de esperar, el otro lado de la isla era exactamente igual que el que ya conocían. Los pinos daban paso a las dunas bajas de una playa pedregosa. Si había tierra firme al otro lado del lago, no alcanzaban a verla. Las nubes bajas y la niebla lo tapaban todo.

—Es hasta bonito —le dijo Della a Pete, contemplando el lago—. Tan gris y misterioso... Parece casi un sueño.

—Supongo —soltó Pete, acomodándose la mochila. Soltó un quejido—. Al empezar pesaba poco, pero ahora pesa una tonelada.

El señor Abner terminó de grabar la orilla y bajó la cámara.

—No parece que esas nubes vayan a despejar —dijo, poniéndose la mano en la frente a modo de visera para protegerse del resplandor.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó Ricky de mal humor.

—Pues volver, lógicamente —respondió el señor Abner, sin dejar de mirar hacia el lago.

—¿Me está diciendo que tenemos que cruzar el bosque otra vez? —se lamentó Maia.

—¿Quieres que traiga el coche a recogeros? —bromeó el señor Abner soltando una carcajada—. Hagamos una cosa: volvamos por la orilla. Bordearemos la isla en lugar de atravesarla.

La idea pareció convencer a todos. Pero para cuando regresaron a la zona de las canoas y las provisiones, ya era media tarde; tenían las zapatillas empapadas, el frío les había calado hasta los huesos y les dolían las piernas de tanto caminar por la arena.

Ricky se dejó caer en una de las canoas. Della y Maia cayeron de rodillas sobre la arena fría, húmeda y llena de guijarros.

—¡Ah, qué subidón! —exclamó su monitor, sonriendo de oreja a oreja mientras guardaba con cuidado la videocámara—. ¡Eh, no os sentéis! Se acabó lo bueno. ¡A trabajar!

Entre refunfuños y quejas, llevaron las tiendas y los bártulos hasta un claro pasando la línea de los árboles. Della se dio cuenta de que no estaban lejos de donde habían acampado la otra vez; apenas a unos cien metros más hacia el interior del bosque.

En cuanto montaron las tiendas, el señor Abner los mandó a por leña.

—Intentad que esté seca —les indicó.

—Si está todo chorreando —saltó Suki—. ¿De dónde vamos a sacar leña seca?

—Creo que yo tengo un poco en casa —se ofreció Ricky—. Si queréis voy un momento a por ella.

—Ricky... —le llamó al orden el señor Abner.

—No, en serio. No me importa —bromeó Ricky—. Voy y vuelvo en un periquete.

—Buscad madera que esté bajo las hojas o debajo de otros troncos —dijo el señor Abner, ignorando las súplicas de Ricky—. Estará más seca que la que está a la intemperie. Podemos quemarla aunque esté húmeda, solo que tardará un poco más en prender.

Los seis se dispersaron en distintas direcciones.

—Maia, quédate aquí y ayúdame a desempaquetar lo de la cena —dijo el monitor. Maia se dio la vuelta inmediatamente y regresó al centro del campamento con cara de alivio—. ¡Traed mucha leña! —les gritó el señor Abner—. Todo apunta a que va a ser una noche fría y de perros.

—Lo de fría no lo sé, pero lo de perros lo ha clavado —le murmuró Suki a Gary mientras se alejaban juntos.

—Seguro que puedo animarte —oyó Della que Gary le decía a Suki.

—¡Para ya, Gary! ¡Quita las manos de encima! —oyó protestar a Suki, aunque no sonaba muy convencida.

Della encontró a Pete lanzando palos mojados por el suelo.

—No hay nada seco —masculló él—. Abner está de la olla.

De pronto se levantó una racha de viento que sacudió las ramas de los árboles y mandó las hojas volando en todas direcciones.

—Este está siendo el día más largo de mi vida —suspiró Della.

—Te sentirás mejor en cuanto... —la voz de Pete se apagó. Miró a su alrededor; no había nadie a la vista—. Oye, vamos ya.

—¿Eh?

—Vamos a por la pistola de Ricky. Ahora mismo. Mientras quede algo de luz.

Della vaciló. Notó que se le cerraba la garganta y que una sensación de pesadez empezaba a crecerle en el estómago.

—Supongo que...

—Abner está ocupado con Maia en el campamento. No se dará cuenta. Pillamos la pistola y estamos de vuelta en un par de minutos.

—Vale —asintió Della, subiéndose la capucha de la sudadera—. Supongo que este momento es tan bueno como cualquier otro.

Echaron a andar juntos en dirección al barranco.

—¡Eh! ¿A dónde vais vosotros dos? —Era Abner. Se dieron la vuelta, sobresaltados al verlo allí en medio del bosque—. Estábamos... esto...

—Venga, chicos —les riñó Abner, negando con la cabeza—. Ya conocéis las normas. Nada de arrumacos.

—Pero si no estábamos... —protestó Della.

—Claro que sí —insistió Abner riendo—. Volved más cerca del campamento. No hace falta irse tan lejos para buscar leña.

—Vale —dijeron Della y Pete a la vez.

Lo siguieron de vuelta y se pusieron a recoger leña justo al borde de los árboles.

—No vamos a poder escaparnos nunca. Jamás —se lamentó Della.

—Chis. Mira. —Pete señaló con el dedo. Abner y Maia se

habían ido al otro lado del claro—. Vamos. Ahora no nos ve. Intentémoslo otra vez.

—Vale. Rápido —dijo ella, sin quitarle ojo a Abner.

—¿Te acuerdas exactamente de dónde está el barranco? —preguntó Pete. A ella se le había enganchado la capucha en el pelo y él la ayudó a colocársela. Sintió su mano fría al rozarle la frente—. Creo... creo que sí.

—Pues vamos —dijo Pete.

Se internaron a toda prisa entre los árboles.

Mientras avanzaban rápido por el suelo mojado y resbaladizo, él intentó cogerle la mano. Pero la soltó de golpe al oír el grito.

Venía del campamento; un grito agudo, desgarrador, un grito de puro terror.

Della lo reconoció al instante.

—¡Es Maia! —exclamó.

capítulo 14

Un segundo grito rasgó el aire entre los árboles; esta vez, era una petición de socorro.

Della y Pete llegaron al campamento a la vez que Gary y Suki, que aparecieron con cara de susto y sin entender nada.

—¡Maia! ¡¿Dónde estás?! —gritó Della.

Ricky entró en el claro dando traspiés, cargado con un montón de ramas en los brazos. Soltó la leña junto a una de las tiendas.

—¿A qué viene tanto escándalo?

—¡Aquí! —exclamó Maia. Su voz venía de cerca del linde del bosque, al otro lado de las tiendas—. ¡Ayudadme, por favor!

Con el corazón a mil por hora, Della rodeó las tiendas corriendo hacia donde estaba Maia, seguida por los demás. La encontraron de rodillas junto al señor Abner, que estaba tumbado de espaldas. Ella le sostenía la cabeza entre los brazos. Al acercarse, los chicos vieron que tenía los ojos cerrados, la boca abierta y un hilo de sangre recorriéndole el cuero cabelludo.

—Maia... el señor Abner... ¿qué...?

—Está inconsciente —dijo Maia—. No consigo que reaccione.

—¿Pero quién ha sido?

—¿Has visto lo que ha pasado?

—¿Se ha caído? ¿Le han... disparado?

Pete y Gary se arrodillaron junto a Maia. Gary puso la mano sobre la sudadera del señor Abner, justo encima del pecho.

—El corazón le late bien —dijo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Le han... golpeado —contestó Maia con la voz temblorosa—. Un golpe en la cabeza. He visto a alguien... a un hombre. Ha salido corriendo hacia los árboles. —Miró hacia el bosque, por encima de ellos—. Por allí.

—¿Un hombre? —exclamó Della—. ¿Le has visto bien la cara?

—¿Quién era? —preguntó Gary.

—No lo sé. Ha sido como un borrón —dijo Maia—. Una mancha oscura. Creo que llevaba una chaqueta negra.

El señor Abner soltó un quejido y giró la cabeza, pero no llegó a abrir los ojos.

—Tenemos que pedir ayuda —dijo Maia. Apoyó la cabeza de su monitor con cuidado en el suelo y se apartó. Tenía las mangas de la sudadera manchadas de sangre oscura—. Creo que está bastante mal.

A Della le sorprendió lo bien que estaba reaccionando Maia ante una emergencia así. «Es mucho más fuerte de lo que parece», pensó.

—¿Quién ha sido? ¿Y por qué? —preguntó Suki con las manos en las caderas. Parecía más cabreada que asustada.

—A lo mejor es el cómplice del muerto —dijo Pete, mirando a Della—. Quizás nos ha seguido hasta aquí.

—Y ahora piensa liquidarnos uno a uno —soltó Ricky, con la mirada clavada en los árboles y la cara redonda crispada por el miedo.

—Cállate la boca, Schorr —le espetó Suki—. Siempre sabes cómo empeorar las cosas.

—¿Y qué puede haber peor que esto? —dijo Maia en voz baja.

Rodeó la tienda corriendo y reapareció unos segundos después con un saco de dormir enrollado, que colocó bajo la cabeza del señor Abner.

—Que alguien desenrolle otro saco y lo tape —ordenó. Pete salió disparado a por uno.

—Estamos indefensos aquí —dijo Della, pensando en voz alta—. No podemos ayudar al señor Abner. Y no podemos protegernos si... si el que lo ha hecho decide volver.

—Algunos tenemos que ir al pueblo a pedir socorro —dijo Maia, mientras ayudaba a Pete a extender el saco sobre el profesor.

—¡Yo voy! —se ofreció Ricky al instante.

—No se te nota nada que estás deseando pirarte, ¿eh, Schorr? —le soltó Suki.

—No me ralles, Suki —le gritó Ricky, muy enfadado—. ¿Quién me va a obligar a quedarme? —Suki le respondió con una mueca de desprecio.

—¡Ya basta! Cortad el rollo —intervino Gary con dureza—. Esto es una emergencia.

—Está perdiendo mucha sangre —dijo Maia, presionando un pañuelo contra el lateral de la cabeza del señor Abner, intentando sin éxito frenar la hemorragia.

—Vale. Iremos nosotros a por ayuda —decidió Gary—. Vamos, Ricky, Suki. En marcha. Vosotros tres quedaos vigilándolo.

Della observó a los tres alejarse apresuradamente hacia las canoas. De repente, Ricky se detuvo y se dio la vuelta.

—¡Oye! —gritó—. Mi pistola ZAP. ¿Qué pasa con mi pistola ZAP?

—Iré a por ella ahora —respondió Della. Respiró hondo y esperó a que desaparecieran entre los árboles—. Supongo que no tengo otra opción —le dijo a Pete—. Tengo que recuperar la pistola. Antes de que vuelvan con la policía.

—Vale. Iré contigo —dijo Pete, bajando la vista hacia el señor Abner—. Volveremos en cuanto podamos, Maia.

—¡No! —exclamó Maia, agarrándole del brazo—. ¡No podéis!

—¿Qué?

—No podéis dejarme aquí sola.

—Pero Maia... —dijo Della.

—No. Lo digo en serio. No es justo. ¿Y si el hombre vuelve? No habrá nadie aquí para ayudarme. No podéis dejarme así. Simplemente no podéis.

—Tiene razón —le dijo Della a Pete.

—Pero, Della...

—Tendré que ir a por la pistola yo sola —dijo Della—. Tú quédate y ayuda a Maia.

—Pero yo no quiero...

—No queremos volver y encontrarnos a Maia con un golpe en la cabeza también. O algo peor. Sería culpa nuestra, Pete. Tienes que quedarte con ella. Volveré enseguida. Iré directa al barranco, cogeré la pistola y regresaré corriendo.

Pete se zafó del agarre de Maia.

—No. No puedo permitírtelo.

—Mira —dijo Della. Levantó el silbato que llevaba colgado al cuello—. ¿Ves esto? Tengo un silbato. Suena muy fuerte. Si tengo cualquier problema, lo haré sonar. ¿Vale?

—¿Un silbato? —Pete no parecía muy convencido de que aquel fuera un buen plan. Pero miró a Maia, pálida y temblorosa a su lado, y comprendió que no le quedaba más remedio que dejar marchar a Della sin él.

—Volveré enseguida. De verdad —insistió Della, pensando que tal vez si seguía repitiéndolo, empezaría a creérselo. Se puso de puntillas y le dio a Pete un beso rápido en la mejilla. Para que le diera suerte. Luego se dio la vuelta y se obligó a entrar en el bosque al trote.

—¡Espera, para! ¡Della! —Pete salió corriendo tras ella—. Toma. Llévate esto. —Le entregó una linterna de metal grande—. Está empezando a oscurecer.

Ella se la quitó de las manos, sorprendida por lo mucho que pesaba. Se dieron la vuelta y caminaron en direcciones opuestas. Oyó que Maia lo llamaba, temerosa de que hubiera cambiado de opinión y la hubiera dejado allí.

«Maia es una cría», pensó Della.

Pero entonces razonó consigo misma: «Maia tiene razón. Tiene motivos de sobra para estar asustada. Y yo también».

Apretó la linterna con fuerza. «Puedo usarla como arma, si me hace falta», pensó.

«¿Un arma? ¿En qué estoy pensando? ¿Me he vuelto loca del todo? ¿De verdad soy yo, caminando por estos bosques para encontrar a un muerto y recuperar una estúpida pistola de plástico? Sola en el bosque mientras algún bicho raro merodea por ahí, alguien que ha golpeado al señor Abner en la cabeza y que ahora podría estar siguiéndome, observándome, listo para...».

«¡Basta!».

«Deja de pensar», se dijo a sí misma. «No pienses en nada. Sigue moviéndote, sigue caminando hasta que encuentres el barranco. Y borra todo lo demás de tu mente. No hay nada en

lo que puedas pensar ahora que te haga sentir mejor. Nada en lo que puedas pensar que te haga sentir más segura».

«¿Y Pete? Intentaré pensar en Pete».

Pero se imaginó a Pete recibiendo un golpe en la cabeza. Se imaginó a un hombre con chaqueta negra corriendo entre los árboles. Se imaginó a Pete tendido en el suelo como el señor Abner, con la sangre goteando desde su cabeza hasta la tierra.

Sangre, sangre en el suelo. Sangre por todas partes. «No. No puedo pensar en Pete».

«Pensaré en casa. Un lugar seguro, cálido, tranquilo».

Pero el cómplice del muerto estuvo en mi mismo porche, dejando aquel sobre con la calavera de plata y la nota aterradora. Justo en mi porche. Estuvo prácticamente dentro de mi casa. Sabe dónde vivo. Me conoce. Él...

«¿Me estará vigilando ahora? ¿Me estará viendo avanzar a través del bosque? ¿Estará esperando a que tropiece, esperando a que me caiga para abalanzarse sobre mí? ¿Estará esperando su venganza, esperando para cobrarse lo de la muerte de su amigo, por haberlo enterrado entre hojas y haber salido huyendo?».

«¡No!».

«¡Deja de pensar!».

Della miró a su alrededor y se dio cuenta de que había perdido el sentido de la orientación. Todo le parecía igual: el susurro de los árboles, los matorrales de maleza parda, las hojas muertas que flotaban y se desplazaban.

¿Había estado allí antes? ¿Estaba dando vueltas en círculo?

No. Aquella tenía que ser la dirección correcta. Recordaba esa roca grande y cuadrada al pie de la colina baja.

Sí. Se dirigía al barranco. Ya casi estaba allí. Tal vez.

Solo tenía que concentrarse en hacia dónde iba, expulsar esos otros pensamientos de su cabeza.

De repente oscureció, como si alguien hubiera apagado algunas luces. Encendió la linterna, proyectando un estrecho haz de luz blanca sobre el suelo frente a ella.

Sí. Así estaba mejor. Al menos ahora podía ver el suelo, podía ver dónde pisar para saltar esa rama caída, rodear aquel agujero y alejarse de esos zarzales.

«Está justo aquí delante, creo». Miró por encima del haz de luz, intentando ver a través de los árboles. Ahora estaba subiendo una pendiente pronunciada. Sí. Lo recordaba. Recordaba lo empinado que se volvía de repente, lo sorprendentemente empinado y...

¿Qué era esa luz?

A su derecha, vio un destello de luz blanca entre los árboles.

«¿Era solo mi linterna? ¿Un reflejo de mi propia luz?». No. Lo vio de nuevo, un haz estrecho, cortado por una rama.

Pensando rápido, apagó su linterna de un clic. «¿Para qué revelar dónde estoy?».

Un escalofrío le recorrió la espalda. Le costaba recuperar el aliento.

¿Quién era?

La luz desapareció, luego reapareció a unos metros, unos metros más cerca. La luz parecía parpadear y flotar, como si no tuviera gravedad, como si la emitiera alguna luciérnaga gigante suspendida entre los árboles.

«Quizás sea Pete».

«Sí, claro. Es Pete. Ha conseguido calmar a Maia y ha venido a por mí».

¿Debería llamarlo?

Sí. No. Sí. Pero ¿y si no era Pete? ¿Y si era el tipo que

había golpeado al señor Abner?

«No. No lo llames».

La luz se acercó más.

—¿Pete? —Su voz sonó diminuta y asustada. La palabra simplemente se le escapó. No había sido su intención decirla, pero ahora que lo había hecho, la repitió—. ¿Pete? —Esta vez un poco más fuerte.

La luz flotó más cerca. Ahora podía oír pasos.

—¿Pete?

Una tos. Oyó la tos de un hombre. No era Pete.

Él se dirigía hacia ella en ese momento.

Se quedó paralizada. Qué estúpida. Qué estúpida por haber gritado y haberle hecho saber dónde estaba. Por haberlo traído directo hacia ella.

«¡No! ¡Deja de pensar! ¡Deja de pensar... y corre!».

Se dio la vuelta y empezó a huir. Ahora no pensaba en nada. Tenía la mente en blanco, despejada. El miedo había ahuyentado cualquier pensamiento.

Se limitaba a correr, escuchando el crujido de los pasos que se aproximaban rápidamente a sus espaldas, y a correr, corriendo sobre las hojas marrones y resbaladizas, sobre las ramas y troncos caídos, entre abrojos, zarzas y matorrales de maleza alta y fibrosa.

Apretó la linterna con fuerza en la mano, pero no la había encendido. No tenía tiempo. Y no la necesitaba. Ahora corría guiada por un radar, el radar del miedo. Este la conducía a través de la oscuridad. Pero la luz que la seguía flotaba cada vez más cerca, más cerca.

Estaba trepando ahora, subiendo una pendiente pronunciada, alejándose de la luz, hacia...

Antes de darse cuenta, estaba cerca de la cima de la cuesta. Antes de darse cuenta, estaba en la cresta. Y luego la

sobrepasó. No se detuvo, no vio el árbol caído en su camino.

Tropezó, no gritó, no emitió ni un sonido; estaba demasiado asustada para chillar. Sabía dónde estaba. Sabía hacia dónde estaba cayendo.

Sabía que había encontrado el barranco. Y mientras caía hacia delante, casi zambulléndose por la ladera, vio aquel montón de hojas espantoso, espantoso... y supo que iba a caer justo encima.

capítulo
15

*E*staba justo encima de él.

«Voy a vomitar», pensó. Una oleada de náuseas le subió desde el estómago. Respiró hondo y contuvo el aliento, esperando a que se le pasara.

«Mareada. Estoy muy mareada».

Intentó impulsarse con los brazos, pero sus manos resbalaron en las hojas mojadas.

«Estoy justo encima de él, encima de su cuerpo muerto y en descomposición».

Se obligó a ponerse en pie, aún conteniendo el aliento, aún sintiéndose mareada.

«He estado tumbada encima de un muerto».

La linterna. ¿Dónde estaba la linterna?

«Eso es, Della. Piensa en la linterna. Piensa en encontrar la pistola ZAP y en salir de este barranco. No pienses en el montón de hojas. No pienses en el cuerpo podrido y descompuesto sobre el que acabas de estar tumbada. No pienses...»

Espera. El montón de hojas. Estaba muy plano. Recordaba el montículo de hojas que habían dejado allí.

Bueno... tal vez muchas de las hojas habían salido volando.

Con cuidado, dio una patada a las hojas con su zapatilla. Se desmoronaron al tocarlas.

Pateó de nuevo, hurgando más profundo en el montón. Nada más que hojas.

Respirando con dificultad, se subió al montón de hojas. Su zapatilla se hundió hasta que tocó... ¡el suelo!

Pateó las hojas una y otra vez, mandándolas a volar en todas direcciones.

Se había ido. El cuerpo no estaba. No estaba en el montón de hojas.

Habían movido el cadáver.

Se quedó allí, mirando las hojas esparcidas. No sabía cómo sentirse. Se sentía aliviada por no haber estado tumbada encima del cuerpo en descomposición. Pero el hecho de que lo hubieran movido le trajo un aluvión de preguntas a la cabeza.

Sacudiendo la cabeza como si eso pudiera despejarla, se agachó y buscó la pistola ZAP entre las hojas. Apartó las hojas con ambas manos, escarbando como un perro que intenta desenterrar un hueso perdido.

Al no encontrar el arma, se levantó y empezó a recorrer toda la zona, arrastrando la zapatilla lentamente en líneas rectas y pateando los cúmulos de hojas apelmazadas.

Sin éxito.

—Tengo que encontrarla —dijo en voz alta—. Tengo que hacerlo.

Arrastró la zapatilla por una zona más amplia, sin éxito.

—Tiene que estar aquí —masculló para sí misma, agachándose y escarbando entre las hojas.

Su mano golpeó algo duro.

Sobresaltada, lo recogió. Era su linterna. «Esto debería ayudar», pensó. Accionó el interruptor. No había luz. Lo intentó de nuevo. Y otra vez.

Debía de haberse roto durante la caída.

Frustrada, la golpeó contra la pernera de sus vaqueros.

—¡Ay!

«Cálmate. No pierdas el control». La luz seguía sin encenderse.

Estaba a punto de tirar la linterna cuando oyó la tos.

Detrás de ella.

Se dio la vuelta de golpe.

Alguien estaba de pie sobre ella en la oscuridad. Primero vio sus botas negras salpicadas de barro. Luego vio sus vaqueros de corte recto.

Subió la mirada hasta la chaqueta de cuero tipo aviador.

—¡NO! ¡NO PUEDE SER! —gritó con una voz que no reconoció—. ¡ESTABAS MUERTO! ¡SÉ QUE ESTABAS MUERTO!

Con un gruñido más animal que humano, él saltó desde el borde del barranco, lanzándose contra ella y agarrándole la garganta con ambas manos.

capítulo 16

Ella se echó hacia atrás, escapando de él.

Respirando ruidosamente, gruñendo con cada bocanada de aire, él dio un paso atrás y se lanzó de nuevo contra ella.

Sin pensar, sin darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, ella levantó el brazo. Y cuando él estuvo lo bastante cerca, descargó la linterna sobre su cabeza con todas sus fuerzas.

Se oyó un golpe seco. Metal contra hueso.

La linterna se encendió, proyectando un haz de luz blanca hacia el suelo.

De repente, sintió como si otra persona lo hubiera hecho. El brazo de otra persona se había desplomado. La mano de otra persona había empuñado la linterna. Otra persona la había estrellado contra el cráneo del hombre.

Pero su miedo era real. Podía saborearlo ahora mismo.

«El miedo sabe amargo», comprendió.

Se dejó caer de rodillas sobre las hojas. Todo daba vueltas a su alrededor: los árboles, el suelo bajo sus pies, el hombre

que yacía tan quieto a su lado. Girando, girando. Si tan solo pudiera quitarse ese sabor amargo de la boca...

Esperó, manteniendo la cabeza agachada y respirando hondo. Esperó a que el mundo dejara de dar vueltas, esperó a que sus pulsaciones se calmaran.

Después de un rato, empezó a sentirse mejor. Se puso de nuevo en pie. Levantó la linterna e iluminó la cara del hombre inconsciente.

—¡Oh! —Se quedó mirando aquel rostro, tan pálido bajo el haz de luz blanca; los ojos cerrados, el pelo rubio y rizado, la nariz corta y respingona, la cicatriz larga y recta que le cruzaba la barbilla.

No era el mismo hombre.

No era el muerto, el hombre al que ella había empujado por el barranco durante la primera acampada.

Mantuvo la luz sobre su cara hasta que la mano empezó a temblarle tanto que no podía sostener el haz con firmeza. Entonces le dio la espalda para pensar. «Este debe de ser el cómplice», se dio cuenta.

«Claro. Por supuesto que este es el cómplice».

Y entonces pensó: «Solo quiero salir de aquí».

Ya no le importaba la pistola ZAP de Ricky, ni adónde habían movido el cadáver, ni el compañero, ni nada. Solo quería huir, volver corriendo al campamento, buscar a Pete y a Maia y alejarse remando de la Isla del Terror y de todos sus horrores... para siempre.

Sin volver la vista atrás hacia el hombre que estaba en el suelo, apuntó con la luz hacia delante, hacia la empinada y embarrada pared del barranco, y empezó a trepar. Resbalaba demasiado como para subir andando, así que usó también las manos, trepando como un animal, luchando por no soltar la linterna mientras se impulsaba hacia la cima.

Cuando llegó arriba, las rodillas de sus vaqueros estaban empapadas de barro. Las sentía frías y húmedas contra las piernas mientras empezaba a correr de vuelta hacia el campamento, manteniendo el haz de luz bajo, frente a ella. Tenía las manos en carne viva y cubiertas de barro seco.

Las ramas le azotaban la cara al correr. Una espina enorme le hizo un desgarrón en la sudadera. Soltó un grito, más por la sorpresa que por el dolor, pero no aminoró el paso.

—Tengo que volver, tengo que volver —decía en voz alta, soltando las palabras entre jadeos.

Probablemente los demás ya habrían regresado del pueblo. Y habrían traído a la policía, o a un médico, o a alguien.

«Falta poco. Falta poco y estaré a salvo».

—¡Ohhh!

Cayó de bruces al tropezar con la rama de un árbol caído.

«Estoy bien. Estoy bien. Tengo que seguir».

Se levantó rápidamente. Se había cortado en la mano izquierda. Podía sentir la sangre caliente goteando por su muñeca.

«Tengo que seguir».

Los árboles empezaron a aclarase. Casi había llegado. Entonces oyó los pasos detrás de ella.

«¿El cómplice?»

No. No podía haberla seguido con tanta facilidad, no podía haberla alcanzado tan rápido.

«Debe de ser Pete», comprendió.

En cuanto los demás volvieron del pueblo, Pete debió de haber salido a buscarla.

Frenando hasta detenerse, echó mano del silbato que llevaba al cuello, se lo llevó a los labios y sopló. No salió ningún sonido. Lo sacudió. El silbato no tenía la bolita dentro.

—Vaya protección —suspiró, y soltó el silbato con asco. —¡Pete! —gritó—. ¡Pete! ¡Por aquí! ¡Estoy bien, Pete! ¡Estoy aquí!

Corrió hacia el sonido de sus pasos.

Un pie salió de detrás de un árbol y ella tropezó con él, gritando de sorpresa mientras aterrizaba sobre las manos y las rodillas en el barro blando.

Una risa.

Se giró rápidamente y lo miró. El muerto. El hombre al que había matado.

—Estás muerto —soltó ella, quedándose en el suelo, mirando fijamente sus ojos oscuros y coléricos—. Estás muerto. Sé que estás muerto.

—Vale. Soy un fantasma —dijo él con calma. Se encogió de hombros y salió de detrás del árbol. Llevaba la misma chaqueta de cuero tipo aviador.

—Pero... ¡no! No tenías pulso. Lo comprobé. Gary... él también lo comprobó.

El joven permanecía de pie sobre ella, con su rostro atractivo torcido en una mueca de desprecio y las manos preparadas por si intentaba escapar. —Soy un fenómeno médico —dijo en voz baja, con tranquilidad—. En serio. Tengo un pulso muy débil. Incluso a los médicos les cuesta encontrarlo.

—¿De verdad? —preguntó ella con debilidad. Miró rápidamente a ambos lados, intentando calcular la mejor ruta de escape.

—Así que has sido tú todo este tiempo —dijo ella—. Pero ¿por qué? ¿Por qué intentabas asustarnos? ¿Solo por venganza?

—¿Venganza? —Se rio con una carcajada seca y amarga—. Qué palabra más estúpida.

—¿Entonces por qué? —repitió ella.

Él se encogió de hombros.

—No sacamos nada del viejo jardinero. Ni un céntimo. Si tenía dinero escondido, desde luego nosotros no lo encontramos. Fue muy decepcionante. Así que, cuando aparecisteis vosotros y te marcaste ese numerito del entierro conmigo, se nos ocurrió una idea. Primero, queríamos asustaros un poco. Ya sabes, ablandaros, para que fuera más fácil sacarles algo de pasta a ti y a tus queridos padres. ¿Cuánto habrías estado dispuesta a pagar para que no se supiera nada del asesinato... de mi asesinato?

Pateó el tronco de un árbol, incapaz de contener su rabia.

—Tus padres tienen mucha pasta. Probablemente soltarían una buena parte... para que no se supiera que su hija era una asesina.

—¡Pero no lo era! —protestó Della—. No estabas muerto.

—Detalles —dijo él con una sonrisa de lado.

—¿Eras tú el del Taurus negro, en Old Mill Road? —preguntó ella.

—Ese era mi colega —soltó una risita—. Solo se estaba divirtiendo un poco. Pero supongo que le diste más diversión de la que esperaba. El pobre tuvo que volver andando por el bosque.

—Así que las calaveras... la nota... ¿todo era para asustarnos y que os pagáramos?

Él sonrió.

—Supongo que se podría decir así. Sí. Queríamos divertirnos un poco primero. Luego pasar a los negocios.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Della había visto un camino despejado entre los árboles. «Si tan solo pudiera pillarlo desprevenido un segundo», calculó, «podría salir corriendo».

Como si le leyera el pensamiento, él la agarró.

—Pedazo de idiota —dijo, acercando su cara a la de ella—. ¿Por qué no comprobaste si respiraba?

—¡Ay! ¡Mi brazo! ¡Me estás haciendo daño!

Él apretó el agarre en lugar de aflojarlo.

—¿Por qué? —exigió—. ¿Por qué no comprobaste si estaba respirando?

—Yo... tenía miedo —dijo ella, intentando zafarse de su agarre, intentando escapar del dolor—. Tenía demasiado miedo. Simplemente no podía... no podía pensar con claridad. Todo daba vueltas. No sabía qué hacer.

—¡Eso no es verdad! —le gritó a la cara, con los ojos salvajes y desquiciados. Aflojó un poco la presión en sus brazos—. No te importaba —se burló—. ¡No te importaba lo suficiente como para ver si respiraba o no!

—¡No! —protestó ella.

—¡Cállate! —Soltó uno de sus brazos, echó la mano hacia atrás y le cruzó la cara con un fuerte revés.

—¡No!

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! —Estaba furioso. Ella se quedó quieta, mirando al suelo, con la mejilla palpitando de dolor, y esperó a que se calmara. Él todavía la sujetaba de un brazo, con la cara pegada a la suya y su aliento caliente sobre ella.

Finalmente la soltó y dio un paso atrás.

—No soy un mal tipo, de verdad. Algunas chicas dicen que soy bastante guapo. ¿Tú qué dices?

Su rabia se había enfriado. Estaba jugando con ella ahora, vacilándola, poniéndola a prueba.

Ella no quería decir ni hacer nada que le hiciera explotar de ira otra vez. Pero ¿cuál era la respuesta correcta?

Si tan solo pudiera soltarse, estaba segura de que podría

escapar. El campamento no podía estar lejos. ¡Pero en ese momento parecía como si estuviera al otro lado del mundo!

—¿Y bien? —Él esperaba una respuesta.

—Sí. Sí, eres guapo —dijo ella, desviando la mirada, intentando evitar sus ojos, que se clavaban en los suyos—. Muy guapo.

—Dilo de forma sincera —dijo él.

—¿Qué?

—¡Ya me has oído! —gritó—. ¡Dilo de forma sincera!

—Lo he dicho en serio —dijo ella con debilidad, viendo cómo él volvía a perder los estribos.

—Bueno, quizá esto te ayude a sentirte un poco más sincera. —Metió la mano en el bolsillo y luego sostuvo algo frente a la cara de ella.

Era una pistola.

—¡No! —gritó. No había pretendido gritar, pero en ese instante comprendió que él tenía la intención de matarla.

El miedo la hizo reaccionar. Se zafó de él de un tirón y echó a correr.

Pero él la alcanzó rápidamente, la agarró del brazo y le dio media vuelta.

Sus ojos oscuros estaban salvajes de furia.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Se supone que tienes que ser simpática! ¿Es que no sabes nada?

Levantó la pistola y presionó el cañón contra la sien de ella.

—No, por favor... —logró decir, con la voz apenas como un susurro.

—¡Tuviste tu oportunidad! —gritó él.

Apretó el gatillo.

capítulo 17

No tuvo tiempo de gritar.

Primero, se dio cuenta de que seguía viva. Luego, sintió el chorro de líquido goteándole por el lado de la cara.

Pintura. Le había disparado con la pistola ZAP.

Se llevó la mano a la cara y se frotó con los dedos solo para asegurarse. Sí. Pintura amarilla.

Él la soltó y empezó a reírse, señalándola y sacudiendo la cabeza; le parecía desternillante el miedo de ella y esa expresión de horror congelada en su rostro. Reía cada vez más fuerte, con más ganas, cerrando los ojos y señalándola con el dedo, con la risa más cruel que ella había oído jamás.

Hizo girar la pistola ZAP en su dedo y disparó un chorro de pintura al aire. Esto le hizo reír todavía más. Tenía lágrimas en los ojos. Su risa se volvió aguda. Reía tanto que tenía que jadear para recuperar el aliento.

«Esta es la mía», pensó Della. «Es mi oportunidad».

Se dio la vuelta y echó a correr. Ya había elegido la ruta para su huida. Su risa era la distracción que necesitaba para

intentarlo. Sabía que solo tendría unos pocos segundos de ventaja... pero quizá, solo quizá, unos segundos sería todo lo que necesitara.

Se movía rápido, casi flotando sobre el suelo. Mientras corría, la repentina libertad la hacía sentirse ligera. Tenía la sorprendente sensación de que, si quisiera, podría volar.

Vuela, Della. Vuela lejos.

«Nunca he corrido tan rápido», pensó.

Se sobresaltó cuando él la placó por la cintura y la hizo caer estrepitosamente al suelo.

Aterrizó violentamente de costado y gimió de dolor mientras él caía encima de ella. Sintió como si se hubiera fracturado una costilla.

Él se levantó despacio, mirándola desde arriba, sin rastro de alegría en su rostro. Era como si la risa nunca hubiera existido. Ahora su cara solo revelaba ira.

La levantó bruscamente y le dio un fuerte empujón hacia atrás.

—No deberías haber hecho eso —dijo, respirando con dificultad. Sacudió la cabeza—. No, no deberías haberlo intentado.

Miró hacia la pistola ZAP. Se le había caído antes de placarla. Ella se sujetaba el costado dolorido. El dolor empezaba a remitir. Probablemente no había nada roto.

—También tengo una pistola de verdad —dijo él en voz baja—. La usé con ese viejo de la casa. Puedo usarla otra vez.

—No —dijo Della, limpiándose la tierra húmeda de las manos. No veía ninguna pistola real. Pero no iba a desafiarlo.

—Puedo usarla otra vez —repitió él, con los ojos cada vez más desquiciados a medida que aumentaba su rabia—. No tengo ningún problema con eso, de verdad. Si eso es lo que hace falta para comunicarse. Solo quiero comunicarme,

¿sabes? No debería ser tan difícil. De persona a persona. Ese tipo de trato. ¿Sabes a qué me refiero? ¿Entonces por qué tiene que ser tan difícil? ¿Por qué tiene que ser tan difícil que la gente lo entienda? ¿Por qué tengo que usar una pistola? Sabes por dónde voy, ¿verdad? Pareces una chica lista. Ves a lo que me refiero, ¿no?

Se detuvo, como esperando una respuesta.

Ella le devolvió la mirada. No sabía qué decir.

—Sí, lo veo —dijo finalmente.

«Está loco», comprendió. «Está totalmente mal de la cabeza».

De repente tuvo ganas de gritar.

«Estoy atrapada aquí con un completo loco. Podría hacerme cualquier cosa. ¡Cualquier cosa!»

—¿Qué vas a hacerme? —soltó ella.

Él parpadeó, sorprendido por la interrupción. Su expresión de enfado se desvaneció, reemplazada por una mirada vacía. —¿Qué más da? —preguntó con amargura—. Estoy muerto de todos modos, ¿no?

—No —tartamudeó ella.

Su ira regresó de golpe. La agarró del brazo.

—¿Estoy muerto de todos modos, ¿no? Me enterraste bajo un montón de hojas, ¿recuerdas? Ni siquiera estoy aquí, ¿verdad?

—¡No! Quiero decir...

—Estoy muerto. Soy un muerto, un muerto —repitió, atrayéndola hacia él.

—¡No! ¡Por favor!

La luz brillante sobresaltó a Della casi tanto como a su captor.

Había sombras en movimiento, el crujir de pasos y, después, un triángulo de luz blanca y brillante.

El haz de luz cegó al joven. Hizo una mueca y soltó a Della.

—¡Eh, no veo nada! —Se llevó las manos a la cara para protegerse los ojos.

Otra mano tiró del brazo de Della.

—¡Vamos, salgamos de aquí!

—¡Pete! —gritó ella, mientras todo cobraba sentido al fin.

Pete estaba iluminando los ojos del hombre con su potente linterna halógena.

—¡Vamos! —exclamó.

Pero Della no lo siguió de inmediato. Pensando rápido, se agachó y recogió la pistola ZAP. El hombre bajó las manos para ver qué estaba pasando. Y ella disparó dos, tres, cuatro veces.

Él soltó un alarido. La pintura le escocía en los ojos. Se los cubrió de nuevo, gritando a ciegas de dolor. Era el momento de correr.

—¡No, por aquí! —chilló Pete.

Ella había estado yendo en la dirección equivocada todo el tiempo.

Se dio la vuelta y lo siguió, tropezando con el tocón de un árbol bajo.

—¡Date prisa, Della! ¡Viene a por nosotros!

Della se giró y lo vio corriendo tras ellos, todavía frotándose los ojos. ¿Tendría una pistola de verdad, como había presumido? Si la tenía, sabía que la usaría. Desde luego, se lo había dejado muy claro.

Se impulsó y empezó a correr de nuevo.

—¡Pete, no me esperes! ¡Corre! —gritó.

Pero Pete esperó a que ella lo alcanzara.

—Me ha costado mucho encontrarte. ¡No voy a volver sin ti! —exclamó.

Corrieron juntos, uno al lado del otro, volviendo la vista atrás cada pocos segundos. Su perseguidor seguía tras ellos. Ya no se frotaba los ojos. Pero corría de forma vacilante, con cuidado, como si no pudiera ver realmente por dónde iba.

—Ya casi estamos —gritó Pete, jadeando.

—No... no puedo... —gimió ella—. No puedo... seguir más. Yo...

Él le agarró la mano.

—Vamos. Tú puedes.

Miraron atrás. El hombre de la chaqueta de aviador estaba ganándoles terreno.

—¡Volved! ¡Quiero hablar con vosotros! —chilló a pleno pulmón.

El sonido de su voz, tan fuerte, tan cercana, tan fuera de control, los hizo correr aún más rápido.

—¡Parad! ¡Solo quiero hablar! ¡Eso es todo, de verdad! ¡Parad! ¡Solo quiero charlar con vosotros!

A Della le dolía el costado y sentía que no podía respirar, pero mantuvo el ritmo de Pete. Finalmente llegaron al claro y, al ver las tiendas, a sus amigos y la pequeña hoguera, se lanzó hacia delante con todo su cuerpo. Ahora volaba, flotaba sobre el suelo, sobre el dolor, porque estaba de vuelta en el campamento y a salvo.

Jadeando, se dejó caer de rodillas frente al fuego. Maia y Suki se acercaron corriendo para ayudarla, para consolarla.

Y el joven de la chaqueta de aviador entró en el claro.

—¡Ahí está! —oyó gritar a Pete.

Oyó pasos de gente corriendo. Hubo mucho movimiento, mucha confusión.

Levantó la vista, sobresaltada al ver a tres policías irrumpir en el campamento. Al principio, Della pensó que era un sueño, una alucinación provocada por la carrera, el

agotamiento y el miedo.

Pero los policías eran reales.

El joven los miró con incredulidad. No se movió, no hizo ningún intento de escapar.

Lo rodearon y lo atraparon fácilmente. Ni siquiera intentó resistirse. Estaba demasiado sorprendido, demasiado sofocado y demasiado agotado para contraatacar.

—¿De dónde habéis salido? —preguntó, con aire muy desconcertado.

—De Cincinnati —soltó un joven policía de cara sonrojada—. ¿De dónde has salido tú?

—De Marte —fue la amarga respuesta.

—No me importa de dónde haya salido —dijo otro policía, dándole un fuerte empujón—. Pero sé a dónde va.

—Vosotros los maderos lo sabéis todo —masculló el hombre de la chaqueta de aviador.

—Leedle sus derechos —dijo el tercer policía. Luego se acercó deprisa a Della—. ¿Está bien, señorita?

—Sí. Supongo —dijo Della con voz vacilante—. Me tenía retenida en el bosque. Quería...

—Está bien. —El policía puso una mano cálida y pesada sobre su hombro—. Nos lo contará luego. Tómese un momento para recuperar el aliento. —Empezó a caminar de vuelta hacia los demás.

—Su compañero... —comenzó Della.

El policía se giró rápido, muy interesado. —¿Sí?

—Su compañero está en el bosque. En el barranco. Os llevaré allí.

—De acuerdo. Dejad que avise por radio a la central primero. —Llamó a sus dos compañeros—. ¡Eh! El cómplice también está aquí. ¡En el bosque! —Luego se volvió hacia Della—. Sabes, hay una recompensa por estos dos tipos.

Della le sonrió a Pete, que se estaba echando el agua de una cantimplora por la cabeza para intentar refrescarse. Él le devolvió la sonrisa a través del agua que le resbalaba por la cara.

—La mejor recompensa —dijo ella— es que esta pesadilla se halla terminado.

capítulo 18

—¿A dónde vas esta noche? —preguntó la madre de Della, mientras le retocaba el pelo con la mano.

Della se apartó. Su madre siempre estaba reordenándole el peinado justo después de que ella lo hubiera dejado como quería.

—Al cine, supongo. O quizá a casa de Pete a ver algunas cintas. Pete no ha dicho nada concreto.

—Bueno, el cine está bien —dijo su madre, colocando bien un cojín del sofá—. No quiero que vuelvas muy tarde. —Su madre la miró fijamente desde el otro lado de la habitación, con una expresión pensativa.

«Probablemente esté pensando en todas las cosas horribles que le conté», pensó Della. Después de confesarles a sus padres —y a la policía— todo lo que había ocurrido desde su primera acampada nocturna sin supervisión, era difícil para cualquiera de ellos pensar en otra cosa.

Della se había pasado casi toda la semana dándole vueltas a todo, reviviéndolo, incluso soñando con ello por las noches.

Ahora, una semana después, era momento de sacarlo de su mente, salir y disfrutar de un gran sábado por la noche.

El timbre sonó y ella se apresuró a abrir.

—Hola, Pete.

—¿Cómo va todo, Della?

—Genial. —Se despidió de su madre, salió y cerró la puerta principal tras ellos.

Unos minutos más tarde, se dirigían hacia el pueblo en el coche familiar de él.

—¡Oye, espera un momento! —gritó Della, alarmada—. ¿Qué es eso?

Estaba señalando la tienda de campaña verde, plegada en la parte trasera del coche.

—Oh, eso —dijo Pete, sonriendo—. ¡He pensado que quizá te gustaría ir a acampar por ahí!

Ella le propinó un puñetazo en el hombro con todas sus fuerzas.

—¡Es solo una broma! ¡Solo una broma! —protestó él, encogiéndose e intentando esquivar cualquier otro golpe—. Se la llevo a mi hermano para que la parchee para su grupo de scouts.

—Bueno, vale —dijo ella, riendo y acomodándose de nuevo en el asiento—. ¡A partir de ahora, el único campamento que quiero hacer es frente al televisor de la sala!

—Eso también me suena bien a mí —dijo Pete, haciéndole señas para que se acercara más a él en el asiento—. Pero ¿se pueden asar malvaviscos frente a la tele?

—Podemos intentarlo —dijo Della, acercándose—. Podemos intentarlo.

SOBRE EL AUTOR

R. L. STINE es autor de más de 70 libros de humor, aventuras y misterio para jóvenes lectores. En los últimos años, se ha concentrado en novelas de suspense como ésta.

Durante diez años fue editor de *Bananas*, una revista nacional de humor para jóvenes. Además de escribir para revistas y libros, actualmente es Guionista Jefe del programa infantil de televisión "El Castillo de Eureka".

Vive en Nueva York con su esposa Jane y su hijo Matthew.

LAS PESADILLAS
NUNCA TERMINAN...
CUANDO VISITAS

PRÓXIMANENTE: *EL MONO BLANCO*

Los padres de Mark y Cara han desaparecido. Y nadie en el pueblo —ni siquiera la policía— ayudará a encontrarlos. ¿Por qué se han esfumado? El misterioso inquilino del ático tiene algunas de las respuestas, al igual que la aterrorizada novia de Mark. El rastro de pistas conduce a Mark y a Cara hacia una extraña secta secreta... y hacia el asesinato. ¡Y se dan cuenta de que alguien quiere que ellos también desaparezcan!

BIENVENIDO A LA CALLE DEL TERROR

No escuches las historias que cuentan sobre la Calle del Terror. ¿No preferirías explorarla tú mismo... y comprobar si sus oscuros terrores e inexplicables misterios son ciertos? No tienes miedo, ¿verdad?

Isla Pesadilla

—No pasará nada malo—, asegura Della O'Connor a sus amigas del Club de Actividades al Aire Libre. Y qué si el monitor no puede acompañarles a la Isla del Terror: ¿no será más divertido sin adultos alrededor?

Sin embargo, la noche no resulta nada divertida a partir del momento en que Della se pierde en el bosque y aparece un individuo peligroso que, con sus amenazas, la lleva a cometer un acto violento.

De pronto todos sus amigos se ven implicados en el crimen, atrapados en una conspiración de silencio mientras tratan de ocultar la terrible verdad. Pero alguien vio lo que hizo Della y los obliga mediante amenazas a volver a la Isla del Terror en busca del cuerpo que olvidaron enterrar…